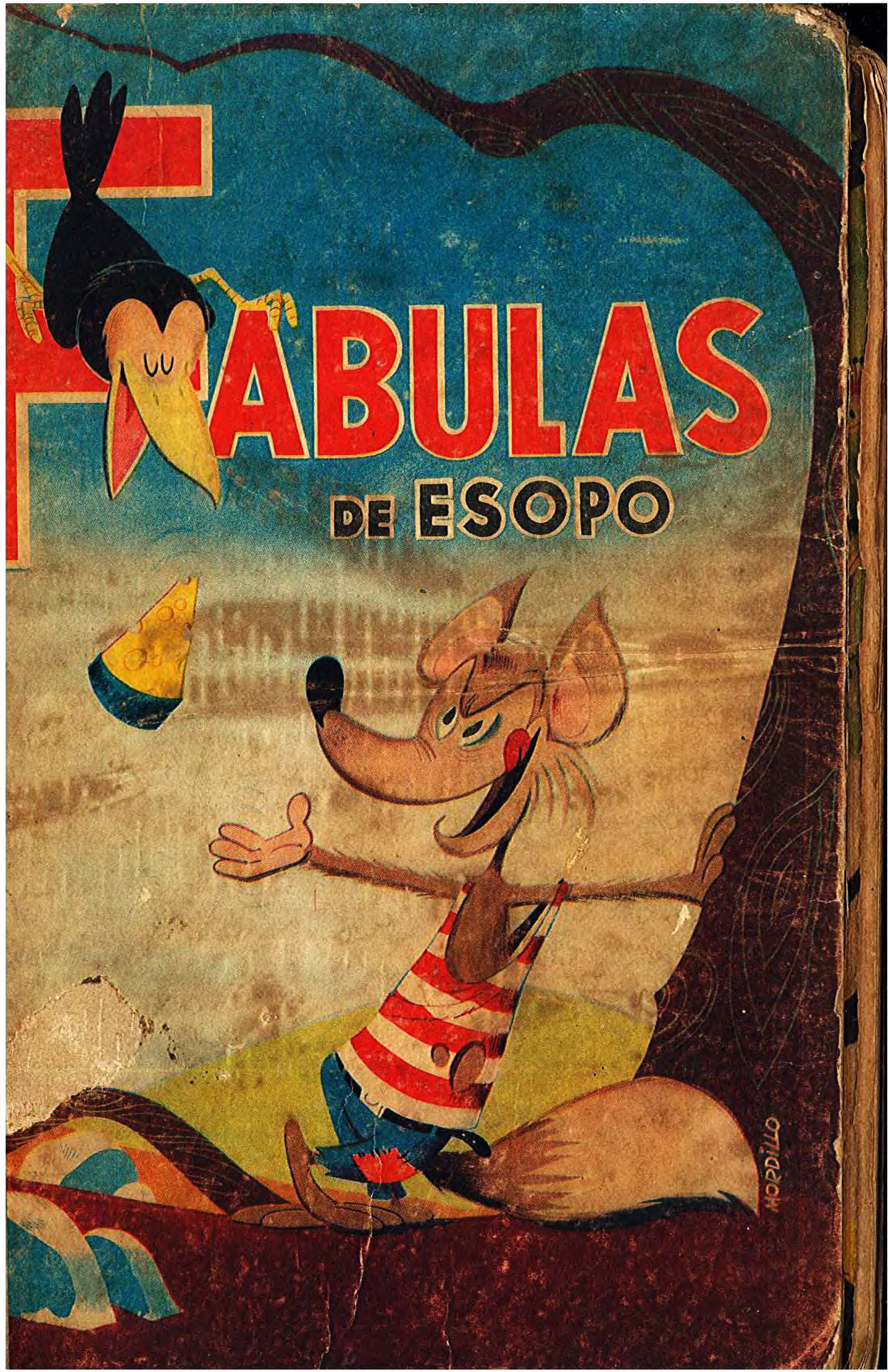

FÁBULAS
DE ESOPO
MORDILLO


MORDILLO

COLECCION COQUITO

FABULAS DE ESOPO





Primera Edición

PROLOGO

Las Fábulas son narraciones breves y sencillas escritas comunmente en verso o en prosa y cuyo propósito exclusivo es ilustrar una enseñanza moral. Los actores son indistintamente hombres, animales y aún seres inanimados.

Las Fábulas son muy antiguas. De ellas las mejores fueron escritas por Esopo, un esclavo nacido en Frigia, hacia el año 620 a. de J. C.

Esopo escribió para todos los tiempos. Sus fábulas se distinguen tanto por la perfección del fondo cuanto por la corrección de la forma así como por su encantadora naturalidad. Poseen, además, un valioso sentido didáctico-moral; por eso, su filosofía y su verdad constituyen lecciones para los mayores y sus relatos hacen el deleite de los niños.

Las Fábulas de Esopo se hallaban muy dispersas. Un monje griego del siglo XIV, Planudes, las recopiló. Desde entonces muchos escritores han vertido estos apólogos a todos los idiomas, ora en verso, ora en prosa.

Corresponde a la "COLECCION COQUITO" publicar las mejores Fábulas de tan insigne moralista, las mismas que han sido cuidadosamente revisadas y adaptadas.

PRIMERA PARTE



PRIMERA PARTE

1ª.—El Asno y el Lobo ... 5
2ª.—El León y la Cabra ... 6
3ª.—Las Gallinas gordas y las flacas ... 7
4ª.—El Asno vestido con piel de león ... 8
5ª.—El Ciego. ... 9

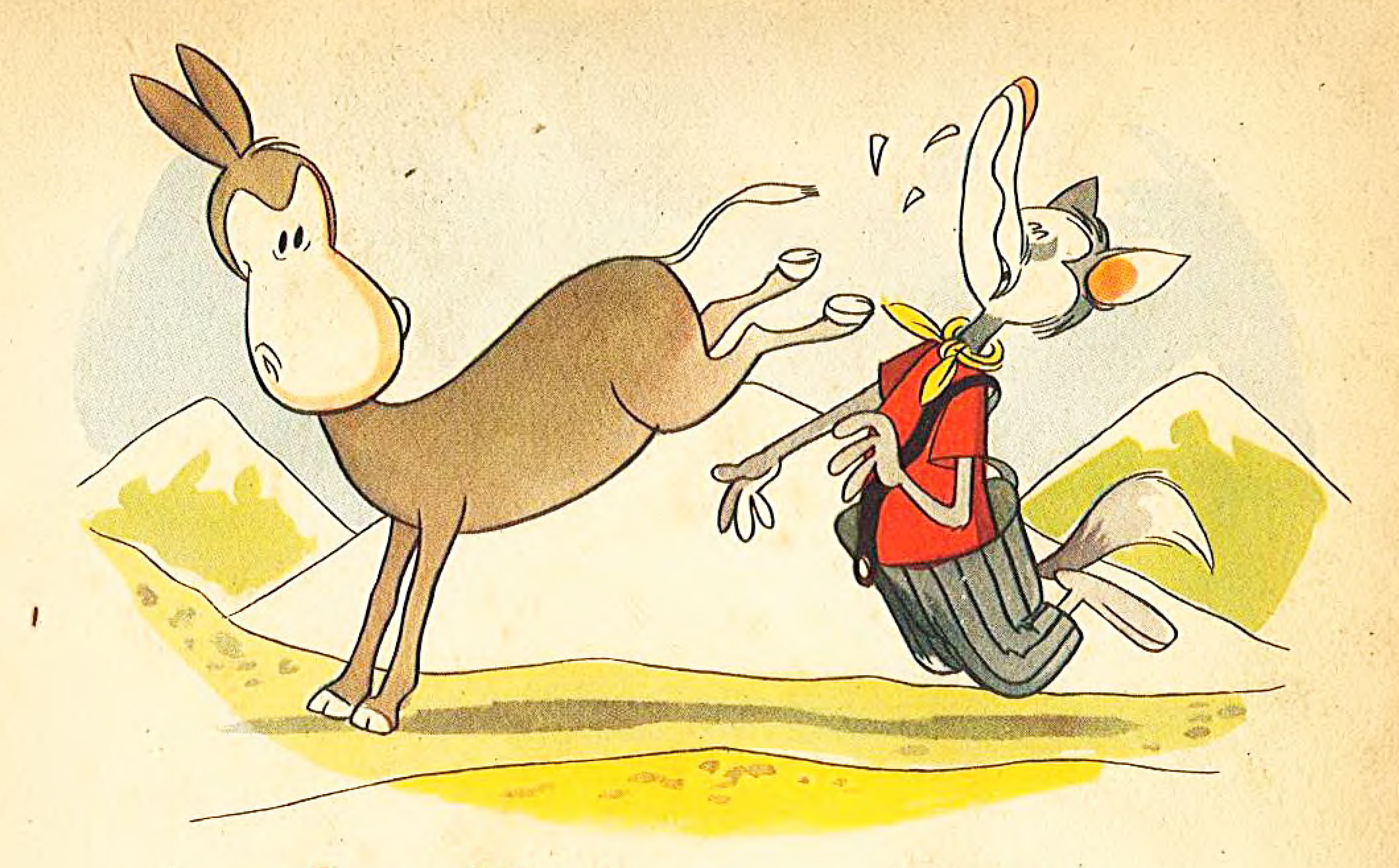
6ª.—El Hombre y la Hormiga ... 10
7ª.—El Cabrito y el Lobo ... 11
8ª.—El Perro y su imagen ... 12
9ª.—La Lechuza y las Palomas ... 13
10ª.—La Gallina de los huevos de oro ... 14

11ª.—El Criado negro ... 15
12ª.—Las Ranas y los Toros ... 16
13ª.—El León y el Ciervo ... 17
14ª.—La Zorra, el Perro y el Corderito ... 18
15ª.—La Serpiente y la Lima ... 19

16ª.—La Cabra y el Asno ... 20
17ª.—El Pavo real y la Grulla ... 21
18ª.—La Abeja y la Paloma ... 22
19ª.—La Zorra y el Mono rey ... 23
20ª.—El Hombre y el León ... 24

21ª.—La Tortuga y el Aguila ... 25
22ª.—La Mona y la Zorra ... 26
23ª.—El Pescador y el Pecesillo ... 27
24ª.—La Gallina y el Diamante ... 28
25ª.—La Liebre y la Zorra ... 29

26ª.—La Liebre y el León ... 30
27ª.—La Tortuga y la Liebre ... 31
28ª.—La Gata y el Hada ... 32
29ª.—El Perro del Hortelano ... 33
30ª.—El Asno y la Estatua ... 34



1ª.—El Asno y el Lobo

Un asno, al ver que se acercaba un lobo y no podía escapar de enemigo tan temido, simuló encontrarse cojo.

Acercándose el Lobo, le preguntó la causa de su cojera. El asno respondió que al saltar un cerco se le había introducido una espina y que prefería morir antes que seguir soportando dolor tan agudo.

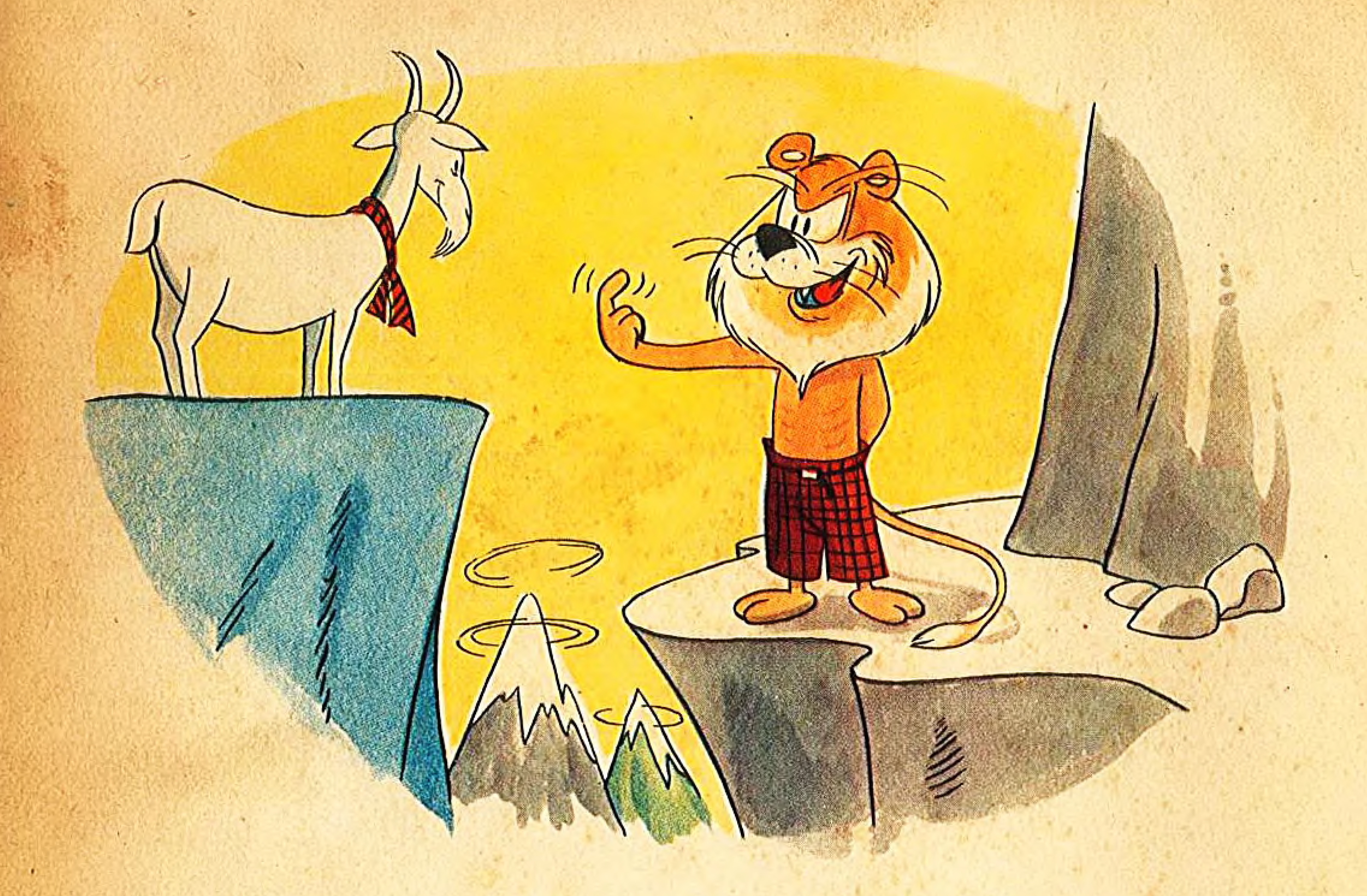
—Quíteme, por favor, esta espina, señor Lobo, y devóreme cuando guste, sin miedo a lastimarse la boca.

El lobo se dejó convencer mansamente; pero, al levantar la pata del borrico para examinarla atentamente, recibió tan terrible coz que se quedó sin un solo diente.

El lobo mal herido, llorando su desventura, dijo:

—Bien merecido lo tengo, porque siendo mi oficio de carnicero, ¿cómo se me ocurrió hacer de curandero?

Hablemos con razón: no tiene juicio
quien deja el propio por ajeno oficio.



2ª.—El León y la Cabra

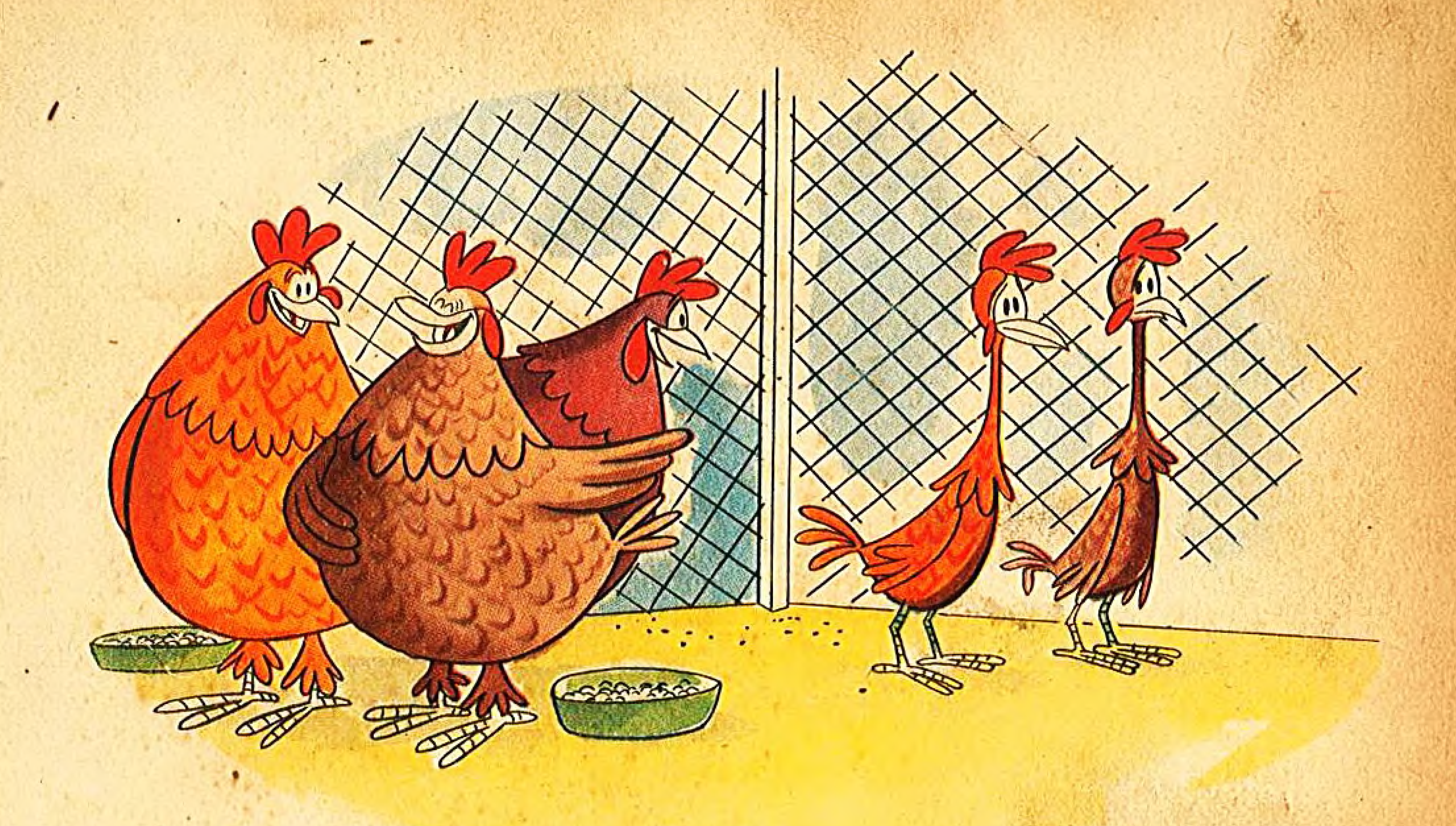
Un león hambriento, viendo que no le era fácil subir a los riscos en que pacía una cabra, se fue acercando poco a poco.

Pronto se dió cuenta que le sería imposible llegar hasta la cabrita y, entonces, le dirigió cariñosas frases invitándola a pastar juntos la fresca y aromática hierba de la pradera.

—¡Deja esas peñas estériles, le decía, y baja a los prados donde yo habito, amiga mía!

—Tienes razón, contestó la cabra, así lo haré con mucho gusto, pero cuando estés muy lejos de estos lares.

Nunca escuches del enemigo el consejo,
si no quieres sufrir amargos desengaños.



3ª.—Las Gallinas gordas y las flacas

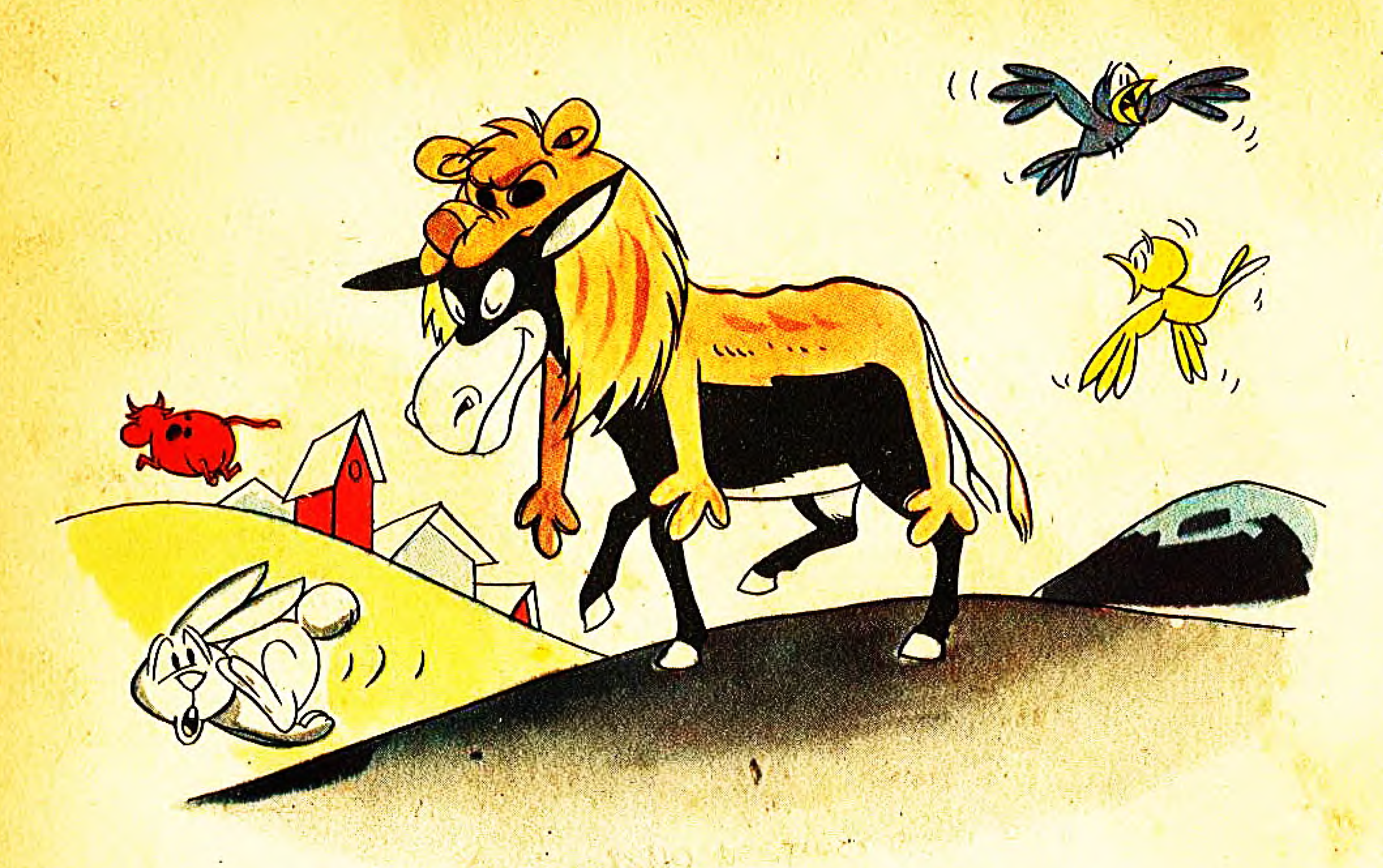
Vivían en un corral varias gallinas: unas gordas y bien cebadas y otras, por lo contrario, flacas y desmedradas.

Las gallinas gordas, orgullosas de su buena facha, se burlaban de las flacas y las insultaban llamándolas esqueletos, muertas de hambre, etc., etc.

Mas he aquí que el cocinero, debiendo preparar en la casa algunos platos para el banquete de Año Nuevo, bajó al gallinero y eligió las mejores que allí habían.

La elección no fue difícil. Entonces, viendo las gallinas gordas su fatal destino, envidiaron la mejor suerte de sus compañeras flacas y esqueléticas.

No despreciemos jamás a los débiles
quizá tengan mejor suerte que nosotros.



4ª.—El Asno vestido con piel de león

Bibí, un jumento de Asnolandia, cierta vez se vistió con la piel de un león que encontró en el camino. Los animales se asustaron al verlo y huyeron de su presencia, de suerte que el espanto se apoderó de toda la comarca.

Feliz nuestro asno Bibí de saberse temido y respetado, paseábase campante por los prados y montes. Su amo, echándole de menos, fue en su busca; mas al encontrar a león tan original se asustó sobremanera, no quedándole otro recurso que correr.

Poco tiempo después, al reparar el amo las descomunales orejas que asomaban por debajo de la piel del león, se dió cuenta de la farsa; se le acercó, le quitó el disfraz y lo molió a palos.

Si el ignorante intenta mostrarse sabio
pronto asoma las orejas de borrico.



5ª.—El Ciego

Poseía un ciego el don de reconocer por el tacto a cuanto animal se le acercaba y era tal su destreza que aún podía decir a qué especie pertenecía.

Cierto día, sus amigos le presentaron un lobezno para probar su destreza. Acto seguido, el ciego palpó al animal y, permaneciendo un instante vacilante, dijo al fin:

—No puedo adivinar, pero creo que se trata de un lobezno, de una zorra o de otro animal parecido; con todo, puedo aseguraros que no ha nacido el muy villano para convivir en un rebaño de corderos.

Al malvado se lo conoce a la legua.



6ª.—El Hombre y la Hormiga

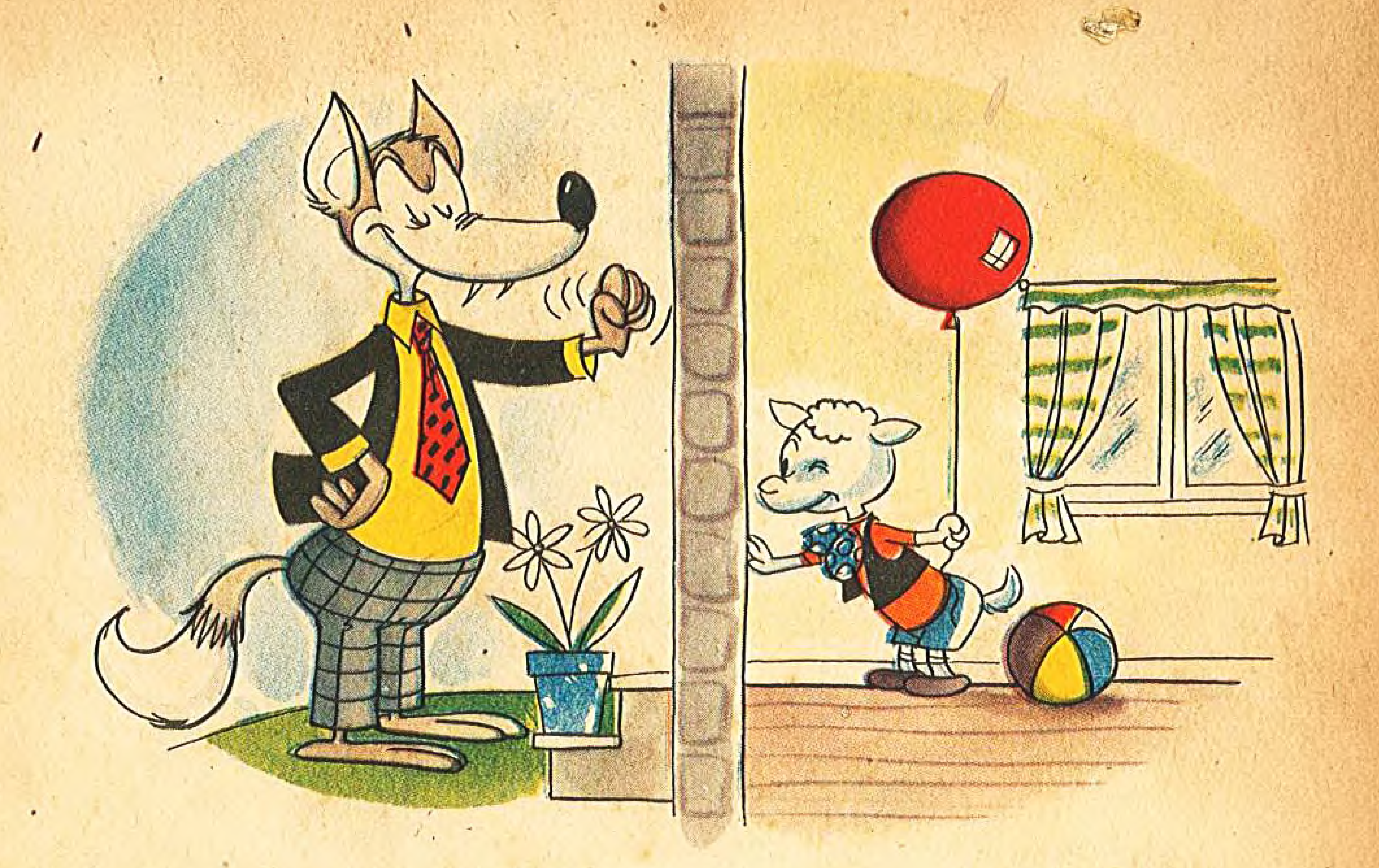
Al hundirse una nave con todos sus pasajeros, un hombre, que presenció el naufragio desde la orilla, dijo para sí:

—Qué injusto es el castigo del cielo, pues, por vengar a un solo pecador, ha hecho sucumbir a numerosos inocentes.

Mientras así pensaba, una hormiga le picó en la pierna y él, para vengarse de ella, exterminó a todas las demás que por allí habían.

Al poco rato se le presentó un ángel y tocándole el hombro le interrogó de esta manera:
—¿Aceptarás, ahora, que el cielo juzgue a los hombres como tú a las hormigas?

No reniegues de Dios en la desgracia
ni juzgar sus designios pretendas.



7ª.—El Cabrito y el Lobo

Al salir la cabra de su establo encargó a su hijo el cuidado de la casa, advirtiéndole el peligro de los animales que rondaban por los alrededores con intención de entrar a los establos y devorar los ganados.

No tardó mucho en presentarse el enemigo: ¡Un lobo horrible, amiguitos míos, un lobo!, que, imitando la voz de la cabra, llamó cortésmente a la puerta para entrar.

Al mirar el cabrito por una rendija vio al feroz carnicero y, sin intimidarse, le dirigió el siguiente discurso.

—Bien sé que eres nuestro mayor adversario y que, fingiendo la voz de mi madre, pretendes entrar para devorarme, Puedes marcharte odiado animal, que no seré yo quien te franquee la entrada.

Sigue el consejo de tus padres
y vivirás feliz toda la vida.



8ª.—El Perro y su imagen

Cierto perro cogió entre sus dientes un gran pedazo de carne. ¡Qué magnífico!, se dijo el incauto animal. Lo llevaré a casa y allí lo comeré a mi regalado gusto.

En el camino cruzó un arroyuelo cuyas cristalinas aguas, reflejando su imagen, le hicieron ver ingenuamente a otro perro con una presa más grande en el hocico.

Como el animal estaba hambriento abrió la boca y se zambulló en el agua para coger el pedazo del otro perro. Mas, ¡oh desencanto!, se sumergió hasta el fondo y no encontró a su rival.

Se dio cuenta entonces, aunque tarde, que su gula le había costado la pérdida de su propia presa.

Más vale pájaro en mano
que ciento volando.



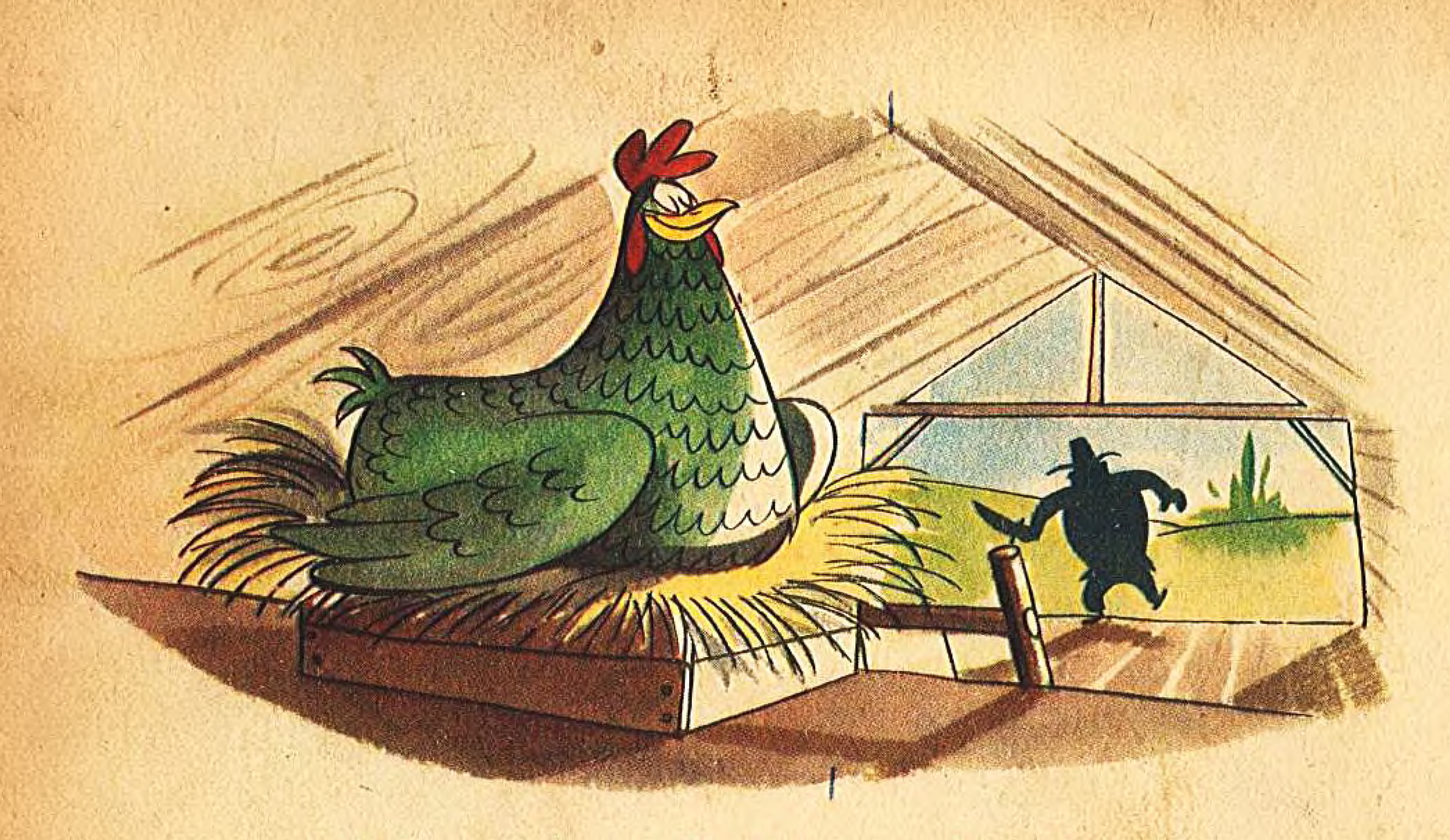
9ª.—La Lechuza y las Palomas

Habiendo llegado a oídos de una lechuza que en cierto palomar vivían muy bien alimentadas unas palomas, se pintó de blanco para disfrazarse y se mezcló con ellas.

Las palomas no reconocieron a la intrusa, mientras estuvo sin abrir el pico; pero un día, en que se olvidó cuál era su papel, chilló como lechuza que era y las palomas le echaron a picotazos del palomar.

Desconcertada regresó a la torre de la iglesia, pero sus compañeras la desconocieron por aquel plumaje extraño y la arrojaron de su lado. Así, la pobre lechuza perdió hasta su propio refugio.

Quien su bien usurpa al dueño,
no espere tranquilo sueño.



10ª.—La Gallina de los huevos de oro

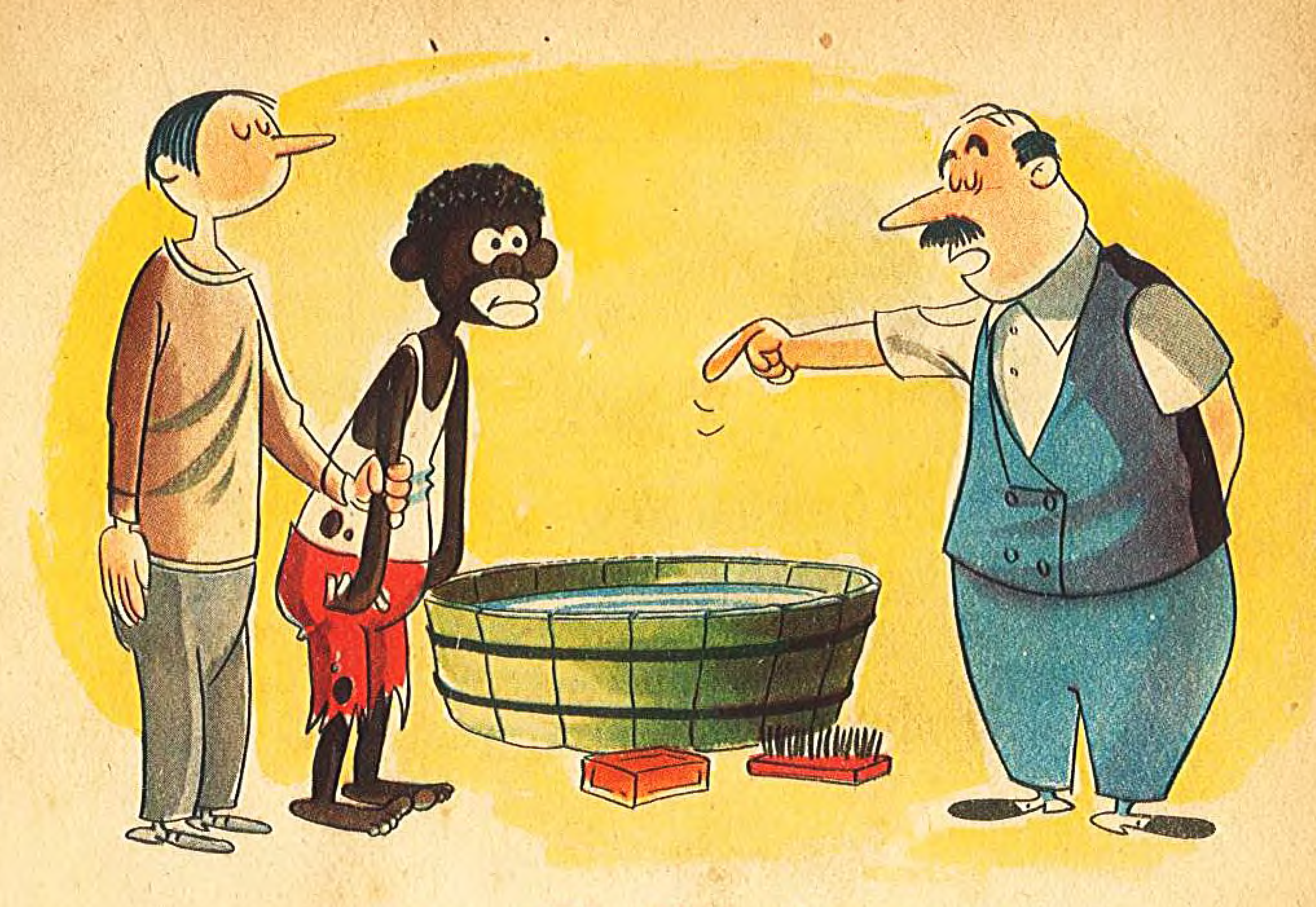
Había en un corral una gallina que ponía huevos de oro.

Su dueño, que todas las mañanas los vendía y a buen precio, se dijo:

—Si los huevos de la gallina son de oro, las entrañas, donde se forman, deben contener oro en abundancia.

Mató a la gallina creyendo hacerse rico en poco tiempo; pero, al ver que las entrañas eran como las de todas las gallinas, comprendió que había cometido un error.

Cuántas veces nuestra ignorante
curiosidad nos mata la felicidad.



11ª.—El Criado negro

Cierto sujeto tomó por criado a un negro y, como era la primera vez que empleaba un hombre de color para su servicio, creyó que aquel color obscuro se debía a su falta de limpieza.

—Metedle en una cuba de agua, dijo el amo a los criados, lavadle, restregadle cuanto podáis hasta que se vuelva blanco como nosotros.

Los domésticos poniéndose a la obra enjabonaron y frotaron una y mil veces al negro, mas todo fue en vano: el criado seguía tan negro como antes.

Tan exagerado aseo provocó al infeliz una pulmonía fulminante, que se lo llevó al otro mundo.

Sólo la ignorancia puede hacernos
intentar semejantes disparates.



12ª.—Las Ranas y los Toros

Una rana, posada al borde de un estanque, contemplaba a dos toros que se embestían mutuamente en un prado cercano.

—¡Mirad que riña tan tremenda!, dijo a una compañera que pasaba por allí. ¿Que sería de nosotras si animales tan corpulentos vinieran por aquí?

—No os asustéis, respondió la otra. ¿Qué nos importan las riñas de esas bestias? Además, los tales animales no son de nuestra clase.

—Cierto es, replicó la primera, pero yo pienso que el vencido vendrá a buscar refugio por estos lugares y, entonces, podría aplastarnos con su enorme peso si no tomamos las debidas precauciones. Ya ves, amiga mía, que no sin razón me preocupa la contienda.

Cuando los poderosos riñen entre sí,
los débiles sufren las consecuencias.



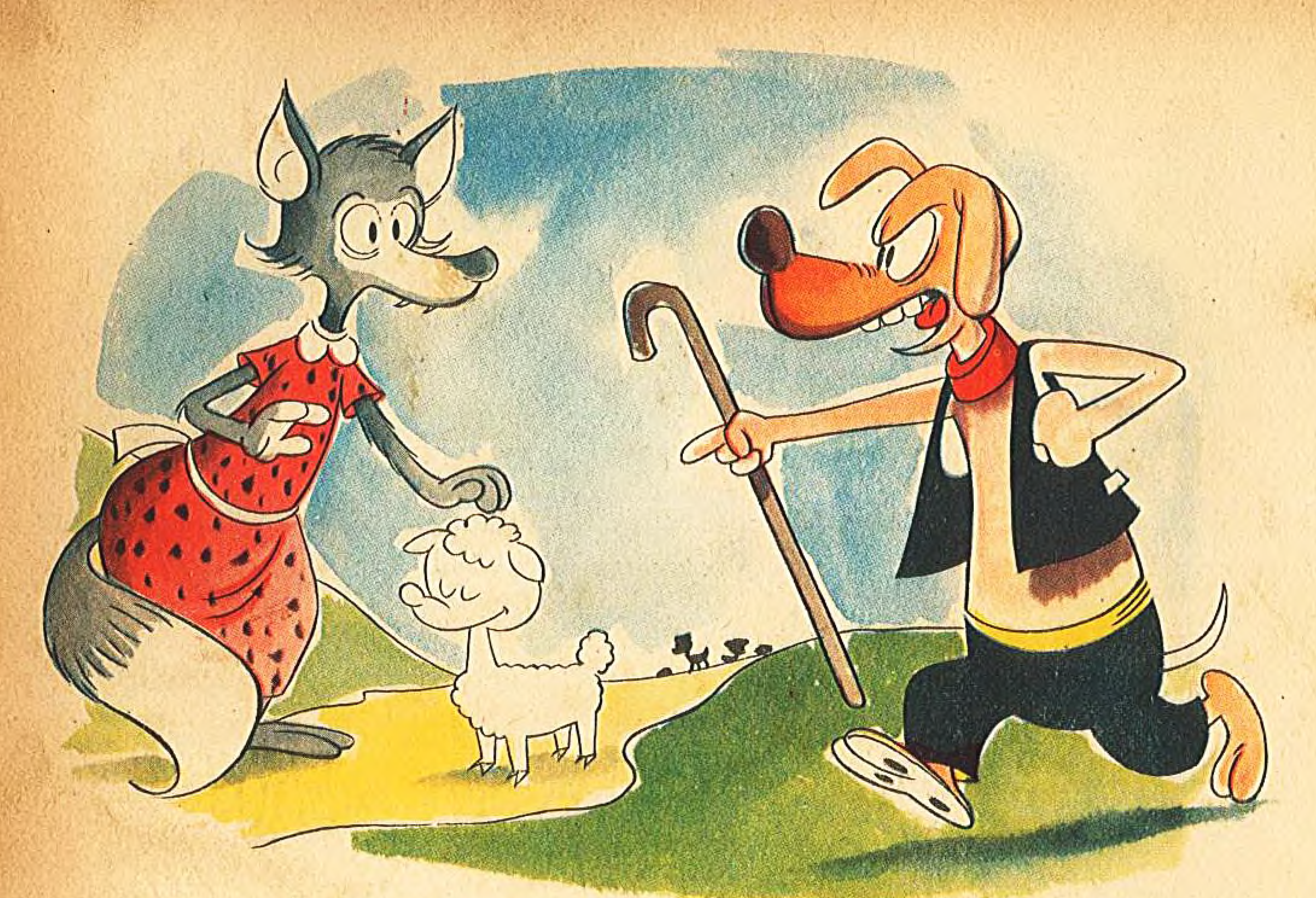
13ª.—El León y el Ciervo

Un Ciervo travieso y remolón, perseguido por un perro, al verse casi alcanzado por el can corrió hacia una caverna para esconderse.

Mas, apenas hubo entrado en ella, salió del fondo de la cueva un león que, abalanzándose sobre el desgraciado, lo despedazó con sus poderosas garras.

—!Pobre de mí!, exclamó el ciervo al morir, entré a esta caverna para huir de un perro y mantenerme a salvo y, sin imaginarlo, he venido a caer en las garras de esta fiera carnicera. Paciencia, si viviera aún, qué buena lección sacaría de este trance, pero ya es tarde; todo está perdido.

Entre dos peligros graves
escoge siempre el menor.



14ª.—La Zorra, el Perro y el Corderito

Una Zorra se introdujo calladamente en un rebaño de corderos y, para aparentar amor maternal, acercó a su pecho a un corderillo recién nacido, simulando acariciarlo.

Uno de los perros que cuidaba a los borregos, viendo al indeseable en actitud tan extraña, se acercó rápidamente y lo interrogó de esta manera:

—¿Qué hace aquí, doña Zorra, la embustera?

—Halago y juego con este corderillo, amigo mío.

—¡Pues, libértelo de inmediato si no desea conocer el halago de mis dientes!

Quien se acostumbra al engaño
el mismo labra su daño.



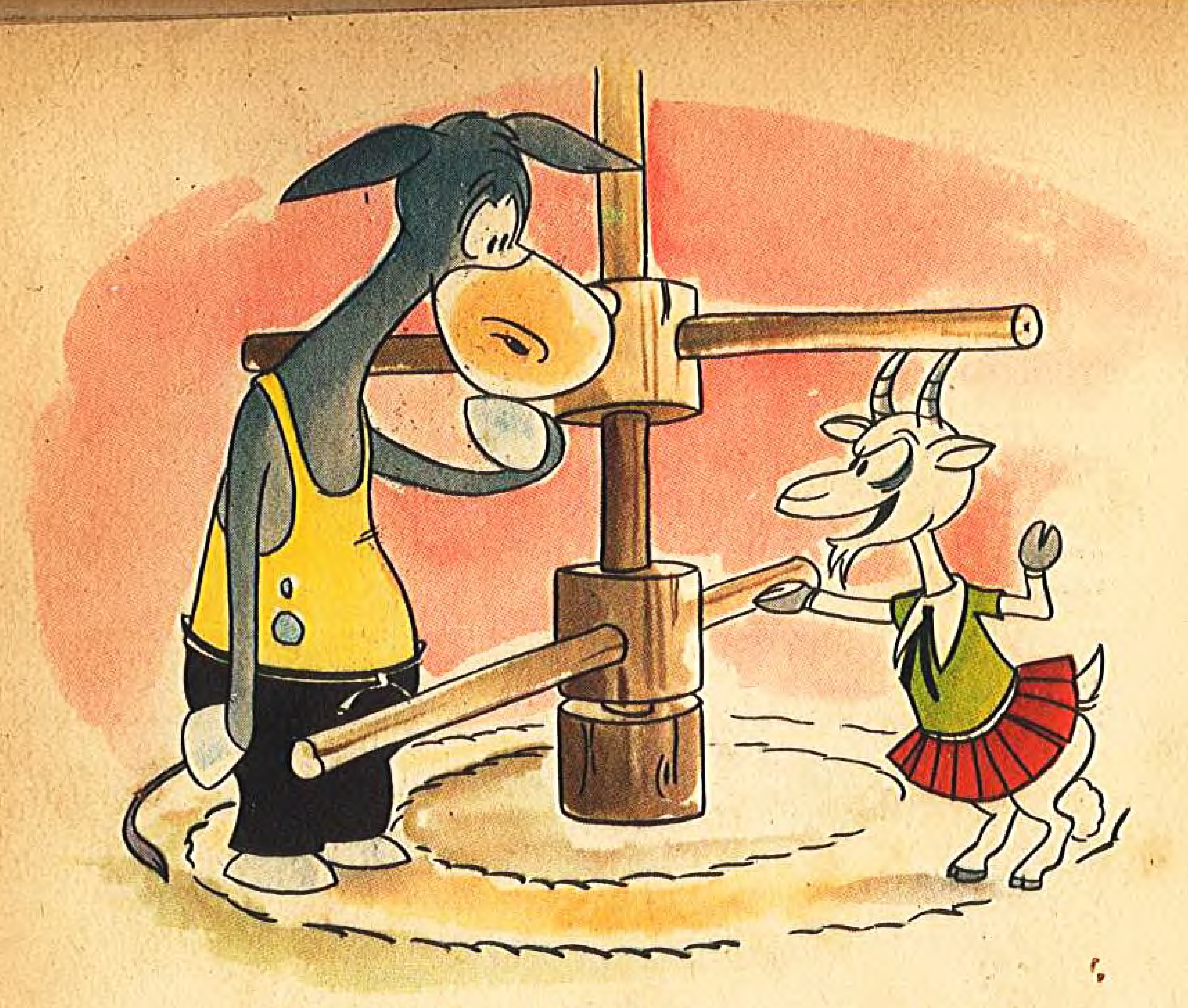
15ª.—La Serpiente y la Lima

Cierto día una serpiente, introduciéndose furtivamente en el taller de un herrero, se puso a morder una lima de templado acero.

Después de un rato, su lengua, despedazada por tan loco intento, sangraba que daba compasión. Mas la serpiente creyendo que conseguiría pulverizar al metal, seguía destrozando su lengua.

Entonces la lima, compadecida de la serpiente, le dijo:
—¡Insensata, el mal te lo haces a tí misma! ¿Cómo crees hacer daño a quien puede hacer polvos el metal?

Quién pretende al más fuerte derribar
no consigue sino su propia ruina.



16ª.—La Cabra y el Asno

Un hombre alimentaba al mismo tiempo a una cabra y a un asno. La cabra, envidiosa porque su compañero estaba mejor alimentado, le aconsejó de esta manera:

—La noria y la carga hacen de tu vida un tormento interminable; simula un ataque y déjate caer en un foso pues así te permitirán reposar.

El asno, poniendo en práctica tal consejo, se dejó caer y se hirió todo el cuerpo. Llamó entonces el amo a un veterinario y le pidió un remedio que salvase al jumento.

El curandero, después de examinar al enfermo, dispuso que se le preparara una infusión con un pulmón de cabra, para devolverle las fuerzas.

Y sin titubear, el labriego sacrificó de inmediato a la envidiosa cabra para curar a su asno.

No hagas a otros, lo que no
quieres que hagan contigo.

17ª.—El Pavo real y la Grulla



Cierto pavo real convidó a una grulla a suculento festín y, durante el banquete, se puso a discutir con los comensales acerca de cuál de los dos tenía mejores prendas personales.

Abriendo el pavo real su cola, decía que aquel abanico de finísimas plumas no tenía en el mundo otra cosa que se le igualara en perfección y hermosura.

Ciertamente, respondió la grulla, confieso que eres más hermoso que yo, pero si tus plumas son más vistosas que las mías, en cambio no puedes volar.

Yo con mis alas, prosiguió la grulla, puedo elevarme hasta las nubes, contemplando debajo de mis pies todas las maravillas de la tierra.

Nadie tenga en menos a su vecino
que Dios a cada uno da su cualidad.



18ª.—La Abeja y la Paloma

Cierto día muy caluroso, una paloma fue a posarse en la rama de un árbol al lado del cual discurría un límpido arroyuelo.

De pronto, una abejita se acercó a beber, pero la pobrecita resbalando estuvo a punto de perecer en la corriente. En tal aprieto la paloma, que había visto lo sucedido, voló hacia ella y la sacó con el pico.

Poco después, un cazador divisó a la paloma y se dispuso a darle muerte. En aquel mismo instante, acudió presurosa la abeja y, para salvar a su bienhechora, picó al hombre en la mano.

El dolor hizo que el cazador sacudiese el brazo y fallara el tiro, con lo que se salvó la linda y blanca palomita.

Haz a los otros lo que quisieras
que ellos también hiciesen por tí.



19ª.—La Zorra y el Mono rey

Danzando el mono en una reunión de animales conquistó su voluntad, a tal extremo, que fue proclamado rey.

La zorra envidiosa condujo al mono a un cepo, donde había visto un pedazo de carne, manifestándole que había hallado un tesoro; pero que, en vez de tomarlo para sí, lo había reservado para su majestad en respeto a su realeza.

La astuta zorra indicando al rey mono que se lo llevara lo condujo al lugar señalado; y el mono, aproximándose a él, quedó cogido en la trampa.

Entonces la zorra, a la que el mono echaba la culpa de su desgracia, repuso:

—¡Eres un tonto de capirote!, mi querido mono, y así pretendes reinar entre los animales.

Quien intenta figurar sin merecerlo
no sólo fracasa sino que hace el ridículo.



20ª.—El Hombre y el León

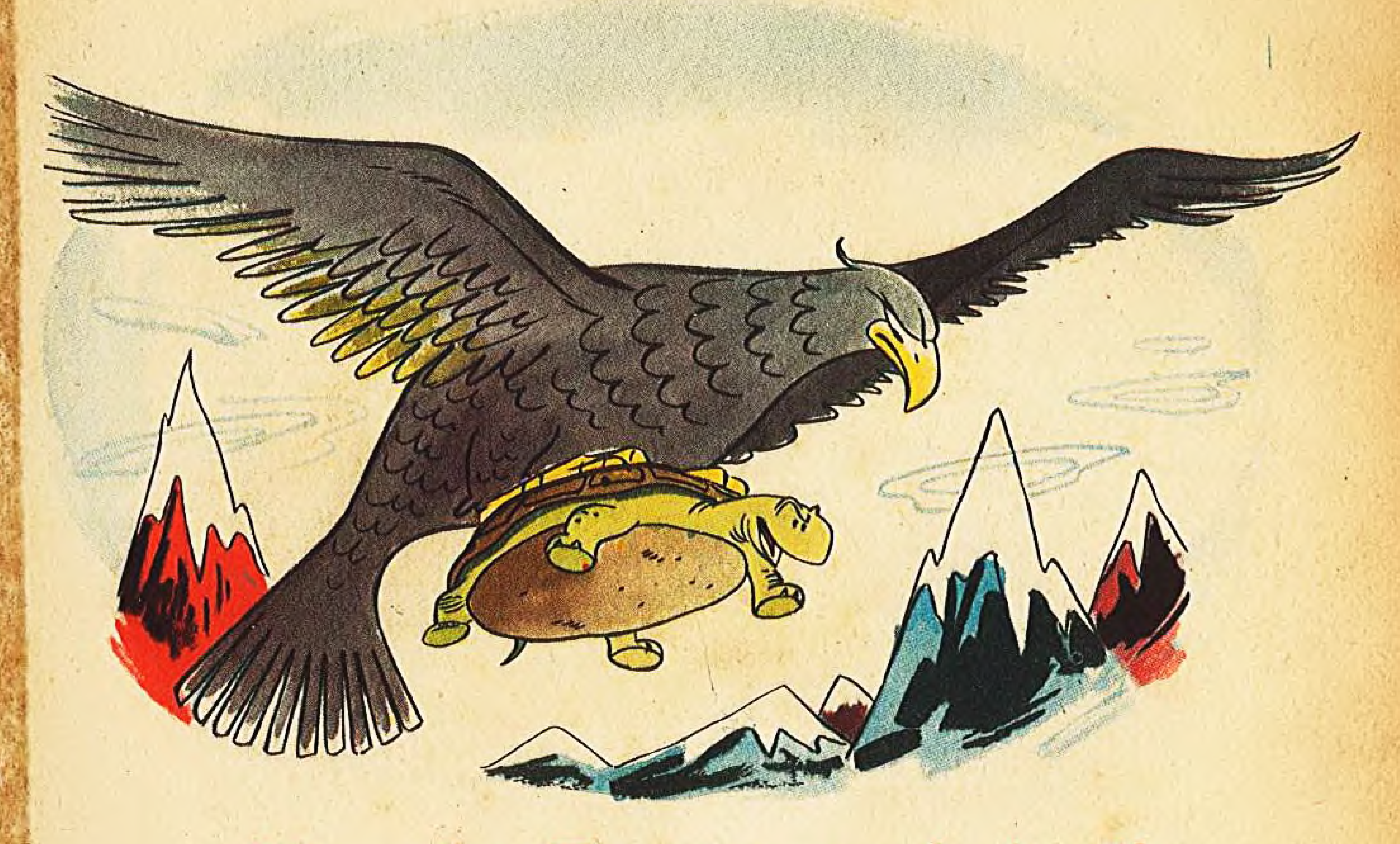
En una oportunidad en que viajaban juntos un hombre y un león cada cual, abundando en razones, se elogiaba a sí mismo exagerando su fortaleza.

Al final del camino encontraron una estatua de piedra que representaba a un hombre estrangulando a un león. Entonces el hombre, mostrándola a la fiera, le manifestó:

—Ya ves cómo somos los hombres más poderosos que vosotros. A lo que el león sonriente respondió:

—Si los leones supiéramos esculpir, ¡verías también a tus semejantes bajo las garras del león!

Muchos se vanaglorian con palabras
mas luego la experiencia los abochorna.



21ª.—La Tortuga y el Aguila

Una tortuga, disgustada de andar siempre por la tierra, suplicó al águila la levantase por los aires lo más alto que pudiera.

Así lo hizo la reina de las aves, remontando a la tortuga más allá de las nubes. Al verse en tal altura la tortuga exclamó:

—¡Qué envidia me tendrán ahora los animales que por el suelo se mueven, al verme encumbrada entre las nubes!

Al oír esto, el águila no pudo soportar tanta vanidad y soltó a la ilusa que, al caer sobre peñascos, se deshizo en mil pedazos.

Amiguito: Nunca mires demasiado alto
que no hay brillantes en el cielo.



22ª.—La Mona y la Zorra

Cierta mona, insatisfecha con la pequeña cola que recibió de su madre, solicitó a una zorra —que descomunal cola lucía— le diera parte de ella para alargar la suya.

—Mira amiga, le dijo, tienes demasiado rabo, mientras que yo soy infeliz con el mío, porque me es insuficiente.

Echándose a reír la zorra al oír tal razonamiento, contestó a su interlocutora:

—Aunque tuviese cien veces más cola de la que llevo, y la arrastrase siempre por entre el lodo y las espinas, no te cedería el pedazo que crees necesitar. Animo, pues, amiga y conténtate con lo que la naturaleza te regaló.

Conformarse con su suerte
es el secreto de la dicha.



23ª.—El Pescador y el Pececillo

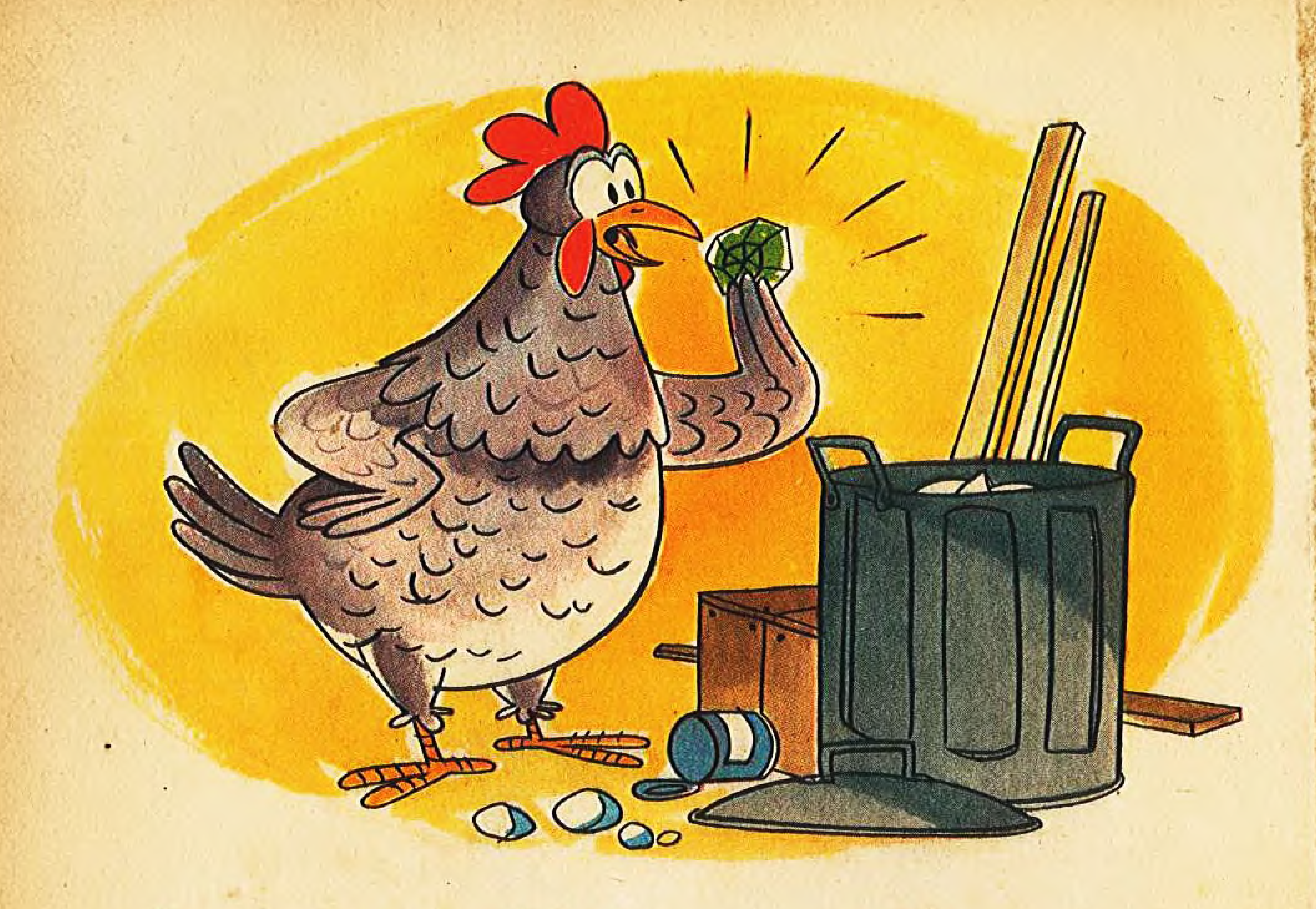
Un pescador echó su anzuelo al río y cogió un pecesillo mientras estaba quitándole el anzuelo para echarlo a su cesta, el prisionero abrió la boca implorando al pescador lo devolviese al río.

Preguntóle el hombre: —¿Quién eres tú para aceptarte semejante ruego?, a lo cual el pez respondió:

—Soy muy pequeño ahora y no valgo gran cosa; pero si, por lo contrario, me pescas cuando sea mayor, te seré más útil y podré satisfacer mejor tu apetito.

—¿Pescarte después?..., replicó el hombre, eso nunca. ¿Quién me asegura que tendré la suerte de volverte a pescar? ¡Ah, tunante, tu discurso no me convence; y, conformándote con tu aciaga suerte, vé el cesto mas no al río.

Más vale pájaro en mano
que ciento volando.



24ª.—La Gallina y el Diamante

Una gallina, al revolver con sus patas un basural, encontró una piedra preciosa y, sorprendida de verla en aquel lugar inmundo, le dijo:

—¿Cómo, tú, la más condiciada de las riquezas, estás así humillada en este estiércol? Otra suerte habría sido la tuya si la mano de un joyero te hubiera encontrado en este sitio, sin duda, indigno de tí.

El joyero con su arte, hubiera dado mayor esplendor a tu brillo; en cambio yo, incapaz de hacerlo, no puedo remediar tu triste suerte y, por lo mismo, paso adelante y te dejo donde estás, porque de nada me sirves.

La ciencia y la sabiduría nada valen
para los necios y los ignorantes.



25ª.—La Liebre y la Zorra

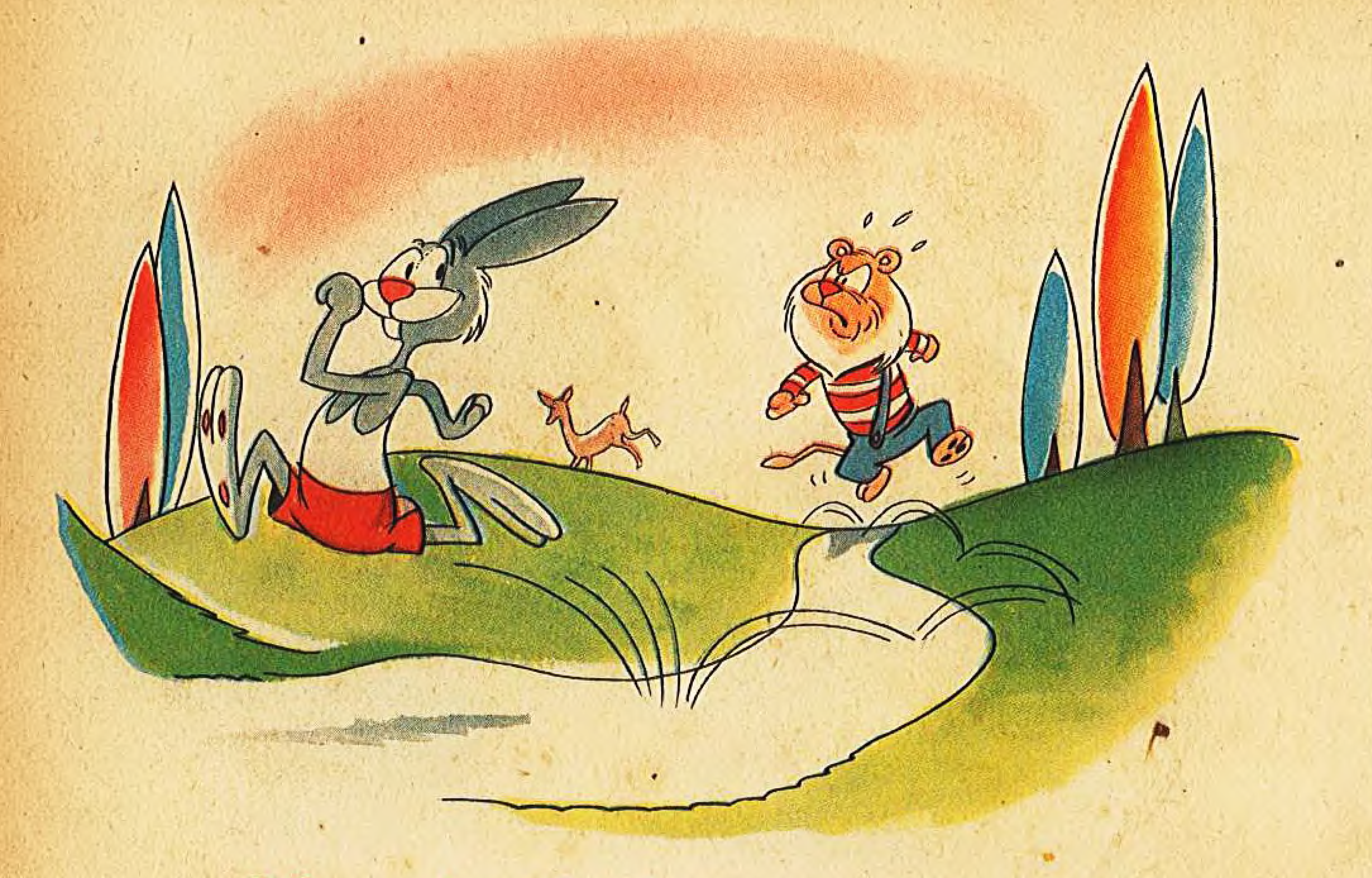
La liebre preguntó en cierta ocasión a la zorra:
—Podrías informarme si obtienes de verdad muchas ganancias en tus correrías y por qué razón te llaman astuta?

—Ya que no lo sabes, respondió la zorra, ven a mi modesta casa y cenaremos juntas.

La ingenua liebre aceptó la invitación; mas en casa de la embustera no había otra comida que la misma liebre. Entonces ésta, resignada a morir, le dijo:

—Ahora sé, para mí mal, de dónde te viene el nombre; no es de tus ganancias, sino de sus embustes.

La curiosidad pena
y el curioso se condena



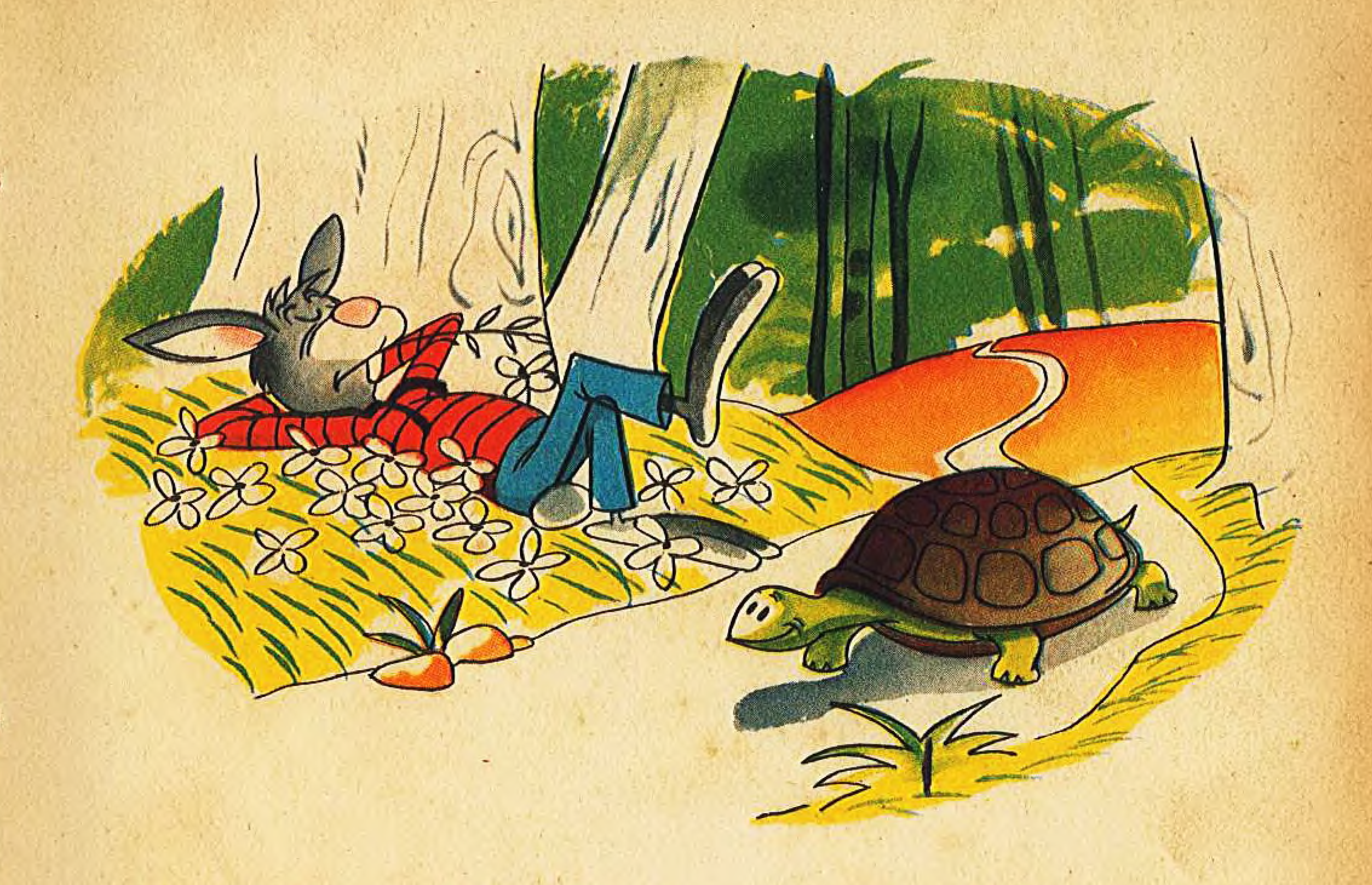
26ª.—La Liebre y el León

Un león avistó una liebra dormida y cuando se preparaba a cazarla vio pasar cerca de él a un ciervo. Y, al ver las ventajas que carne y volumen le ofrecían, abandonó a la liebre corriendo en persecución del ciervo.

En ese mismo instante la liebre, despertada por el bullicio, emprendió rápida huída. Mientras tanto el león, cansado de perseguir al ciervo, volvió tras la liebre que, como se presume, reposada de sus fatigas, pudo correr más que de prisa, poniéndose a salvo de sus dientes.

—Bien lo merezco, se dijo. ¿Por qué abandoné la presa que estaba en mis manos y corrí tras el bendito ciervo? Fui muy ambicioso y me quedé sin nada.

Quien mucho abarca poco aprieta.



27ª.—La Tortuga y la Liebre

La tortuga, al ver que la liebre se burlaba de sus pies y lento caminar, la desafió a correr para saber cuál de las dos llegaría primera a la meta señalada.

Dicho y hecho: eligieron por juez a la zorra, por ser en astucia la primera; pero sucedió que la liebre confiando demasiado en su ligereza, se puso a descansar un momento en medio del camino, pero se quedó dormida.

Entretanto, aprovechando el descanso de su contricante, la tortuga, con perseverancia y sin correr, llegó la primera al punto señalado.

En vano, momentos después, despierta la liebre, quiso alcanzar a su rival. Pero nada pudieron su deseo y habilidad.

Poco a poco se anda lejos.



28ª.—La Gata y el Hada

Prendada una gata de un apuesto príncipe rogó a un hada que la trocara en mujer. El hada, apiadada de sus pasión, la convirtió en una bella adolescente, y el joven enamorado se casó con ella.

Encontrándose los recién casados en su palacio, la benefactora quiso saber si la gata, al mudar de cuerpo, había cambiado asimismo de instinto y para ello soltó a un ratoncillo en el tranquilo salón.

Olvidando la gata su nuevo estado, se levantó precipitadamente y corrió tras el asustado pericote.

El hada, enfadada contra su protegida, la restituyó a su primera condición.

La cabra siempre tira al monte.



29ª.—El Perro del Hortelano

Un hortelano tenía un enorme perro como guardián de sus extensos cultivos. El animal era tan bravo, que jamás ladrón alguno se atrevió a escalar el cerco de los sembríos.

El amo, cuidadoso de su can, lo alimentaba lo mejor que podía y, el perro, para demostrar su agradecimiento, redoblaba el cuidado de los campos.

Cierto día, el buey del establo quiso tomar un bocado de la alfalfa que su amo le guardaba; pero el perro, poniéndose furioso y enseñándole los dientes, trató de ahuyentarlo.

El buey, reprochando su equivocada conducta, le dijo: —Eres un tonto, perro envidioso, porque ni comes ni dejas comer. Y añadió: Si el amo destina a cada cual lo que le aprovecha y la alfalfa no es tu alimento, no veo que tengas razón para inmiscuirte en negocio ajeno.

Agua que no has de beber
amigo déjala correr.



30ª.—El Asno y la Estatua

En los tiempos antiguos, un hombre cargó a su asno con la estatua de un dios y lo encaminó a la ciudad.

Los transeúntes, viendo a la venerada imagen sobre los lomos del jumento, se arrodillaban reverentes a su paso; pero el asno pensó equivocadamente que era a él a quien las gentes adoraban e, inflándose de orgullo, comenzó a rebuznar rehusando proseguir la marcha.

El arriero, adivinando su pensamiento, le dijo mientras lo golpeaba con su vara:

—¡Pobre majadero! ¡No faltaba más: ver a un asno venerado por los hombres!

Quien se envanece con los méritos ajenos
se presta a la burla de quienes lo conocen.

SEGUNDA PARTE

SEGUNDA PARTE

31ª.—El Ciervo y el Buey ... 37
32ª.—El Pastor y los Lobeznos ... 38
33ª.—El León enamorado ... 39
34ª.—El Rosal silvestre y la Vid ... 40
35ª.—El Pescador flautista ... 41

36ª.—Las Liebres y las Ranas ... 42
37ª.—Los Lobos y los Corderos ... 43
38ª.—La Zorra y el Gallo ... 44
39ª.—El León y el Jabalí ... 45
40ª.—El Camello, el Elefante y el Mono ... 46

41ª.—El Asno y el Jardinero ... 47
42ª.—La Zorra y el Lobo ... 48
43ª.—El Viento y el Sol ... 49
44ª.—Los muchachos y las Ranas ... 50
45ª.—El Cazador tímido y el León ... 51

46ª.—Las dos Ranas ... 52
47ª.—El Lobo disfrazado de oveja ... 53
48ª.—La Cigarra y la Hormiga ... 54
49ª.—El Ruiseñor y el Gavilán ... 55
50ª.—La Zorra y las Uvas ... 56

51ª.—El Cocinero y el Perro ... 57
52ª.—El Caballo, el Venado y el Cazador ... 58
53ª.—La Zorra y el León ... 59
54ª.—El Tigre y el Cazador ... 60
55ª.—El Lobo y el Cabrito ... 61

56ª.—El León y el Ratón ... 62
57ª.—El Lobo y la Cigüeña ... 63
58ª.—El Asno y el Caballo ... 64
59ª.—Las Raposas en la orilla del río ... 65
60ª.—El León, el Oso y la Zorra ... 66



31ª.—El Ciervo y el Buey

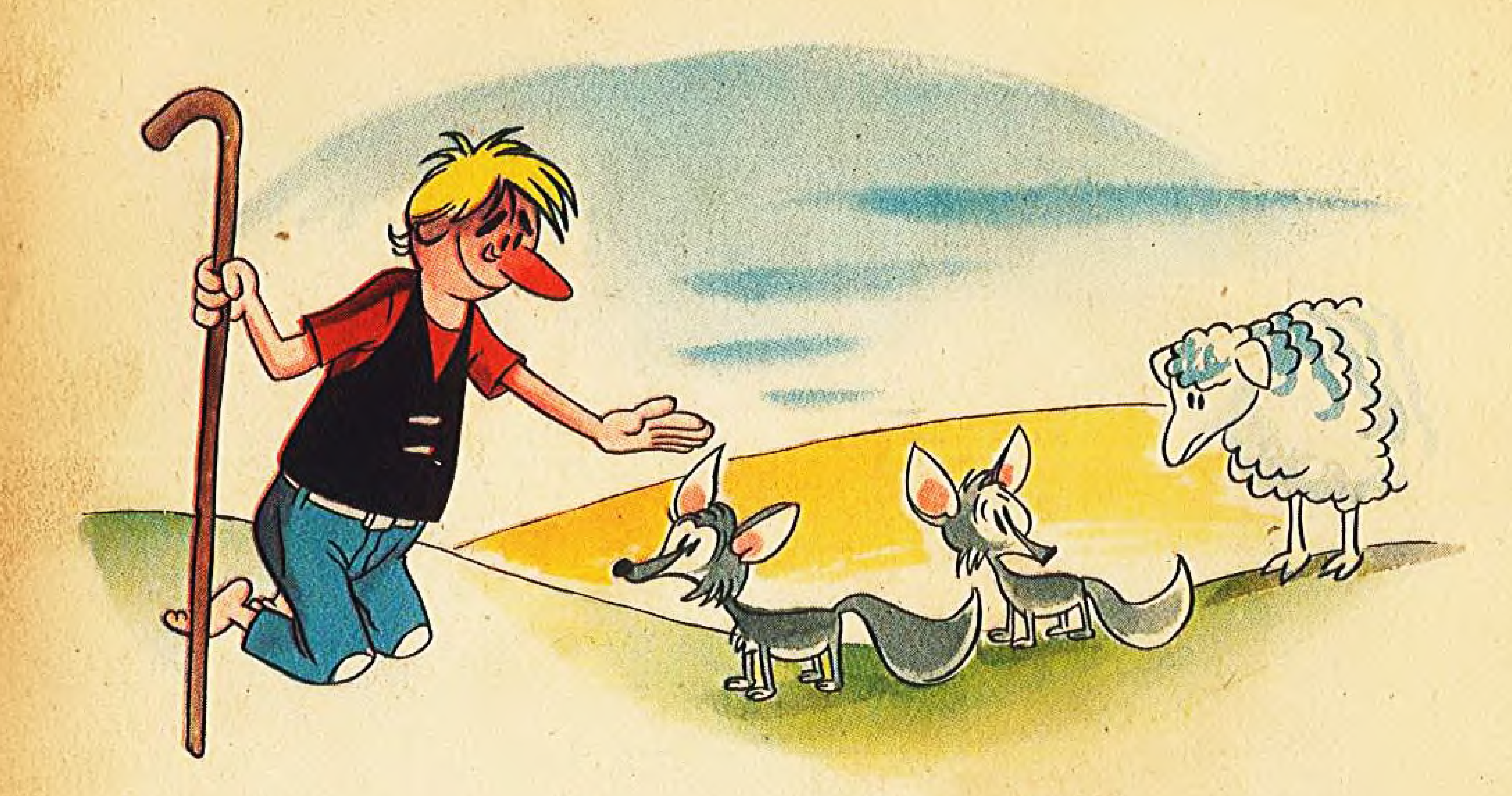
Un buey se encontraba descansando en su establo, cuando de repente, un ciervo, que huía de los cazadores, entró asustado y rogó le permitiera ocultarse en él.

El buey, sin oponerse al deseo del cuitado, le manifestó la poca seguridad que el lugar ofrecía, pues aquel establo era visitado tanto por el amo como por sus criados. Sin embargo, respondió el ciervo, si tú no me denuncias me sentiré seguro.

En efecto, entraron los mozos y ninguno reparó en el ciervo. El boyero, asimismo, hizo su acostumbrada inspección sin percatarse del intruso.

Pero poco después entró el amo y comenzó a registrar minuciosamente los pesebres para corregir los descuidos de sus servidores y descubrió, debajo del heno, los cuernos del ciervo e inmediatamente llamó a su gente para hacerlo matar.

Nadie cuida mejor sus cosas
como su propio dueño.



32ª.—El Pastor y los Lobeznos

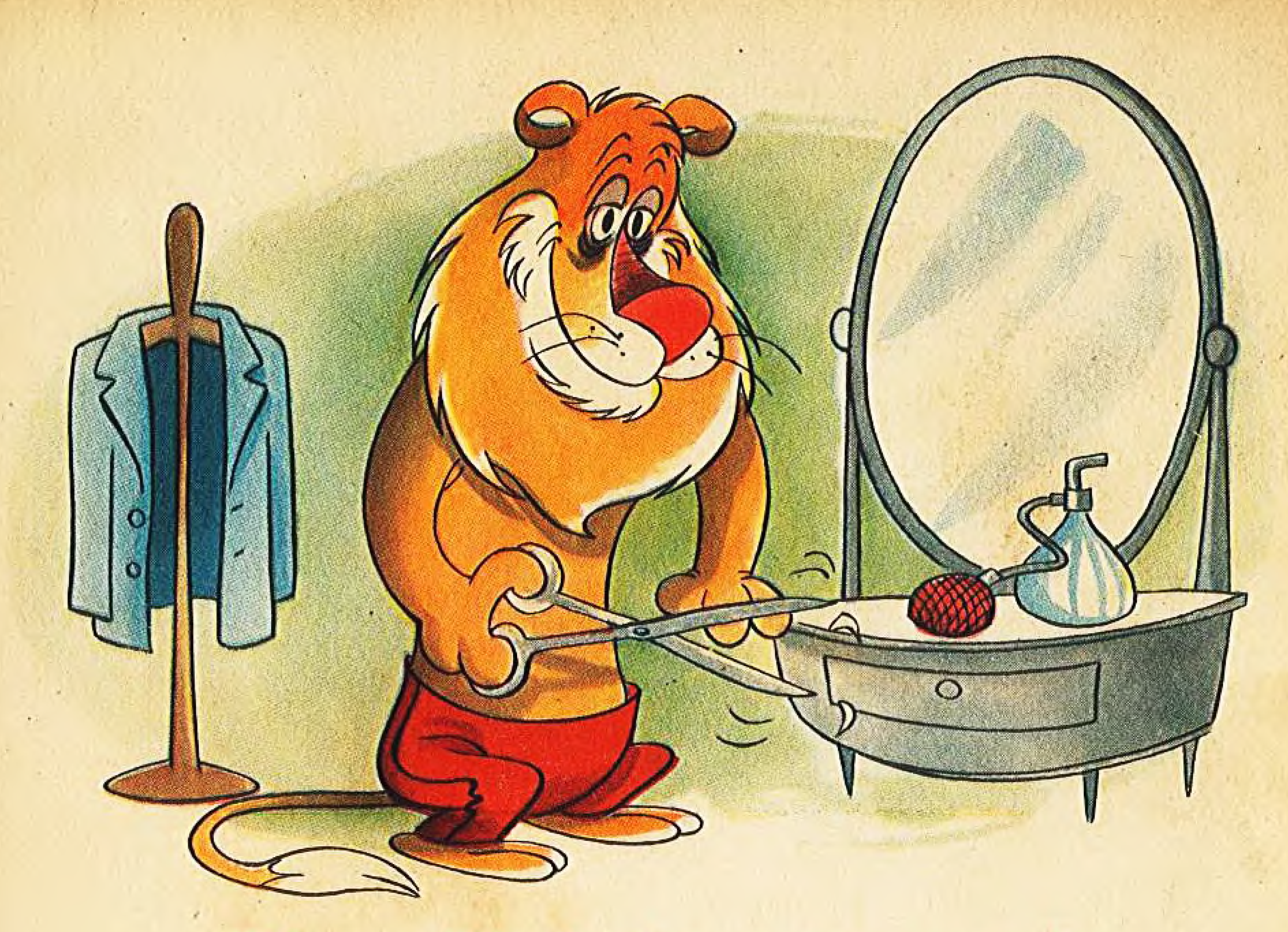
Un pastor halló unos lobeznos y, encariñándose con ellos, los crió con sumo esmero con la esperanza de que, cuando fueran mayores, no sólo le cuidaran sus propios corderos, sino también le llevaran otros ajenos.

Pero en cuanto crecieron los lobeznos lo suficiente, aprovecharon cuanta oportunidad se les presentó para hacer de las suyas con el rebaño del pastor.

Al poco tiempo, reparando en ello, el pastor se lamentaba con estas razones:

—¡Tengo bien merecido mi castigo! ¡Insensato de mí!, ¿por qué, dejándome llevar de corazonadas, puse mi cariño en esos animales?; más me hubiera valido exterminarlos a pesar de que eran pequeños.

Cría cuervos y te sacarán los ojos.



33ª.—El León enamorado

Un león, prendado de la hija de un labriego, solicitó a la doncella en matrimonio.

El campesino, no pudiendo resolverse a dar su hija a fiera tan temida ni negársela tampoco, en razón del temor que le inspiraba, ideó la siguiente estratagema:

El labriego, al ver al león insistir en sus amores, le dijo que lo creía muy digno de ser el futuro esposo de su hija y gustoso se la concedería pero con dos condiciones: que se arrancara los dientes y se cortara las uñas, porque eso amendrentaba a su hija.

El león aceptó tan duras condiciones, pues verdaderamente estaba enamorado. Pero el labriego, lleno de desprecio hacia la fiera, al escuchar por última vez sus ruegos, lo puso de patitas en la calle.

No te expongas al desprecio
buscando lo que no te corresponde.

34ª.—El Rosal silvestre y la Vid

Un rosal silvestre que crecía en un seto decía, en cierta oportunidad, a su compañera, la vid:

—¡Cuánto te compadezco!... Te podan, te cavan, te atormentan mientras yo, buena amiga mía, crezco libremente.

—Sí, respondió la vid, pero tus frutos son amargos y no sirven para nada, mientras que de los míos se hace el vino que conforta y vigoriza.

Mi felicidad, agregó, consiste en trabajar de ese modo para los demás y en dar todos mis frutos sin solicitar recompensa alguna.

Avergonzado el rosal no respondió y se ocultó entre la hojarasca que lo rodeaba.

Niños: Procurad pareceros a la vid que no teme sufrir para dar algún día óptimos frutos.

La mayor felicidad corresponde al que procura la dicha ajena.



35ª.—El Pescador flautista

Un pescador, habilidoso flautista, se fué a la mar llevando consigo su flauta y su red. Sentado en una peña que se adentraba en el mar, se puso a tocar su flauta imaginando que los peces, cautivados por la dulce melodía, saltarían del agua para caer en sus manos.

Pero cansado al fin por tan inútil esfuerzo, dejó de lado la flauta y echando la red atrapó gran número de peces. Los sacó de la red, los esparció cuidadosamente sobre la ribera y como los viera saltar en la agonía, exclamó:

—Malditos animales: Cuando os tocaba mi flauta no teníais deseos de bailar y, ahora que no la toco, comenzáis a ensayar la danza de la muerte! ¡Proseguid, que la sartén os espera!

Cada cosa a su tiempo
y los nabos en Adviento.



36ª.—Las Liebres y las Ranas

Congregadas un día las liebres se quejaban de su vida pobre y atemorizada; pues, en efecto, decían ser presa de los hombres, de los perros, de las águilas y de otros enemigos más.

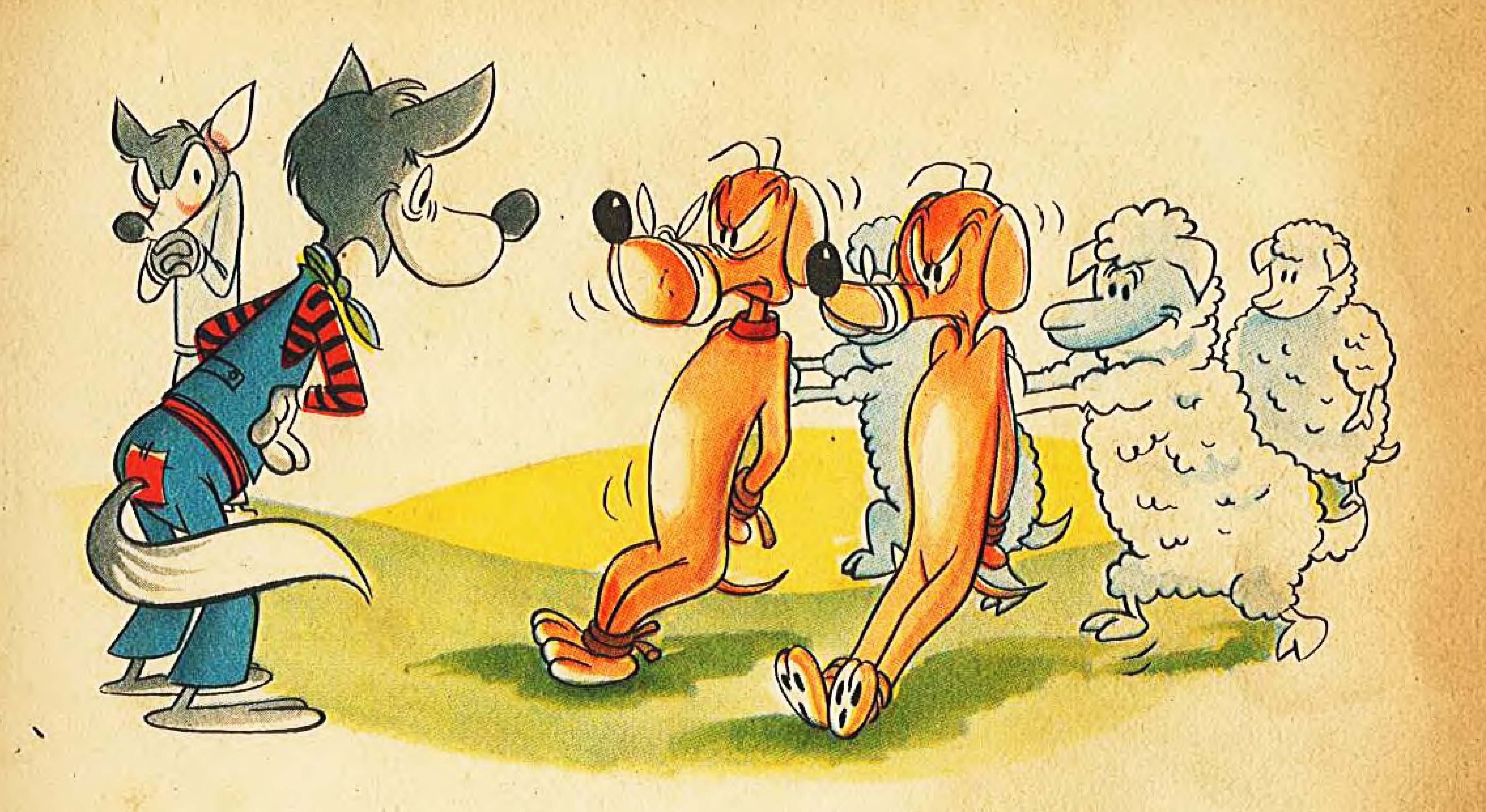
Después de largo debate, las desdichadas liebres, acordaron morir de una vez a seguir viviendo en el terror.

Tomada esta decisión, se dirigieron todas al mismo tiempo a un estanque para morir ahogadas en él.

Unas ranas, que sentadas se encontraban cerca del estanque, en cuanto sintieron el ruido de su carrera se echaron al agua. En eso una de las liebres, al parecer de más talento que las demás, dijo:

—¡Deteneos, camaradas; no nos apresuremos, pues podéis ver: Todavía hay animales más tímidos que nosotros.

Mal de muchos consuelo de tontos.



37ª.—Los Lobos y los Corderos

Procuraba una manada de lobos sorprender a un rebaño de carneros. Mas, no pudiendo lograrlo a causa de los perros que lo cuidaban, decidieron usar de astucia para coronar sus propósitos.

Los señores lobos, con tal objeto, enviaron una delegación para solicitar a los carneros que les hicieran entrega de sus perros.

—Los perros son los causantes de nuestras diferencias— —dijeron los muy astutos—, no tenéis más que entregarlos y la paz reinará entre nosotros.

Crédulos los carneros, sin imaginar lo que les iba a pasar, entregaron amarrados a sus guardianes; y los lobos, dueños de la situación, despedazaron fácilmente al rebaño desguarnecido.

Los Gobiernos que fácilmente ceden.
bajo el yugo de sus adversarios caen.



38ª.—La Zorra y el Gallo

Quería una zorra desayunarse con la pechuga de un gallo que, cantando en un árbol lucía corpulencia.

—Tengo una gran noticia que darte, le dijo la zorra.

—Amiga, ¿qué fresca noticia me traes?, preguntó el gallo.
—Pues, que las zorras han firmado las paces con las aves de corral. Por lo tanto estamos en paz. Baja presto amigo para darte un fuerte abrazo y celebrar así nuestra amistad.

—Cierto debe ser lo que me cuentas — contestó el gallo— pues, por allá veo dos perros venir a toda carrera tal vez a darnos la misma noticia.

Al oír esto la zorra, no digo corrió, sino voló, rabo entre piernas, a esconderse, mientras el gallo le cantaba desde el árbol su burlón ¡quiquiriquí!, ¡cocorocó!, que quiere decir: de aquí no me muevo yo.

Quien no te conoce que te compre.





39ª.—El León y el Jabalí

Llegado un sofocante verano, en que el calor ocasiona sed, un león y un jabalí fueron a beber a la misma fuente.

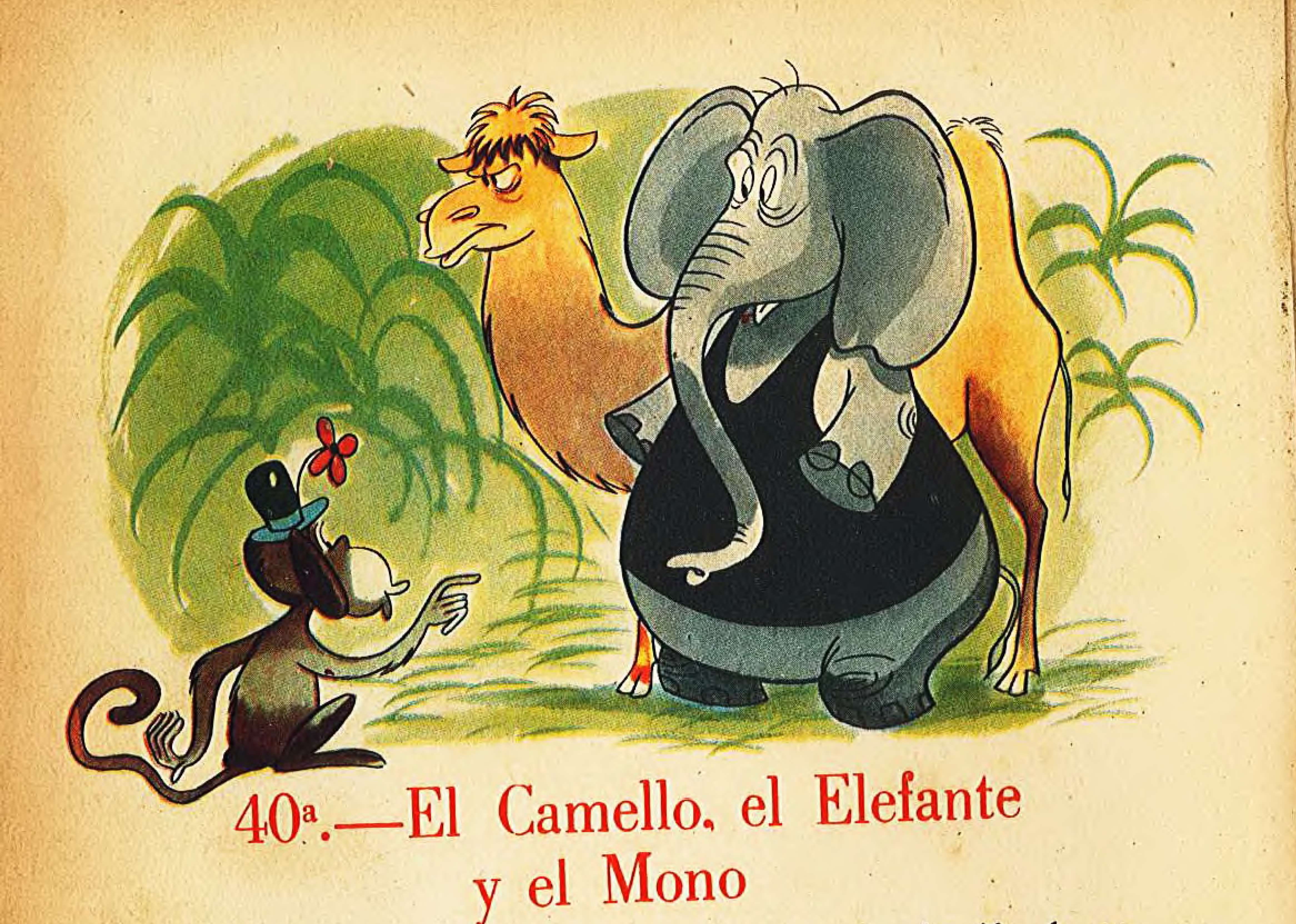
Discutieron sobre cuál de los dos bebería primero y, por no llegar a conclusión alguna, se trabaron en terrible combate.

De pronto se volvieron para tomar aliento y observaron una nube de rapaces que aguardaba para devorar al derrotado. Ante tan grave peligro pusieron fin a su enemistad y dijeron:

—¡Vaya, qué tontos somos! Es preferible hacernos amigos a servir de comida a buitres y cuervos.

Más vale acabar con las querellas, pues, muy a menudo, el resultado es fatal para ambas partes.

Si vivir en paz deseas
pon límite a tus querellas.



40ª.—El Camello, el Elefante y el Mono

Deliberaban los animales con respecto a la elección de un soberano, pues eran muchos los candidatos que se presentaron en esa oportunidad para disputar tan codiciado título.

Después de varias eliminatorias quedaron como candidatos de mayor opción el camello y el elefante. Ambos confiaban en ser los preferidos en virtud de su tamaño y de su fuerza.

Pero el mono, saliéndoles al paso, declaró a los dos incapaces para reinar.

—El camello, manifestó el mono, es indigno porque no tiene rencor ni energía para castigar a los malvados; y el elefante, porque teme al asqueroso marrano, animal que puede atacarnos.

Muchas veces por insignificancias
se pierden oportunidades de triunfar.



41ª.—El Asno y el Jardinero

Un asno se hallaba al servicio de un jardinero, pero como recibía muy poco de comer, por más que trabajaba bien, suplicó al cielo lo librara de jardinero tan mezquino y deparándole mejor porvenir, lo hiciese cambiar de dueño.

El cielo, escuchando sus ruegos, hizo que lo vendieran a un cacharrero. Pero, nuevamente, se sintió disconforme, porque lo cargaba con exceso y lo hacía transportar barro y cacharros; por ello pidió, una vez más, mudar de dueño, siendo vendido esta vez a un curtidor.

El cambio no fue tan bueno como soñó, pues cayó en manos de un dueño peor que los anteriores. Y, examinando el oficio de su nuevo patrón, exclamó suspirando:

—¡Infeliz de mí! Mas me hubiera convenido permanecer con mi primer dueño, pues con éste, por lo que observo y medito, a la postre resultaré con la piel curtida.

Más vale lo viejo conocido
que lo nuevo por conocer.



42ª.—La Zorra y el Lobo

Tuvo una zorra la mala suerte de caer dentro de un pozo y, al sentir que se ahogaba, se puso a pedir auxilio con todas sus fuerzas. En tan apremiante circunstancia, un lobo, que accidentalmente pasaba por allí, curioso se apresuró a ver lo que acontecía.

—¡Eh, señor Lobo!, gritaba la zorra. Alárgueme la mano y ayúdeme a salir de este peligro, pues de no ser así pereceré seguramente ahogada.

—¡Pobrecilla!, le contestó el lobo. ¡Qué pena me da verla en tal aprieto! ¿Cuánto tiempo hace que estáis allí abajo?...¿Cómo se ha caído?... ¡Oiga! El agua debe estar muy fría, ¿verdad?... ¿Es muy hondo el pozo?...

—¡Socorro, socorro, señor Lobo! No es este el momento de charlar. Ayúdeme a salir de aquí y luego se lo contaré todo. Por favor, no pierda tiempo, que me ahogo.

No perdamos el tiempo hablando
cuando hay algo urgente que hacer.



43ª.—El Viento y el Sol

En cierta ocasión el Viento y el Sol apostaron para saber cuál de los dos sería el más fuerte.

En aquel mismo instante apareció un hombre a lo largo del camino. —¿Ves aquel hombre con su capa?, intervino el Viento. Quien consiga quitársela, será el vencedor.

El Viento intentó primero y sopló tan fuerte como el huracán. Entonces el hombre, para librarse de él, se abrigaba mejor y cuando más fuerte soplaba tanto más se sujetaba la capa con las manos.

Desalentado el Viento dejó de soplar. A su vez, el Sol, sin hacer ruido, envió sus calurosos rayos con más ardor que de costumbre.

El hombre empezó a sudar y, al no poder resistir tanto calor, se quitó la capa. Entonces el Sol fue declarado vencedor.

Más vale maña que fuerza.



44ª.—Los muchachos y las Ranas

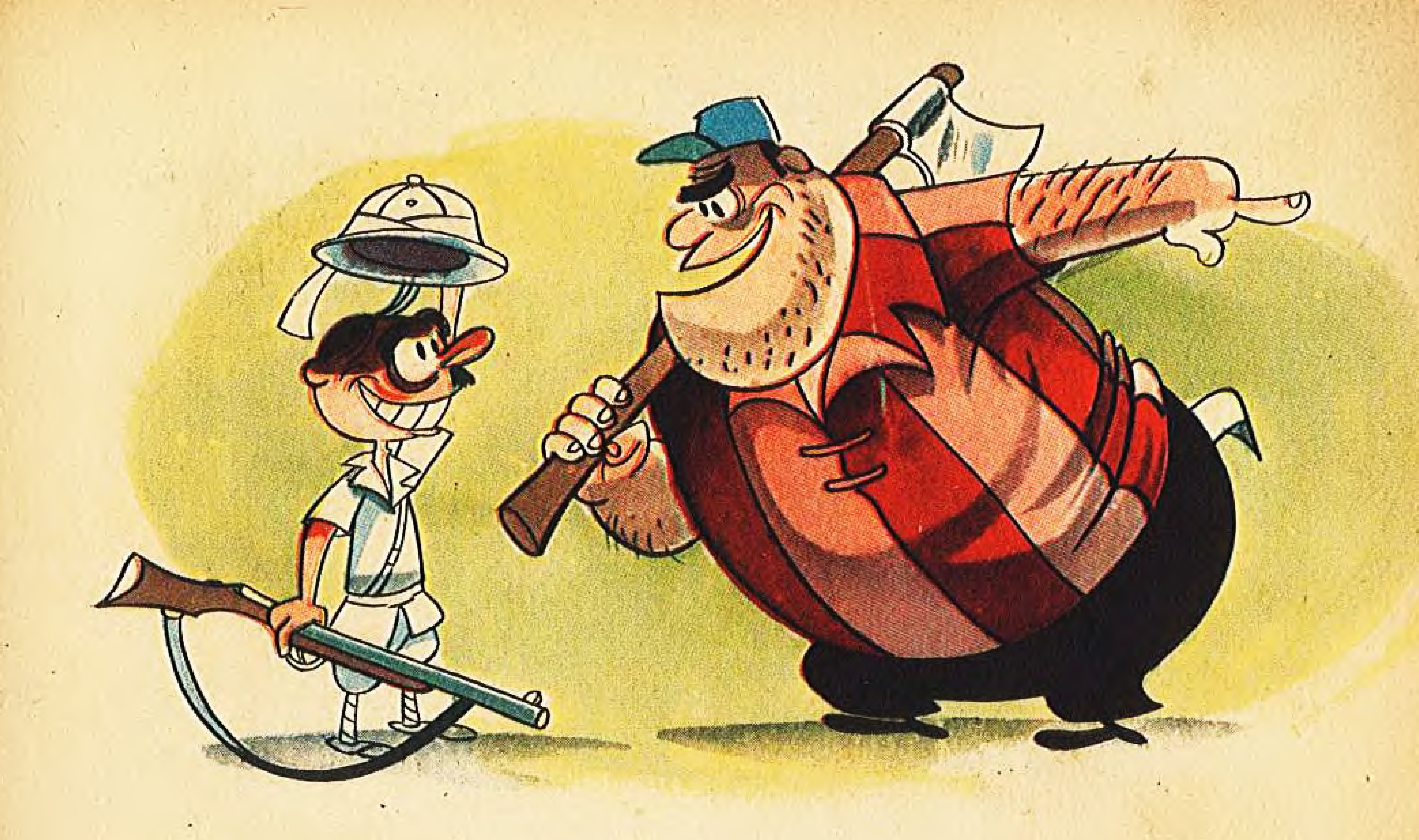
Juan, Miguel y Leandro, tres traviesos colegiales en lugar de ir a la escuela, se entretenían cerca de un pantano ideando como es de suponer, desatinos mil.

Cansados de correr y saltar se acercaron a la orilla del pantano en el cual había muchas ranas y, allí, prosiguiendo su diversión, pusiéronse a apedrear a los indefensos batracios, apenas asomaban la cabeza a flor de agua.

Cuando aún entretenidos disfrutaban de su libertad, una de las ranas —acaso la más sesuda de ellas, mortificada por la maldad de los muchachos—, sacando ligeramente la cabeza del líquido elemento, les gritó:

—¡Eh muchachos, por lo visto no tenéis presente que lo que a vosotros os divierte, a nosotras nos causa la muerte! Idos a vuestra escuela, y no causéis en nuestra colonia el exterminio y la desolación.

Quien maltrata a un animal
no muestra buen natural.



45ª.—El Cazador tímido y el León

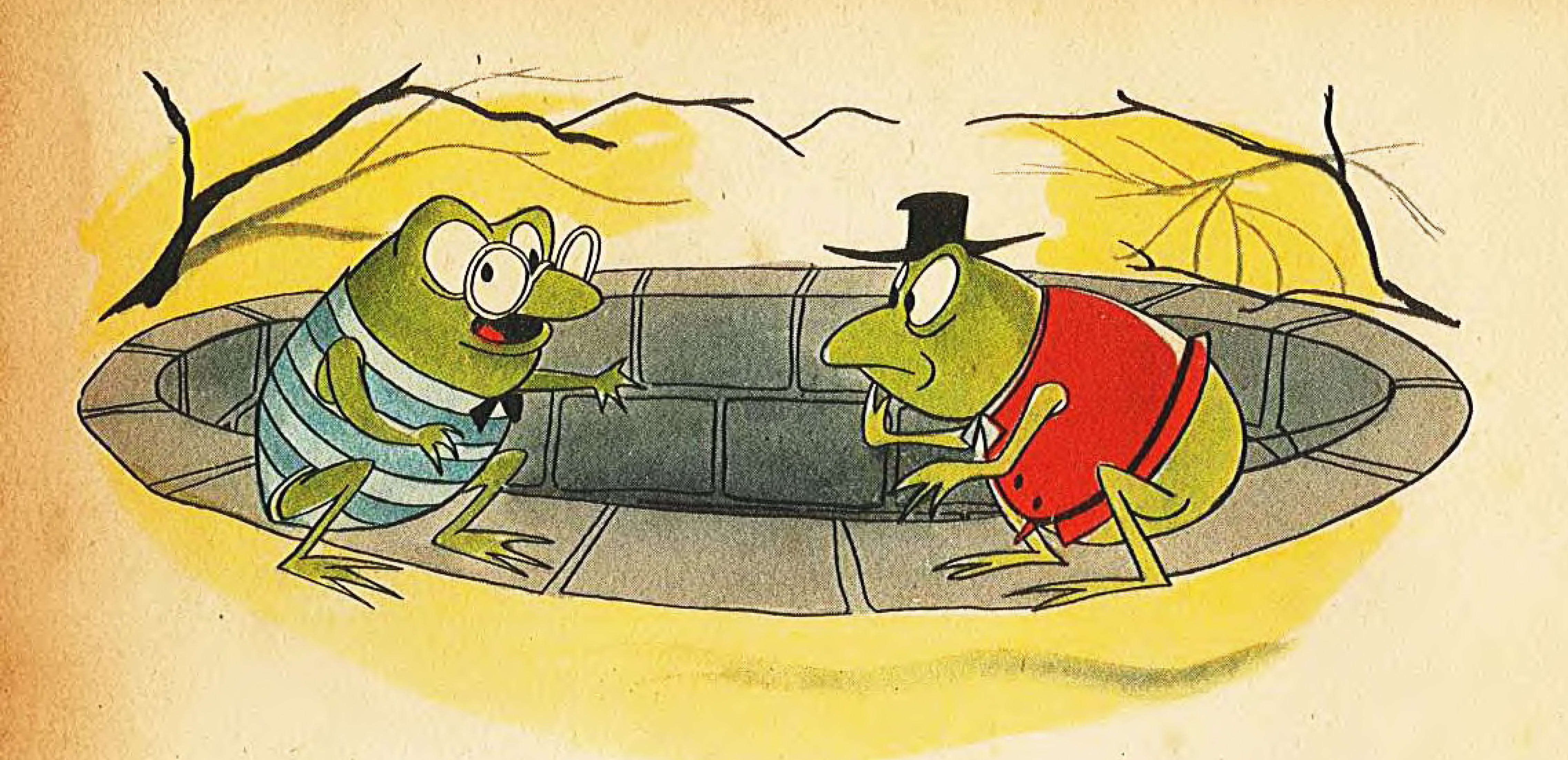
Buscando el cazador la pista de un león preguntó a un leñador si no había observado los rastros de la fiera y el sitio donde tenía su guarida.

—Si gustas y tienes tanto interés, respondió el leñador, voy a mostrarte no sólo al propio león sino también el sitio donde de ordinario se oculta esa terrible fiera.

El cazador, aturdido por tan inesperada respuesta, pálido de miedo y sintiendo entrechocarse los dientes, le contestó con palabras entrecortadas:

—Gracias amigo; no es mi interés inmediato buscar al león, me proponía solamente indagar sobre su pista y esto por curiosidad.

La audacia es el arma de los cobardes.



46ª.—Las dos Ranas

Era un día de verano sofocante: los campos estaban amarillentos y los charcos y pantanos ostentaban yerbas secas y escasas aguas corrompidas.

Dos ranas muertas de sed y con la piel rugosa caminaban juntas en busca de agua.

Después de tanto caminar llegaron a la orilla de un pozo profundo; y, sentándose en sus bordes, se pusieron a discutir si debían saltar o no a él.

Una de las ranas alegaba con razón, que siendo el agua tan abundante en el fondo del pozo podrían vivir tranquilamente.

La otra, más juiciosa que su compañera, después de reflexionar seriamente le objetó: —Todo está bien, yo no tengo ningún inconveniente en saltar, pero si el agua se seca ¿cómo saldremos del pozo?

Antes de tomar una decisión.
es necesario reflexionar.



47ª.—El Lobo disfrazado de oveja

Un lobo, en cierta oportunidad, se revistió con la piel de una oveja que atrapó en sus correrías; y, logrando confundirse con el resto del rebaño, mató, sin piedad, a no pocos corderitos.

Empero su disfraz no duró tanto como pensó. Días después, el pastor, llegando a descubrir el embuste, lo ató del cuello a un árbol, dejándolo colgado para escarmiento de cuantas fieras pasasen por allí.

Al llegar al lugar de estos hechos, otros pastores viendo colgada a la oveja se extrañaron y, en consecuencia, preguntaron al pastor que móviles le habían inducido a castigar tan terriblemente a un animal inofensivo.

Entonces el pastor les hizo ver cuán equivocados estaban al tomar por oveja al desalmado animal. Los pastores, convencidos de su error, estuvieron de acuerdo con el merecido castigo del farzante.

No hay que acostumbrarse
a lo que no ha de durar.



48ª.—La Cigarra y la Hormiga

Una hormiga, llegado el verano, juntaba afanosamente granos de trigo y cebada, guardándolos en su granero para alimentarse en el invierno.

La cigarra, que pasaba el día cantando, se sorprendió de verla tan trabajadora en época en que los animales, dejando sus faenas, se abandonaban a la buena vida y diversión.

Calló la hormiga, pero cuando llegó el invierno y con él la escasez de provisiones, la cigarra, hambrienta, fue a solicitarle unos cuantos granos para alimentarse.

Entonces la hormiga le manifestó:
—Ya ves, holgazana, si hubieras trabajado en el tiempo oportuno, hoy no carecerías de alimento. Canta pues ahora, mientras yo como.

Si el ocio te causa tedio
el trabajo es buen remedio.



49ª.—El Ruiseñor y el Gavilán

En la copa de un árbol cantaba un ruiseñor la más sentida de sus endechas.

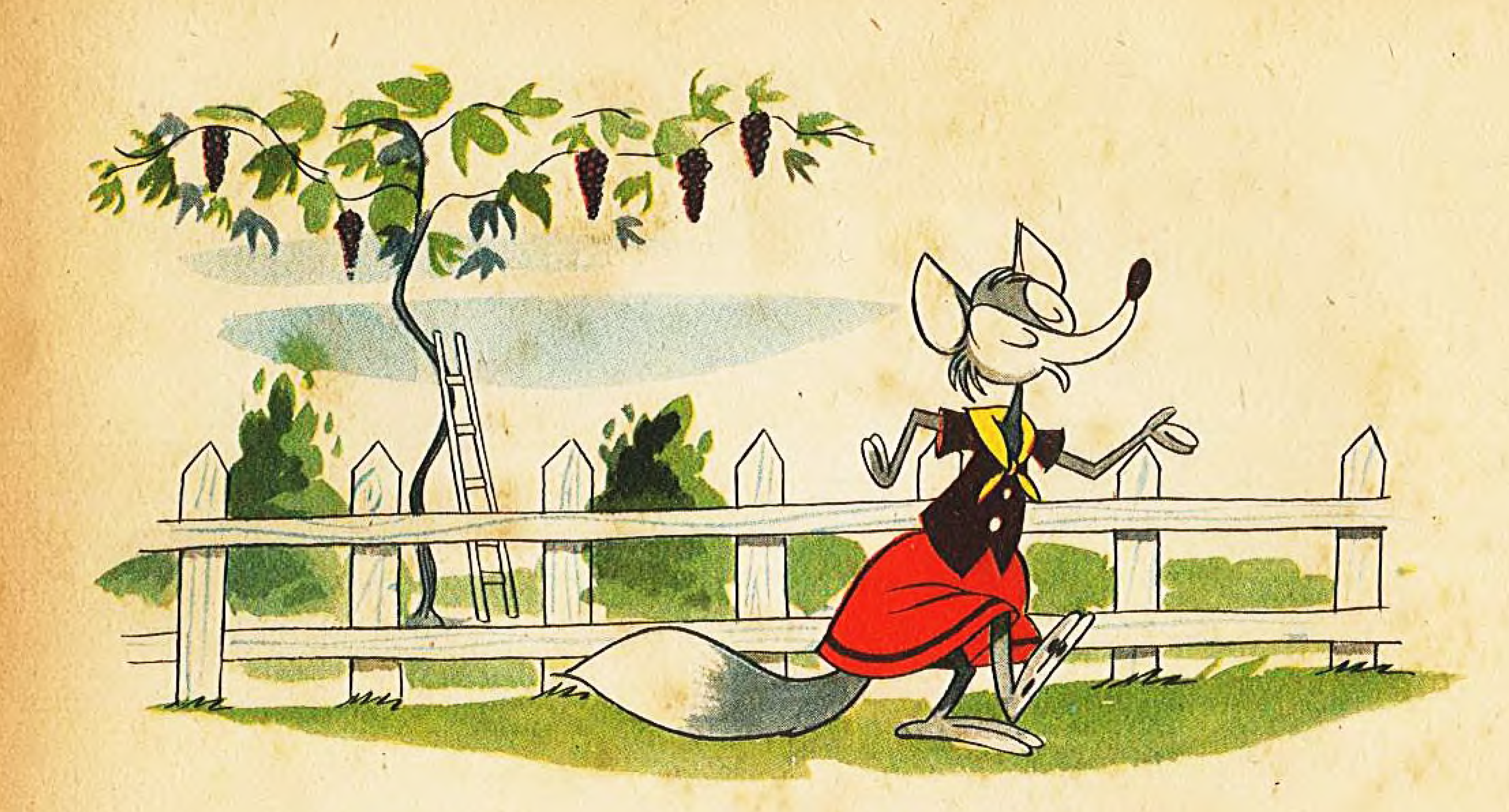
Pasó por allí un gavilán que, falto de comida, vio en el cantor apasionado la presa por la que tanto suspiraba. Veloz como el pensamiento, atrapó al pajarillo en sus afiladas garras.

Segura de su muerte la avecilla pidió su libertad, manifestando que él solo no lograría satisfacer el vientre de un gavilán y que, si el hambre lo acosaba, atrapara pájaros de mayor tamaño.

El gavilán, después de reflexionar un poco, contestó:
—Qué tonto sería si te dejara huír por correr tras aquellos pájaros que ni siquiera vi.

También entre los hombres, hay necios que, con la esperanza de mayor fortuna, dejan ir los bienes que poseen.

Más vale dinero en mano
que chivato en pampa.



50ª.—La Zorra y las Uvas

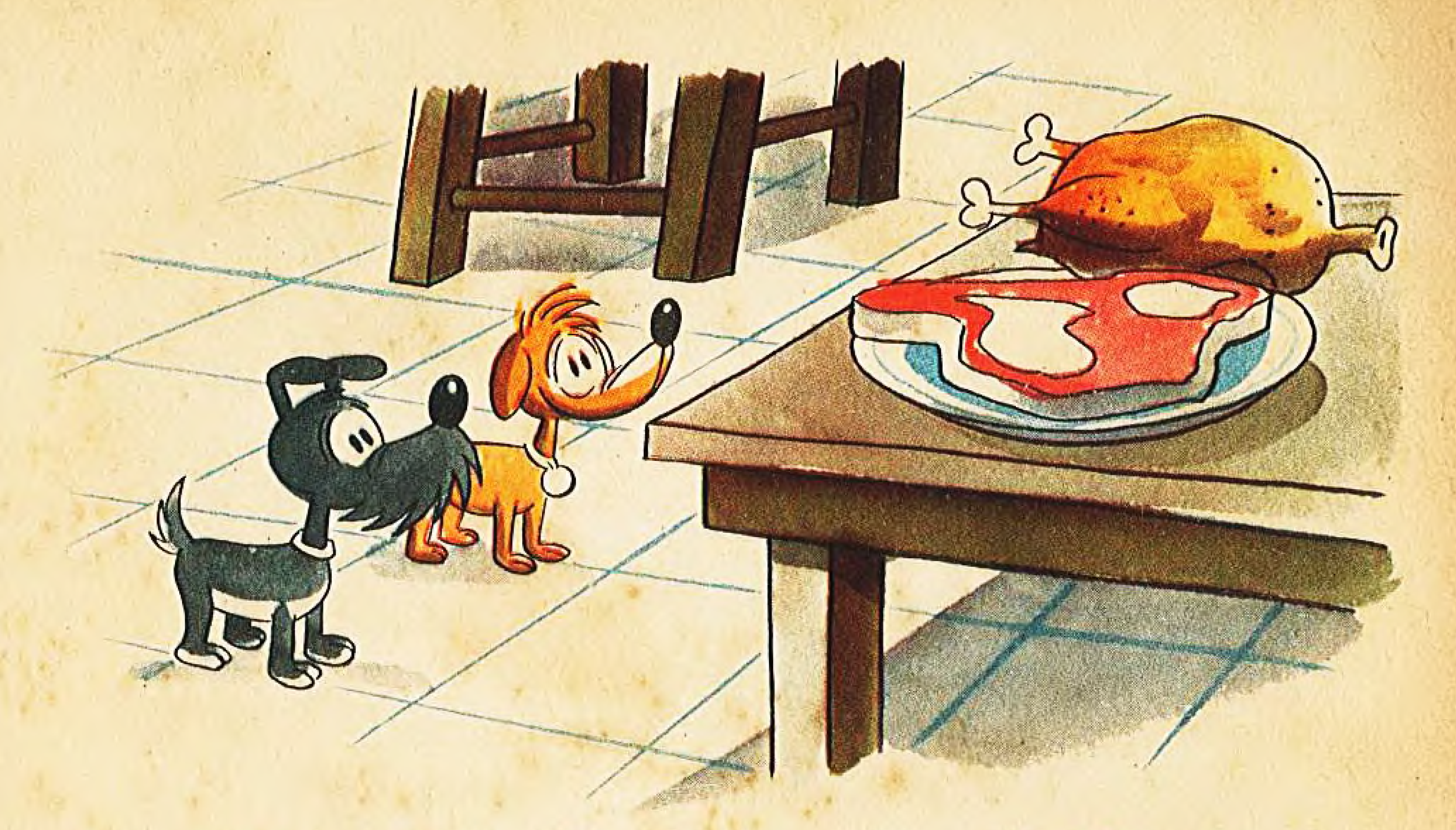
Doña Genoveva, señora muy respetable en la comarca, cultivaba en su huerta una hermosa y frondosa parra; cuyos racimos, grandes y maduros, despertaban el apetito de quienes al pasar la contemplaban.

Una zorra hambrienta, después de caminar en vano buscando algo con qué saciar su voraz apetito, pasó por casualidad por la huerta; y, claro está, las suculentas uvas sobresaltaron mayormente a su ya desfallecido estómago.

Y al mirar colgados de la parra los espléndidos racimos quiso cogerlos con su boca; pero como no lo consiguiera, después de varios intentos, se alejó confundido diciéndose para sí:

—Todavía están verdes, no las quiero comer.

A mal que no tiene remedio
mostrarle buena cara.



51ª.—El Cocinero y el Perro

Alistaba don Fulano una cena en homenaje de sus amigos, y Medor, el perro de la casa, percatándose del banquete, convidó también a Fido, un perrito del vecindario.

Fido acudió a la invitación muy contento y se detuvo frente a la gran mesa del festín.

—¡Oh fortuna inesperada! Murmuró para sí, voy a comer a tal extremo que no sentiré hambre varios días.

Fido se hallaba en estas reflexiones, moviendo el rabo como un amigo de confianza, cuando el cocinero lo vio y, tomándolo de las patas, lo lanzó por la ventana.

Ya en la calle, sus compañeros de aventuras, le interrogaron sobre la comida que había engullido.

Fido, disimulando su dolor y desengaño, contestó:

—Muy buena y qué sabrosos vinos; tanto bebí que, embriagado como estoy, no recuerdo por qué puerta salí.

No debemos fiarnos de aquellos
que nos ofrecen el caudal ajeno.



52ª.—El Caballo, el Venado y el Cazador

Un caballo resolvió vengarse de un venado que lo había ofendido y emprendió la persecución de su enemigo. Pronto, dándose cuenta que solo no podría alcanzarlo, pidió ayuda a un cazador.

—Si deseas cazar un hermoso venado, dijo al cazador, te conduciré donde se encuentra y así podrás beneficiar su carne, su piel y su cuero. Monta en mí e iremos en su busca.

Partieron al punto, pero por mucho que corrieron no pudieron alcanzar al ciervo que huyendo se internó en lo más intrincado del bosque.

—Como no has podido cazarlo, dijo el caballo al cazador, apéate, déjame en libertad y continúa viviendo como lo hiciste hasta hoy.

—De ninguna manera, repuso el cazador. Estás en mi poder y sé lo que vales, vivirás sometido a mi voluntad y servicio por el resto de tu vida.

No debemos tender lazos a nadie
si no queremos caer en ellos.



53ª.—La Zorra y el León

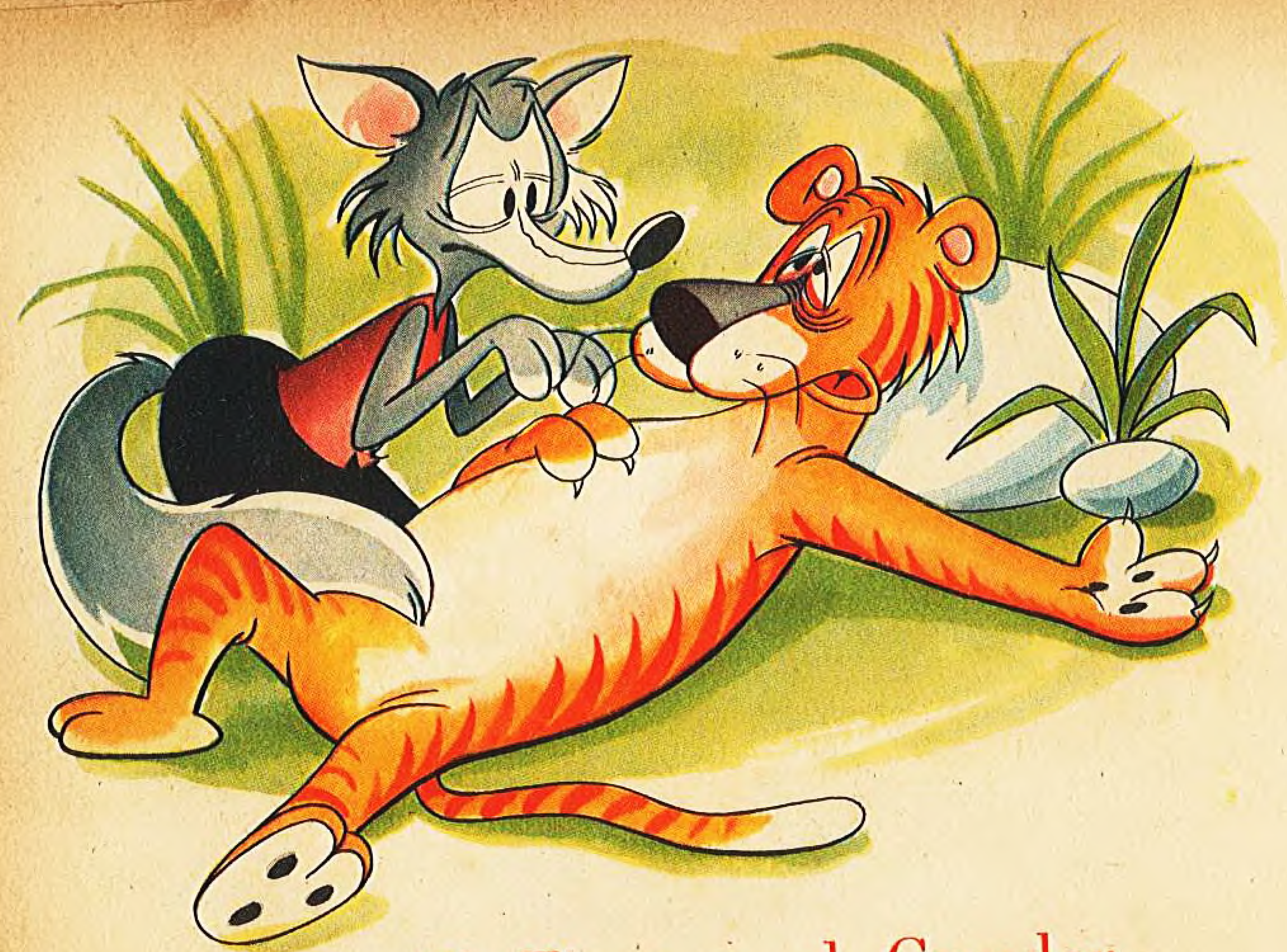
Viendo una zorra por vez primera a un león, quedó tan aterrada ante su fiero aspecto y terrible rugido que, cayendo a tierra, le faltó poco para morir de miedo.

Sucedió que en otra ocasión, al volver a encontrar al rey de la selva, su espanto no fue tan grande como la primera vez; y, sacando valor de donde menos lo pensó, se atrevió a mirarlo de hito en hito, aunque con timidez.

La tercera vez que por casualidad lo encontró al pie de un árbol, la zorra, segura de su astucia y carente de su antiguo pavor, se acercó amigablemente al león y, terminadas las palabras protocolares, trabó franca conversación con él.

El león, inteligente y poderoso cual ninguno, se contentó con decir a su interlocutora uno que otro monosílabo y esto por cortesía.

La mucha continuidad
es causa de menosprecio.



54ª.—El Tigre y el Cazador

Unas fieras, perseguidas por un hábil cazador, huían llenas de terror pensando en la muerte que segura las rondaba.

El tigre, sin embargo, queriendo reanimar su valor, dijo a sus compañeras de infortunio que procurasen defenderse y que él, personalmente, también estaba decidido a hacerlo.

Esta buena voluntad y decisión de poco o nada le valió, pues el cazador, diestro en el manejo del arma, lo alcanzó hiriéndolo de muerte.

La zorra, viendo al tigre sangrando, le preguntó cómo lo habían cogido tan malamente.

—No sé quién me ha herido, contestó el tigre, pero reconozco que mi herida ha sido hecha por uno que puede más que yo.

Los fuertes, muchas veces, se baten con temeridad; pero, muy a menudo, también pueden más que ellos el arte y el ingenio.



55ª.—El Lobo y el Cabrito

Un cabrito, saliendo de paseo por el campo, tuvo la mala suerte de encontrarse con un lobo, que de inmediato lo atrapó.

Al verse prisionero el cabrito imploró de esta manera:

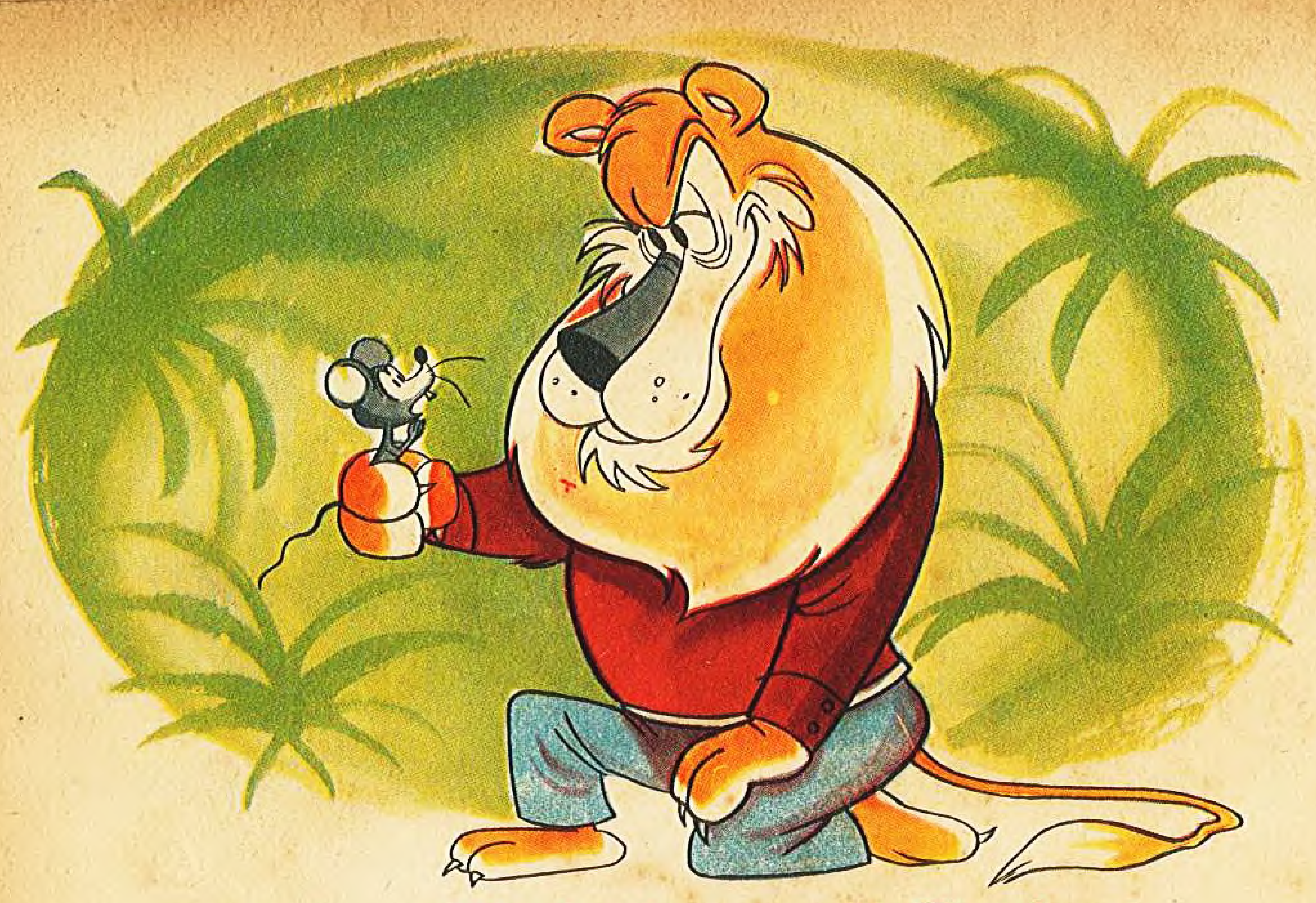
—Señor Lobo, ya que la muerte me aguarda y no tengo esperanza de vida, toque usted la flauta que yo bailaré para distraeros un momento.

Aceptado el pedido, don Lobo se puso a tocar la flauta mientras el cabrito bailaba alegremente.

Oyendo los perros la música acudieron a toda carrera.

Al ver el Lobo a los canes no tuvo más que escapar, dejando libre al bailarín.

En ciertas oportunidades
es útil la astucia.



56ª.—El León y el Ratón

Algunos ratoncitos, jugando aturdidamente en un prado, molestaban a un león que dormía plácidamente al pie de un árbol. La fiera, despertándose de pronto, atrapó entre sus garras al más atrevido de la pandilla.

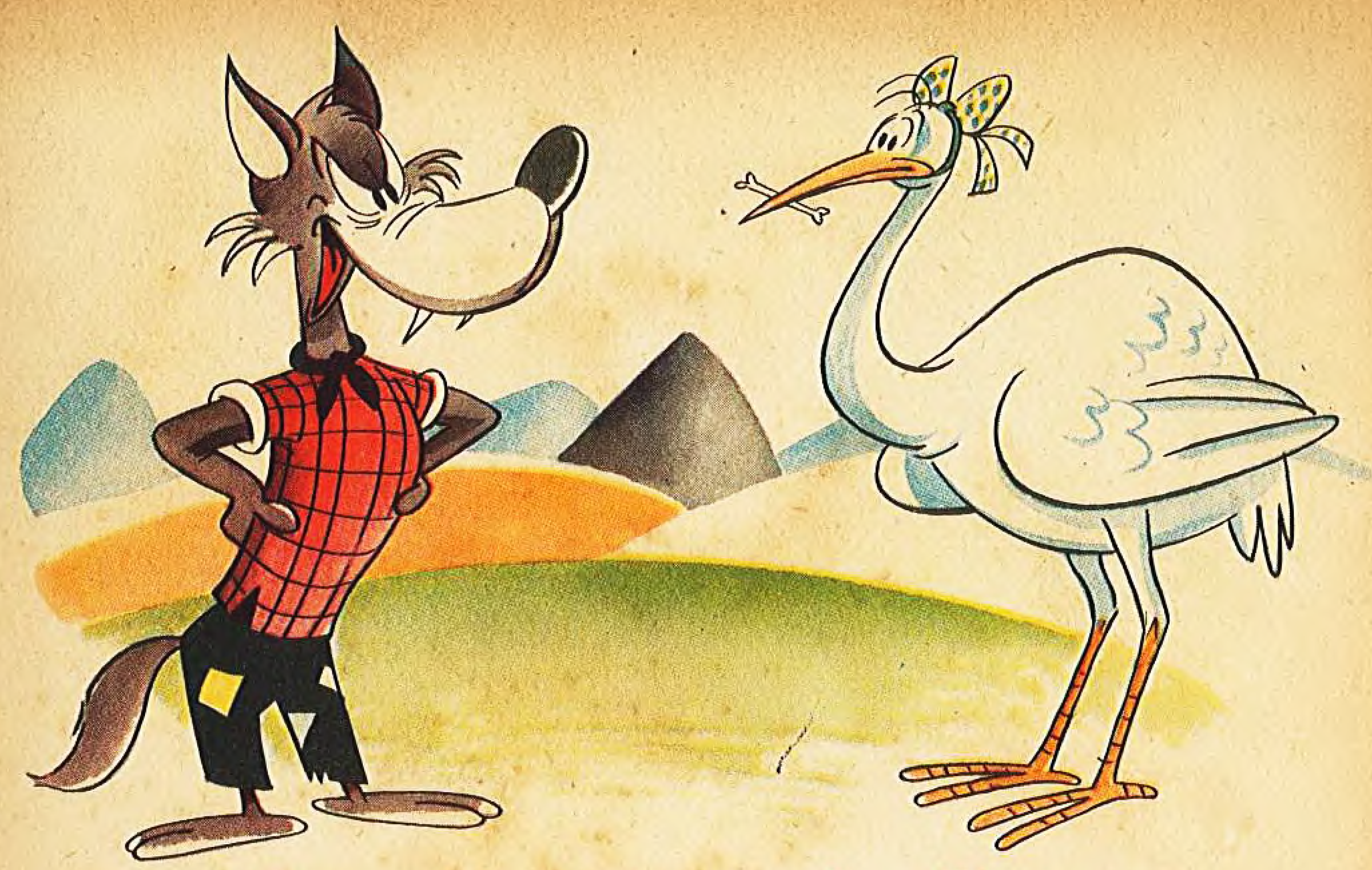
El ratoncito, preso de terror, aseguró al león que si le perdonaba la vida, la emplearía en servicio; y, aunque esta promesa lo hizo reír, el león tesminó por soltarlo.

Algún tiempo después , la fiera cayó en las redes que un cazador le había tendido y, como a pesar de su fuerza, no pudo librarse, atronó la selva con sus furiosos rugidos.

El ratoncito, al oírlo, acudió presuroso y rompió las redes con sus afilados dientes. De esta manera el pequeño exprisionero, cumpliendo su promesa, salvó la vida del Rey de los animales.

Esta vez, el león, meditó seriamente en el favor que acababa de recibir y prometió ser en adelante más generoso.

En los cambios de fortuna, los poderosos.
necesitan la ayuda de los débiles.



57ª.—El Lobo y la Cigüeña

A cierto lobo glotón se le atravesó un hueso en la garganta mientras comía. Viéndose en semejante apuro rogó con mil promesas a una cigüeña que se lo extrajera.

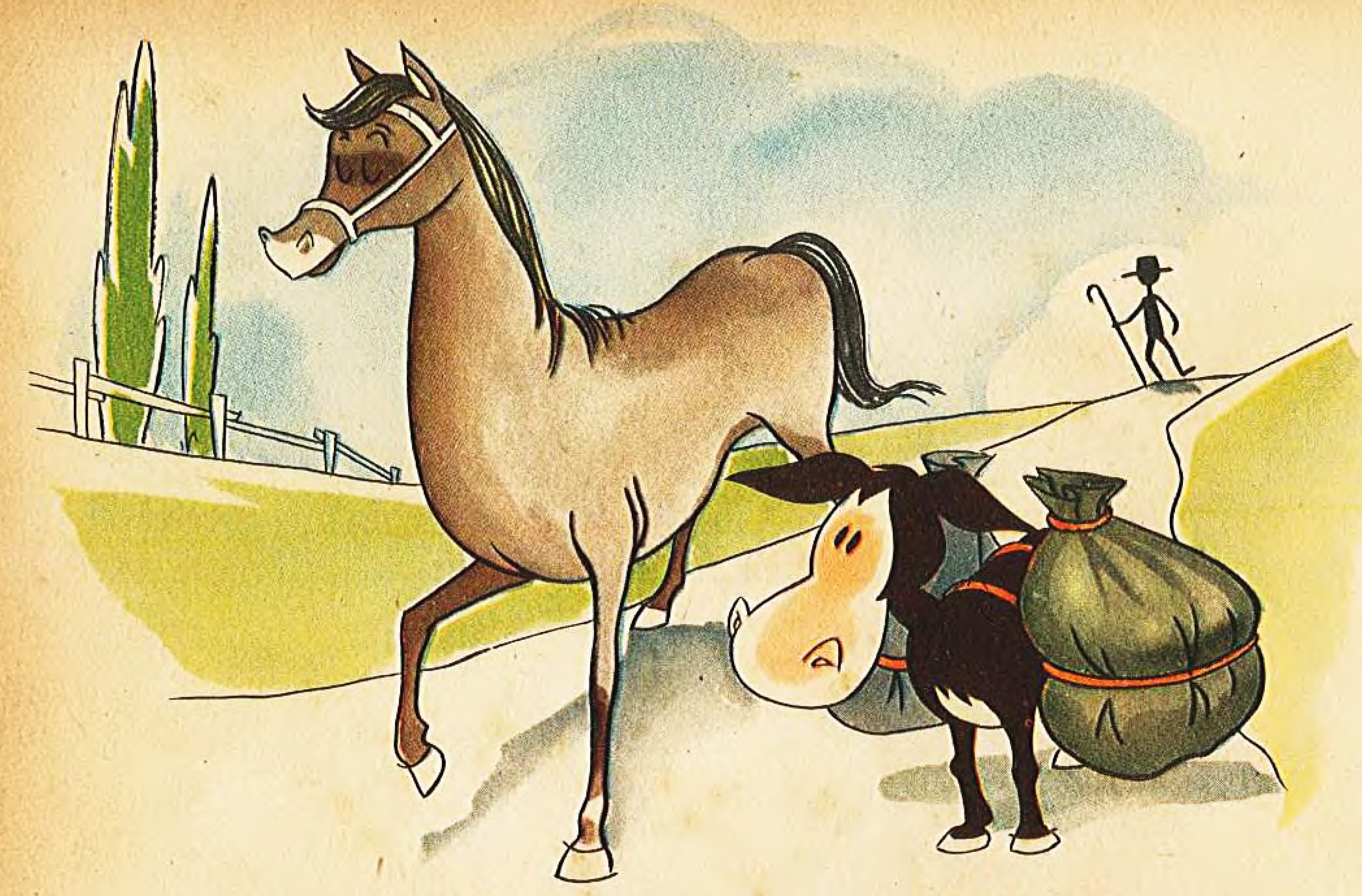
Oye, le dijo, tú que tienes tan largo el pico, bien podrías quitarme este hueso que me ahoga. Hazlo por favor, que yo recompensaré tu servicio.

Enternecida la cigüeña, por los ruegos del lobo y confiada en sus promesas, le sacó el hueso con suma habilidad; luego, terminada la operación, pidióle el pago de sus servicios a lo cual, el lobo contestó:

—¡Cuán necia eres! Después que he tenido tu cabeza entre mis dientes, ¿aún me pides premio mayor que el perdonarte la vida y dejarte libre para contar después que pusiste tu vida entre mis dientes?

Ante esta insólita respuesta, para evitar mayores desengaños, marchóse la cigüeña sin decir tus ni mus.

Inútil es hacer el bien a los malvados:
nunca corresponden los favores recibidos.



58ª.—El Asno y el Caballo

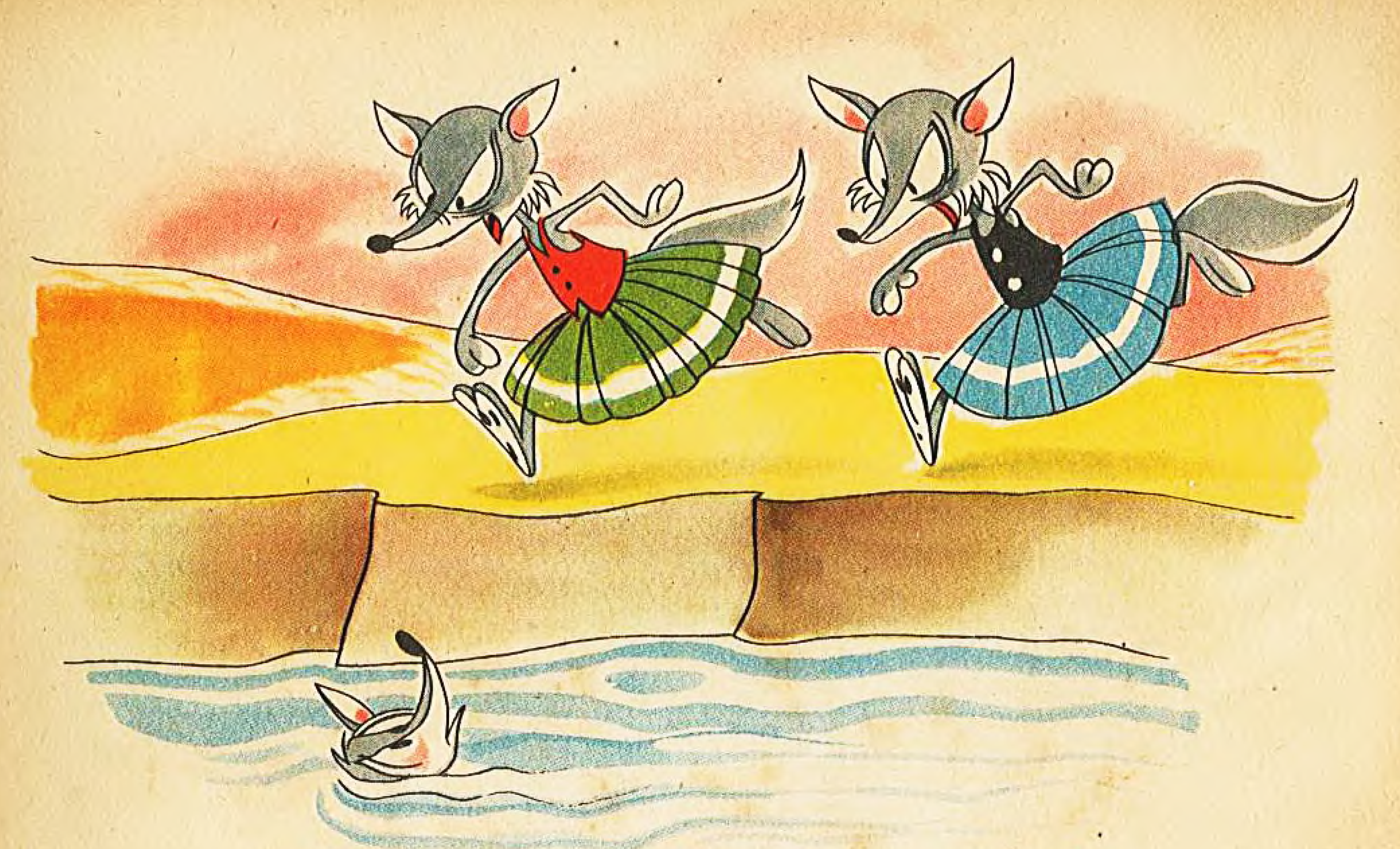
Un asno y un caballo, seguidos por su amo, caminaban por la carretera. El caballo no llevaba carga alguna; pero era tan pesada la del asno que a duras penas le permitía moverse, por lo cual pidió a su compañero le ayudase a llevar parte de ella.

El caballo, egoísta y de mal temperatura, se negó a prestar ayuda a su camarada que, jadeante y sin aliento, cayó muerto en el camino.

En vano el amo intentó aliviar al asno porque, desgraciadamente, era ya demasiado tarde. Entonces, obligado por las circunstancias, colocó la carga sobre el caballo junto con la piel del asno muerto.

De esta suerte el caballo, que por egoísta no había querido auxiliar a su compañero, se vió obligado a llevar toda la carga.

Ofrezcamos nuestra ayuda al necesitado pues nada ganaremos siendo egoístas.



59ª.—Las Raposas en la orilla del río

En un día de Primavera, se congregaron las raposas en las riberas de un rio con el fin de saciar su sed; más viendo que la corriente era caudalosa, y aunque una a otra se incitaban, ninguna osaba entrar al agua.

Finalmente, una de ellas, la más valiente, menospreciando a sus compañeras, se arrojó a las aguas sin temor, pero la corriente, que se arremolinaba furiosamente, la arrastró al centro del río; entonces las demás, siguiéndola desde la orilla, le gritaron:

¡No nos abandones, hermana: regresa y muéstranos el lugar más cómodo en donde podamos beber sin riesgo!

Mas ella, impelida por la corriente, contestó:
—Llevo un mensaje para el cielo; cuando regrese os indicaré ese punto.

No pretendas realizar ante los demás aquello de que nunca has sido capaz.



60ª.—El León el Oso y la Zorra

Cerca de unas montañas el león y el oso encontraron a un cervatillo y, para ver cuál de los dos se lo llevaría, se trabaron en sangrienta lucha.

Enlazados en descomunal pelea se dieron de dentelladas y, al fin, exámines por la lucha cayeron mal heridos a un barranco.

Oportunamente, doña Zorra, al pasar por allí, se alegró de ver a tan magnífica presa entre los dos contricantes. Sin mayor espera, atrapó tranquilamente al cervatillo y se alejó con él para festejar su botín.

Entonces el oso y el león, lamentando su desgracia, murmuraron:

—¡Qué tontos hemos sido de estropearnos para beneficio de otro!

Nadie sabe para quien trabaja.

TERCERA PARTE

TERCERA PARTE

61ª.—El Zorro y el Cuervo ... 69
62ª.—El Lobo y el Cordero ... 70
63ª.—El Gato y el Ratón ... 71
64ª.—El León y los cuatro Bueyes ... 72
65ª.—Los dos amigos ... 73

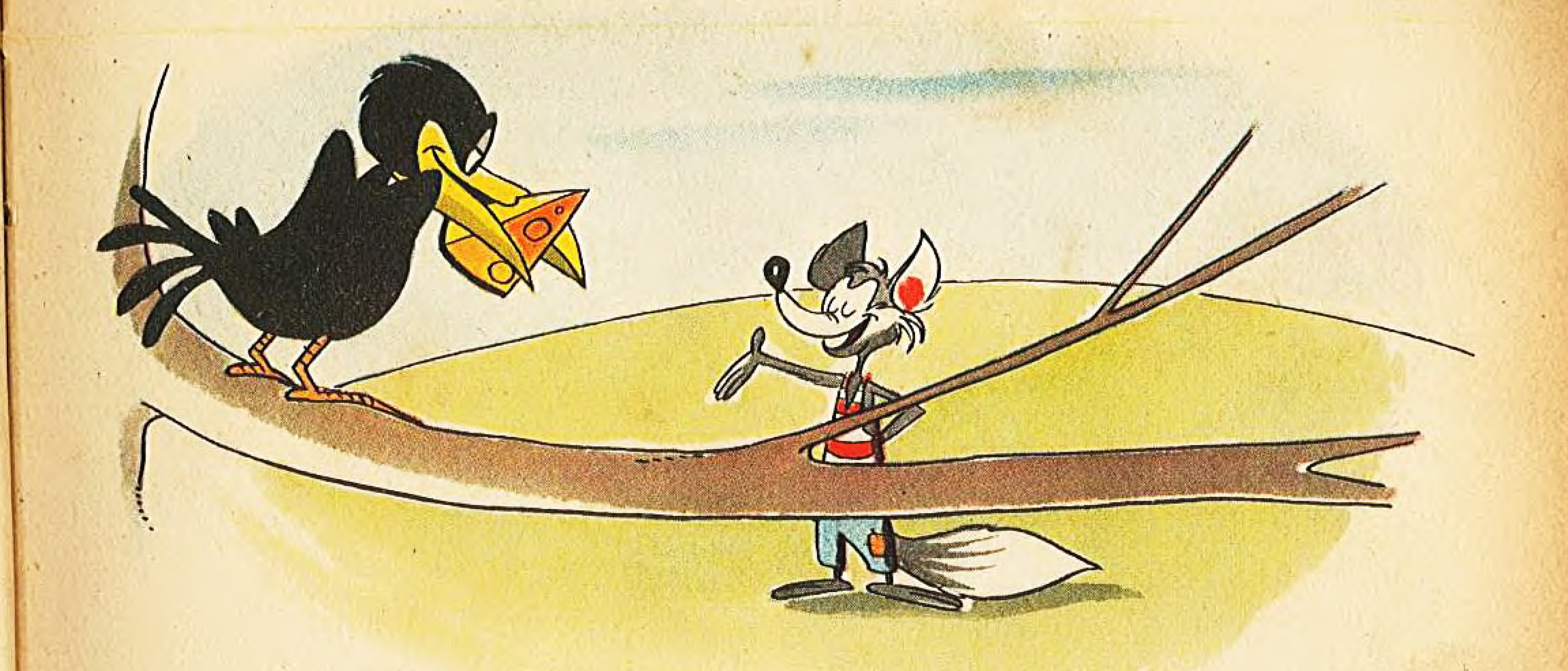
66ª.—La Lengua ... 74
67ª.—La Gallina y la Zorra ... 75
68ª.—El Lobo y el Perro ... 76
69ª.—El Enfermo y el Médico ... 77
70ª.—El Labrador y el Tesoro escondido ... 78

71ª.—La Rana y el Buey ... 79
72ª.—Los tres Amigos ... 80
73ª.—La Gata y los Ratones ... 81
74ª.—El Burro y los Libros ... 82
75ª.—El Loro y la Gata ... 83

76ª.—El Perro, el Gallo y la Zorra ... 84
77ª.—El Aguila y las Aves ... 85
78ª.—El León viejo y la Zorra ... 86
79ª.—Los dos Burros ... 87
80ª.—El Pastor mentiroso ... 88

81ª.—La Zorra y el Chivo ... 89
82ª.—El León pintado ... 90
83ª.—El Congreso de los Ratones ... 91
84ª.—El Labrador y el Aguila ... 92
85ª.—La Vieja y el Curandero ... 93

86ª.—El Ciervo y el Cazador ... 94
87ª.—Los deseos opuestos ... 95
78ª.—El León viejo y la Zorra ... 86
88ª.—La Rana y el Ratón ... 96
89ª.—El Hombre y la Culebra ... 97
90ª.—El Asno descontento ... 98



61ª.—El Zorro y el Cuervo

Cierto cuervo, de los feos el primero, había robado un queso y llevando su botín fue a saborearlo en la copa de un árbol. En estas circunstancias, lo vio un zorro muy astuto y, con la intención de quitárselo, comenzó a adularlo de esta manera:

—Ciertamente, hermosa ave, no existe entre todos los pájaros quien tenga la brillantez de tus plumas, ni tu gallardía y belleza. Si tu voz es tan hermosa como deslumbrante tu plumaje, creo, y con razón, que no habrá entre las aves quien te iguale en perfección.

Envanecido el cuervo, por este elogio, quiso demostrar al galante zorro la armonía de su voz y comenzó a graznar, dejando caer el queso de su negro pico.

El astuto zorro, que no deseaba otra cosa, cogió entre sus dientes la suculenta presa y, dejando burlado al cuervo, se puso a devorarla bajo la sombra de un árbol.

Quien a los aduladores oye
nada bueno espere de ellos.



62ª.—El Lobo y el Cordero

Un amor de corderito recién nacido bebía en la corriente de un límpido arroyuelo. Un lobo, que acertó a pasar por allí, le dijo lleno de rabia: —¿Quién te dio permiso para beber en mi arroyo?

Monseñor, repuso el inocente, que vuestra Majestad no se encolerice y que más bien considere que si bebo de esta corriente lo hago lejos de sus dominios.

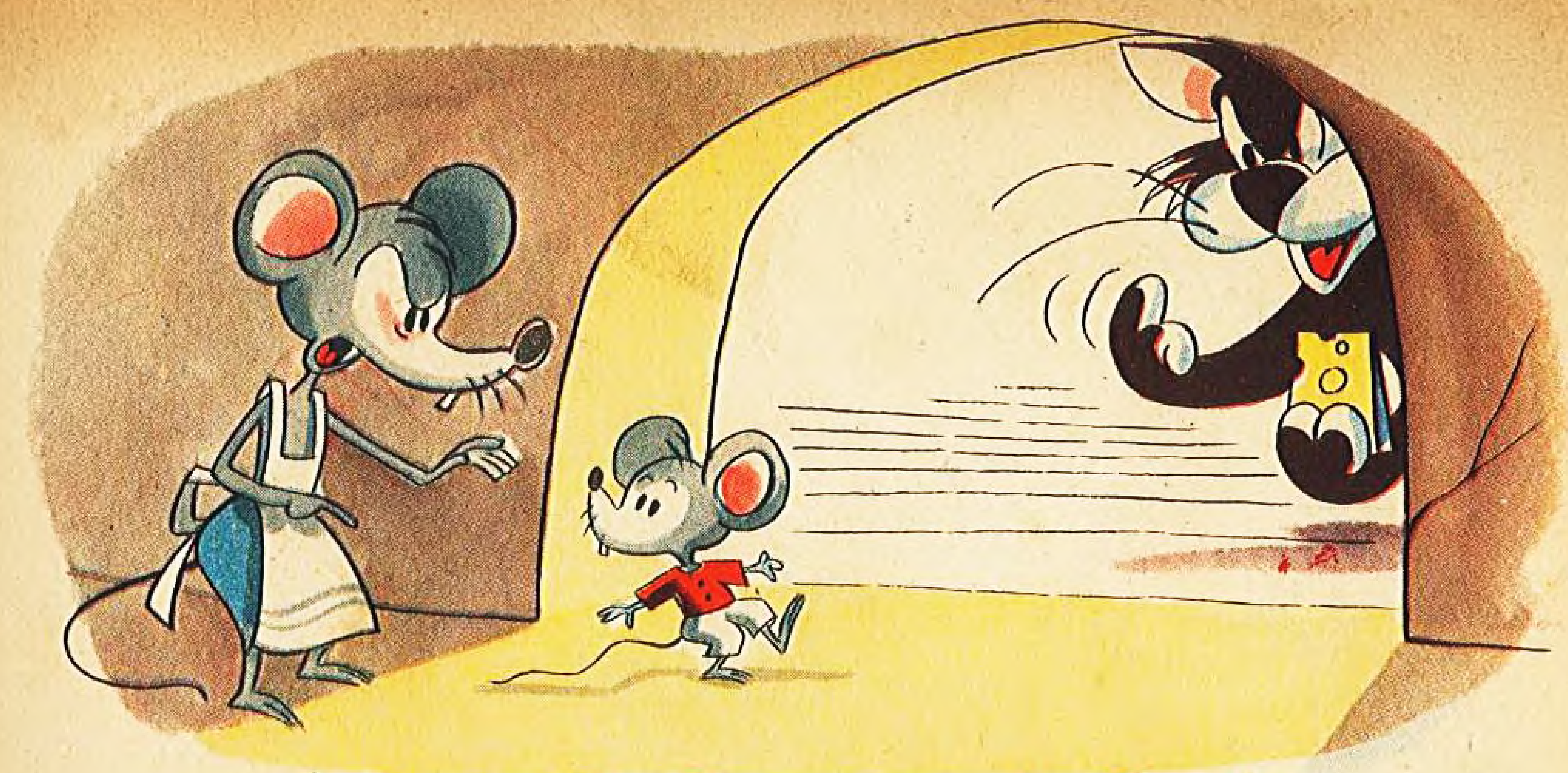
Viéndose el lobo chasqueado, insistió: —Por otra parte, tú hablaste mal de mí el año pasado.

¿Cómo habría procedido así, si aún no había nacido?, replicó el cordero.

Si no fuiste tú, santurrón desvergonzado, fue tu hermano o alguno de los tuyos. Además, aunque te defiendas no por eso dejaré de comerte.

Y dicho esto, arrojando espuma por las fauces, agregó: —Es preciso que me vengue de una vez por todas. Y, llevando al corderito al bosque, lo devoró.

La mejor defensa de nada vale
para el malvado decidido a practicar el mal.



63ª.—El Gato y el Ratón

—¡Oh!, qué lindo y apuesto eres: —dijo Michifuz, un gato muy gatuno, a un ratón. Ven conmigo, angelito, ven...

—No vayas, no, le aconsejó su madre; tú no sabes los ardides del tal bribón.

—Ven, mi pequeño, ven, insistió el gato. ¡Mira este queso y estas nueces!... ¡Todo será para tí!

—¿Voy mamá? —No vayas, hijito. Sé prudente y obediente.

—Te daré este bizcocho y muchas cosas más, continuó el intrigante.

—Déjame ir, mamá, suplicó el ratoncito.

—Te repito, tontuelo, que no vayas.

—Nada me hará, mamá. Quiero probar un pedacito...

Y, sin que su madre pudiera retenerlo, salió el ratoncito de su agujero. Después de un rato se oyeron unos gritos: —¡Socorro, mamá, Socorro! ¡Me estrangula el gato!

¡Ay, lectorcitos, fue demasiado tarde; la mamá nada pudo hacer para salvarlo. La desobediencia del ratoncito lo había perdido, esta vez, para siempre.

Obedece a tu padre y a tu madre
y vivirás muy feliz, hijo mío.



64ª.—El León y los cuatro Bueyes

Cuatro bueyes, que pacían juntos en los prados, se juraron eterna amistad y, cuando el león los embestía, se defendían tan bien que jamás pereció ninguno.

Viendo el león que esa unión lo privaba de sus deseos, discurrió sobre la manera de ponerlos a su disposición. Para ello, la inteligente bestia fraguó una rivalidad entre los amigos diciendo a uno por uno que los demás murmuraban y lo aborrecían.

De esta manera logró infundir sospechas entre los bueyes, de tal manera, que no tardaron en romper su alianza y separarse.

Conseguido su propósito, el león los fue matando uno a uno; pero antes de ser victimado, el último de los bueyes exclamó:

—Sólo nosotros tenemos la culpa de esta desgracia, porque, dando crédito a los malos consejos de nuestro enemigo, no permanecimos unidos y así le fue fácil al león matarnos.

La unión hace la fuerza
y la discordia debilita.



65ª.—Los dos amigos

Iban dos amigos por el mismo camino, cuando de pronto se les presentó un oso. Uno de ellos subió con rapidez a un árbol y se escondió entre el follaje; el otro, a punto de ser cogido, se tendió en el suelo simulando estar muerto.

El oso se acercó a olerlo por todos lados y en particular la boca y los oídos. Mas el hombre, reprimiendo la respiración, hizo consentir al oso que se trataba de un cadáver.

El animal, creyéndole sin vida, se alejó desapareciendo en el bosque. Bajó en ese momento el que estaba agazapado en las ramas y preguntó a su compañero qué le había hablado la fiera al oído.

—Me ha dado un buen consejo, contestó el amigo: Que no ande en lo sucesivo con personas que abandonan al amigo ante el menor peligro.

En la necesidad se conoce
al verdadero amigo.



66ª.—La Lengua

Don Matías, gastrónomo de profesión, dijo una vez a su cocinera: —Hoy me presentarás a la mesa lo mejor que puedas encontrar en el mercado.

Y la cocinera, para agradar a su amo, le preparó un apetitoso y suculento guiso de lengua. Otro día, insistiendo el patrón en sus refinamientos y excentricidades, dijo a su fiel servidora:

—Tráeme hoy el bocado más ordinario que halles en el mercado. Y la cocinera volvió a traerle lengua.

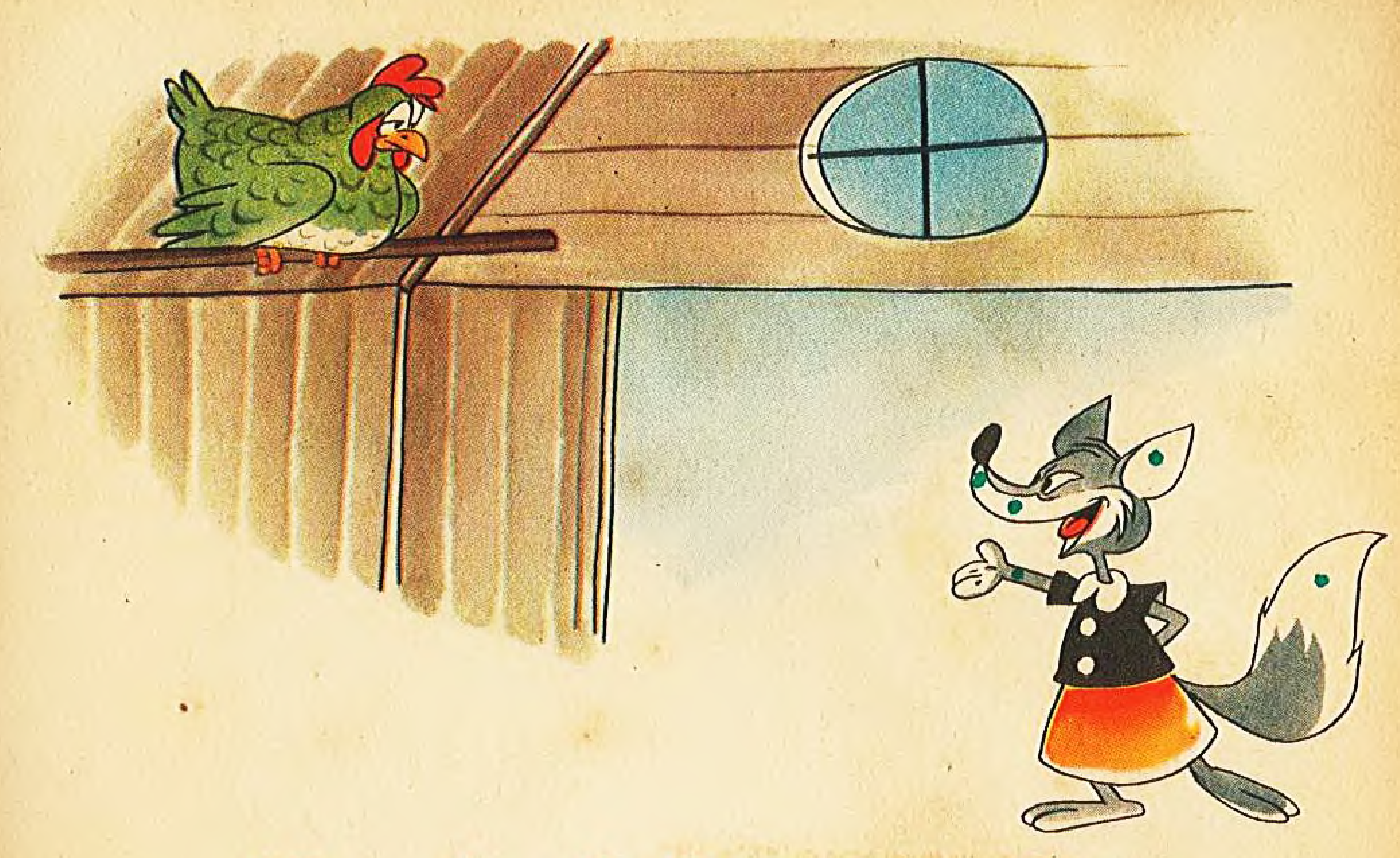
—¿Cómo se explica esto?, interrogó muy extrañado don Matías.

A esto arguyó la cocinera:

—La lengua, señor don Matías, es a la vez lo mejor y lo peor que hay en este mundo. Si es buena, no existe cosa mejor; y si por el contrario es mala, no hay cosa peor.

¡Niños!, cuidad de vuestra lengua. Cuando habléis emplead siempre palabras humildes y honestas.

Sea siempre tu lenguaje
decente y respetuoso.



67ª.—La Gallina y la Zorra

En cierta ocasión, una hambrienta zorra entró a un gallinero en busca de alguna presa para satisfacer su apetito voraz.

Mirando a su rededor, vió una hermosa gallina que descansaba en un palo; pero le fue imposible alcanzarla, después de varios saltos. Pensó entonces, poner en juego su astucia.

—Gallinita, le dijo, he sabido que estabas enferma y vengo a visitarte en señal de aprecio. Baja, te tomaré el pulso y así comprobaré si estás mejor.

—Amiga mía, respondió la gallina, es cierto que no me encuentro muy bien; pero, es más cierto aún que me enfermaría de muerte si me pusiese al alcance de tus dientes. Por lo tanto, déjame tranquila y sigue tu camino.

El que te adula y lisonjea
su bien y tu mal desea.



68ª.—El Lobo y el Perro

Un flaco y hambriento lobo encontró en el camino a cierto perro gordo y bien cuidado.

—Explícame, le dijo, ¿a qué se debe que siendo yo más fuerte que tú, no encuentre qué comer?

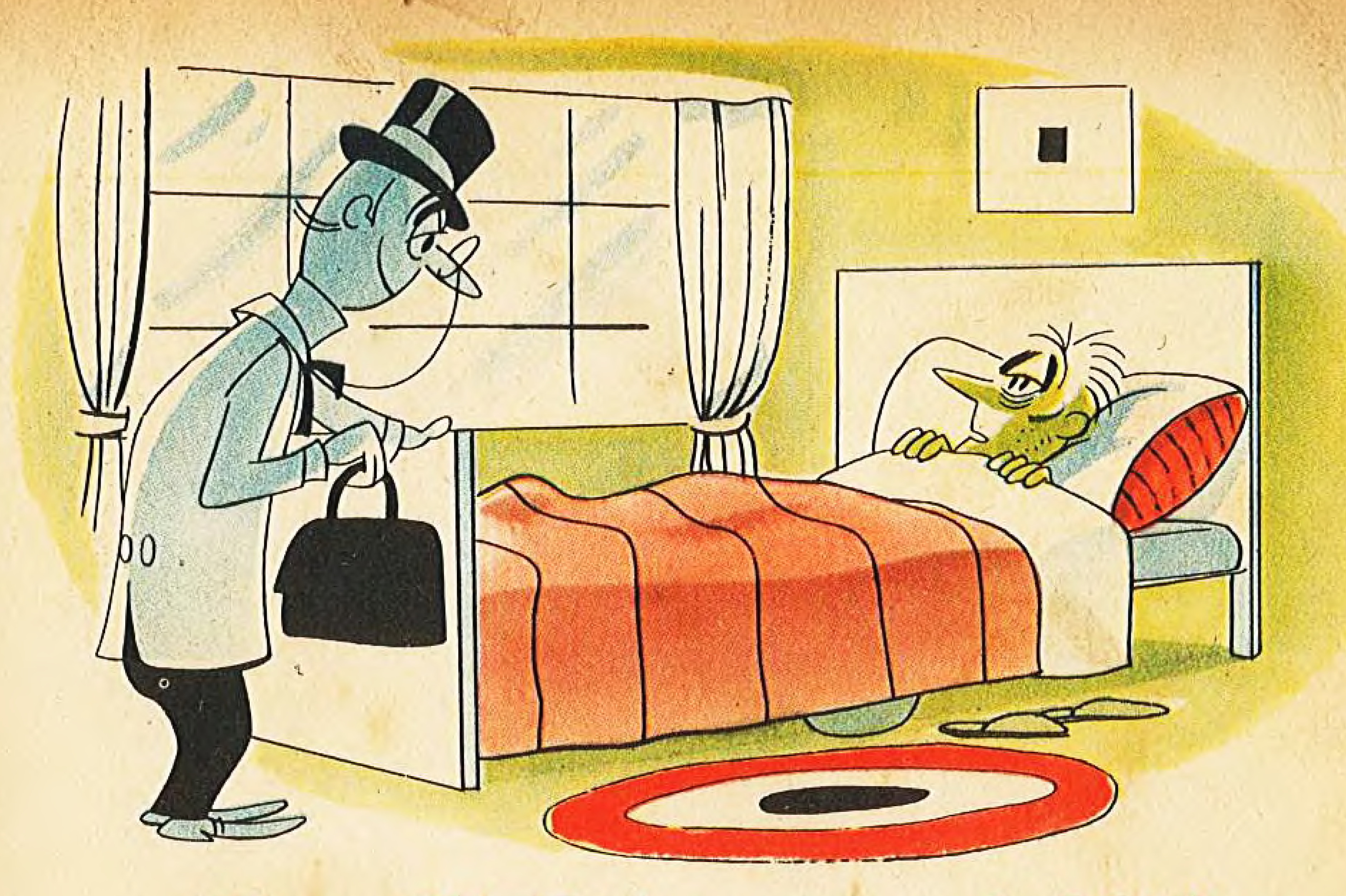
—Se debe, contestó el perro, a los cuidados de mi amo: me da pan y los huesos que le sobran; además, no tengo otra obligación sino vigilar la casa. Si gustas, puedes gozar de lo mío cumpliendo las mismas obligaciones.

—Convengo en ello, repuso el lobo. Más conviene vivir así que vagar por la selva en busca de sustento. Pero oye, añadió el lobo, ¿qué tienes en el cuello?

—Es el collar de la cadena con que me atan a la perrera durante el día. En cambio de noche, libre de atajos, corro por donde deseo.

Pues si no eres libre, replicó el lobo, goza de tus bienes que yo no los quiero, si para disfrutarlos tendría que sacrificar mi libertad.

Más vale la libertad
a la más regalada esclavitud.



69ª.—El Enfermo y el Médico

Habiéndole interrogado un médico a cierto enfermo cuál era el síntoma de su mal, respondió el paciente que había sudado más que otras veces.
--Eso está bien, contestó el galeno.

Al día siguiente, cuando el médico preguntó otra vez por su salud, el enfermo contestó: —Tiemblo y siento persistentes escalofríos.
—Eso está bien, dijo el médico.

Volvió a verle el médico por tercera vez, y le interrogó por su mal. El paciente esta vez respondió: —Ahora, buen doctor, diga Ud. lo que tengo, porque a decir verdad, me siento muy mal.
—Eso está bien, manifestó el doctor, con igual frescura que antes, y se marchó.

Vino un pariente a ver al enfermo y le preguntó sobre el estado de su salud.
—Me muero, repuso el enfermo, a fuerza de ir bien.

Nunca te fíes de las apariencias
pues ellas a menudo nos engañan.



70ª.—El Labrador y el Tesoro escondido

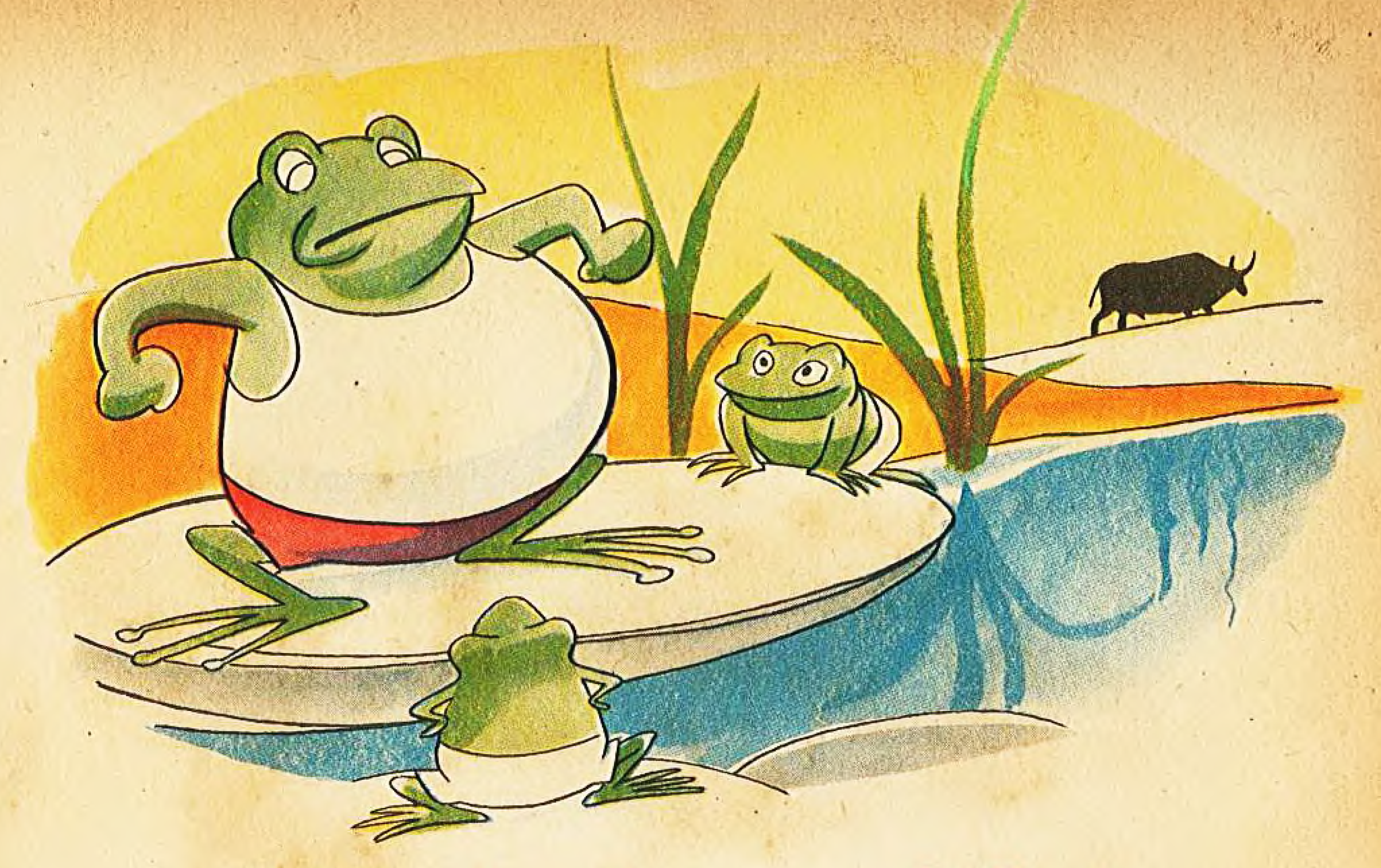
Un anciano labrador tenía dos hijos. Un día, sintiéndose gravemente enfermo y ya próximo a morir, los llamó a su cabecera y les habló así:

—Hijos míos, antes de morir, quiero dejaros mi granja por herencia, lo que os repartiréis por mitades. Deseo que la sigáis cultivando, pues en ella encontraréis un gran tesoro, a uno o dos pies de profundidad.

Creídos los hijos que se trataba de algún dinero enterrado por su previsor padre, se pusieron a cabar las tierras palmo a palmo.

Extenuados de fatiga no hallaron tesoro alguno; pero la tierra, perfectamente desterronada y removida, les dio abundantes cosechas: justa recompensa a su trabajo y esfuerzo.

El trabajo solícito y constante
es fuente de riqueza.



71ª.—La Rana y el Buey

Le pareció a una rana que lograría, gracias a su esfuerso, hacerse tan enorme como su vecino: un buey grande y robusto que pastaba a su lado.

Con este pensamiento se puso a hacer tantos esfuerzos para hinchar su delgado pellejo que, creyendo haber conseguido bastante volumen, preguntó a sus hijos si había aumentado lo suficiente.

Estos le contestaron negativamente, mas ella, con el deseo de alcanzar corpulencia colosal, continuó hinchándose más y más.

Hecho esto volvió a preguntar a su prole sobre el resultado de su esfuerzo.
—Inútilmente os esforzáis, madre, respondieron sus hijos, pues nunca alcanzaréis volumen igual.

Entonces, la orgullosa ranilla, hizo un nuevo y violento esfuerzo pero reventó.

No pretenda ser buey
quien nació rana.



72ª.—Los tres Amigos

Un hombre tenía tres amigos: su dinero, su mujer y sus buenas acciones. Estando a punto de morir los mandó llamar para despedirse de ellos.

Al dinero que primero se presentó, le dijo: —¡Adiós! Me muero.

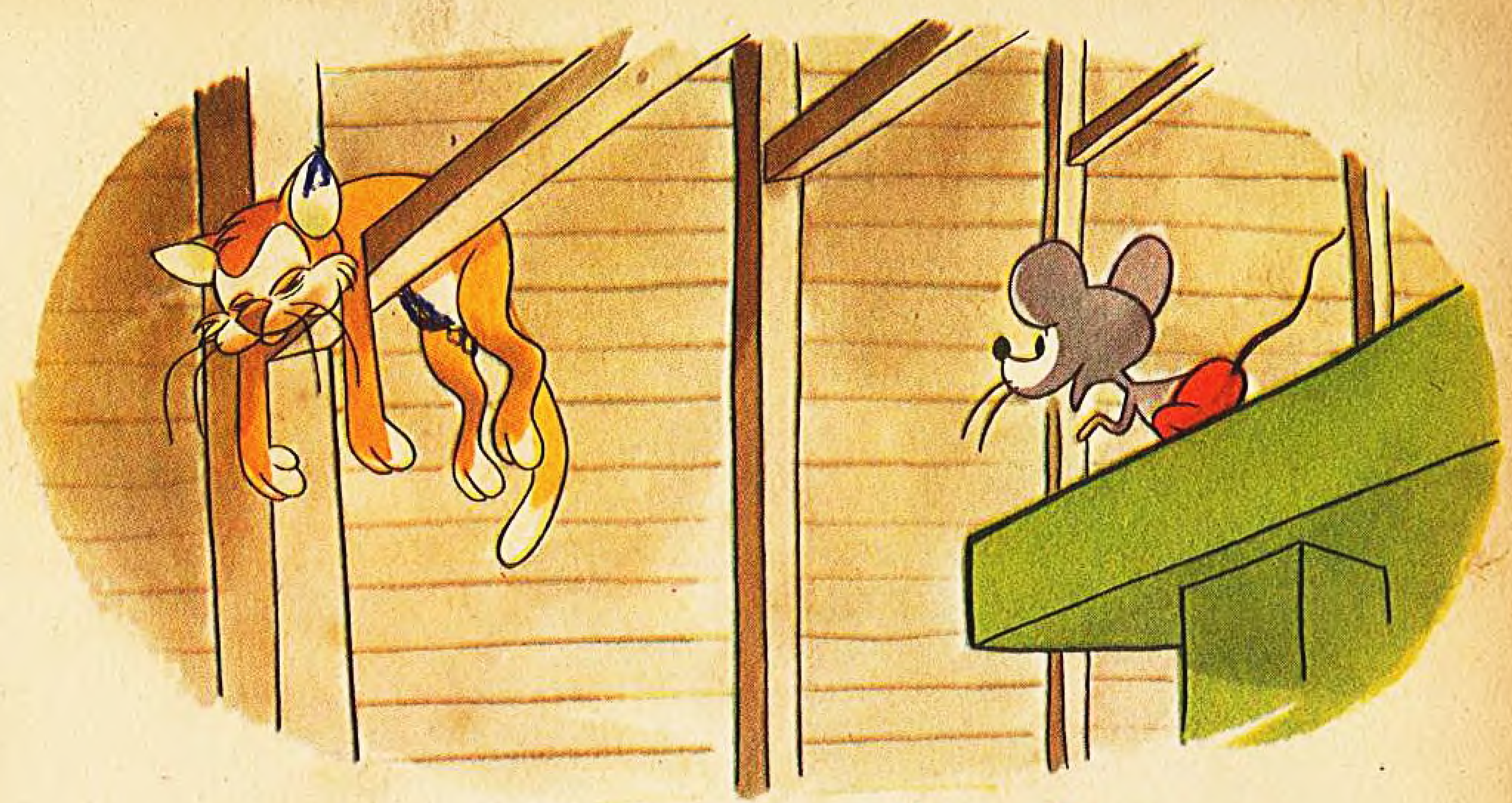
—¡Adiós!, le contestó el dinero, cuando hayas muerto haré que te alumbre un cirio por el descanso de tu alma.

Llegada su mujer, se despidió. Y, ella le prometió acompañarlo hasta la tumba.

Por último, aparecieron sus buenas acciones.
—¡Me muero!, les dijo el agonizante, ¡adiós!
—No digas adiós, le respondieron ellas. Nosotras no nos apartaremos de tu lado; si vives, viviremos; si mueres, te acompañaremos en la otra vida.

Muerto el hombre: su dinero le dio un cirio, su mujer lo siguió hasta la tumba, y sus buenas acciones lo acompañaron aún después de muerto.

El bien se siembra en el suelo
y se cosecha en el cielo.



73ª.—La Gata y los Ratones

En cierta casa abandonada se dio cita la colonia ratonil y, encontrándola cómoda, establecieron en ella una especie de cuartel.

Los visitantes, ebrios de felicidad y de comida, echaron de menos la presencia de Micifuz, una gata, como se dice, muy gata, que, al percatarse de sus nuevos huéspedes, los fue engullendo uno por uno.

Los pocos ratones que salvaron, observando a gata tan carnicera, se ocultaron en sus madrigueras, privando a su enemigo de caza tan deseada. Micifuz, sin darse por vencida, ideó, a su manera, la forma de atraparlos.

Subió a un madero elevado y, colgándose de él, se hizo la muerta; entonces uno de los ratones al verla en postura tan ridícula, le dijo:

—¡Oiga, amiga y señora nuestra, aunque fuese Ud., un saco no me acercaría.

Quien ha sufrido un revez
no lo sufra por seguda vez.



74ª.—El Burro y los Libros

Un burro que pastaba en el prado halló los libros del pequeño Jonás. El muchacho, descuidado por naturaleza, solía perder sus útiles siempre de igual manera.

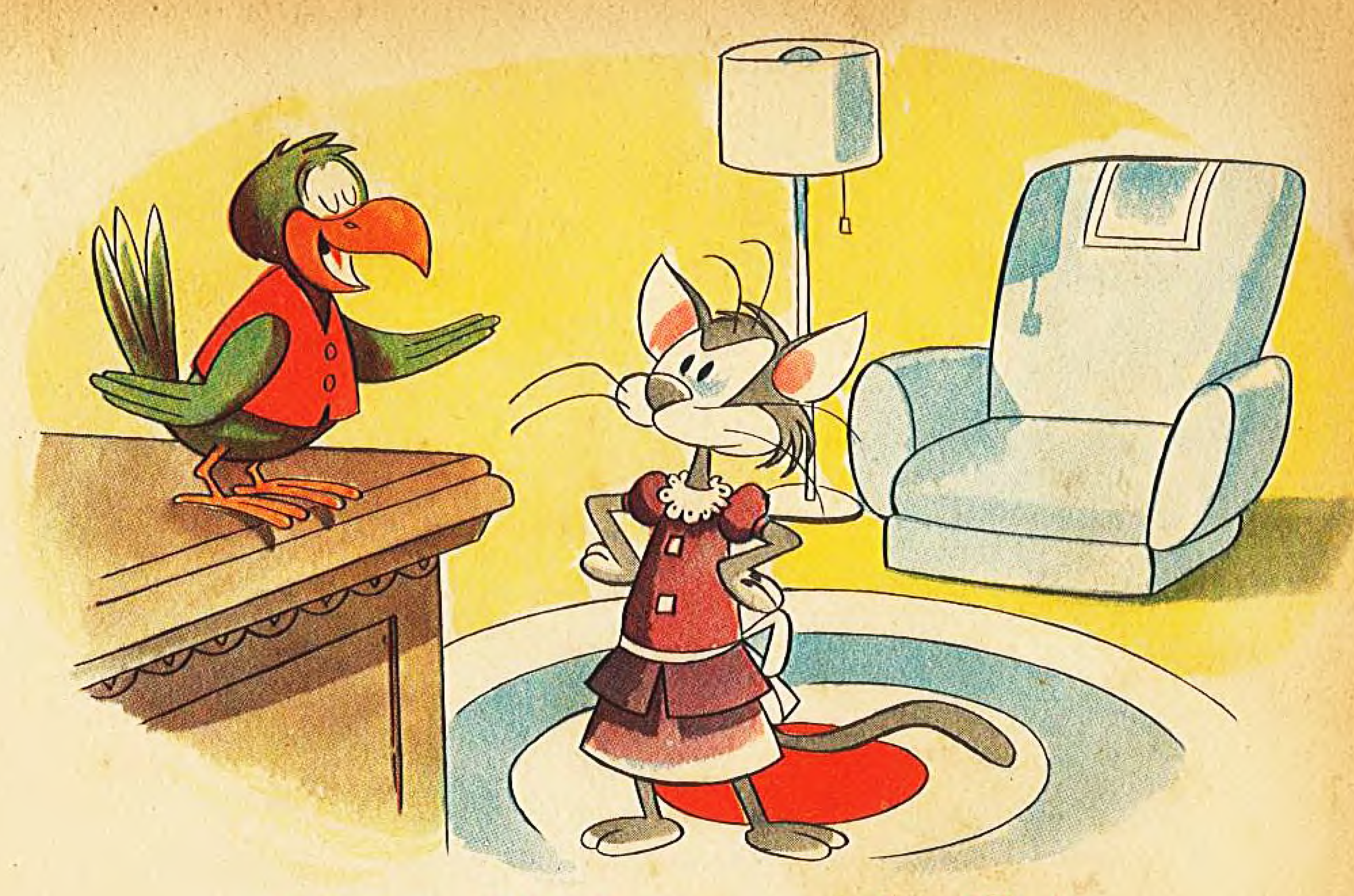
Si yo me comiera estos libros, dijo para sí el jumento, aprendería muchas cosas sin mayor trabajo y llegaría a ser un sabio de fama mundial.

Y dejando la hierba se puso a masticar alegremente los libros, hasta concluir con todos ellos. Desde aquel instante, el burro se sintió sabio en extremo y, orgulloso del saber que creía poseer, fue a ver a sus compañeros a quienes anunció que venía a darles sapientísimas lecciones.

Admirados los jumentos lo rodearon, esperando con atención las enseñanzas del orejudo. Pero éste, permaneciendo largo rato con la boca abierta, no sabía qué decir, hasta que por fin, lanzó un rebuzno feroz.

Los jumentos, al oírlo, rebuznaron a su vez en coro, burlándose del orgulloso borrico, al que echaron a coces de su compañía obligándolo a vivir en los campos desolados.

Lo que Natura no da
Salamanca no presta.



75ª.—El Loro y la Gata

Un hombre compró un loro en el mercado y lo dejó suelto en su casa. El loro, domesticado por su antiguo dueño, se encaramó tranquilamente en un mueble y, muy alegre, se puso a repetir y repetir todo cuanto había aprendido.

En esta circunstancia fue visto por la gata de la casa, la cual preguntó quién era y de dónde venía. A esto el loro respondió sencillamente:

—Acaba de comprarme tu amo.

—¿Y cómo te atreves, descarado animal, a lanzar semejantes gritos, siendo un recién llegado? A mí no me dan tanta libertad y mi desgracia es tal que ni siquiera puedo maullar a pesar de haber nacido en esta casa.

—Vete de paseo, preciosa, —contestó el loro— no hay punto de comparación entre los dos; mi voz alegra al amo y, en cambio, la tuya lo fastidia.

Lo que remedio no tiene
olvidarlo es mejor.



76ª.—El Perro, el Gallo y la Zorra

Haciendo sociedad un perro y un gallo fueron de paseo por los caminos del Señor.

Llegada la noche el gallo se encaramó en un árbol y el perro se agazapó al pie del tronco hueco.

Siguiendo su hábito, el gallo cantó al despuntar el alba. Al oírlo una zorra se dirigió al lugar donde aquel se hallaba y, parándose al pie del árbol, le solicitó bajara, para besarlo amorosamente por la voz tan melodiosa que poseía.

El gallo le pidió, que, siguiendo una norma de buena cortesía, despertara antes al portero, que dormía tranquilamente al pie del árbol.

Pero el perro, en el momento que la zorra trataba de conversarle saltó violentamente y la destrozó con sus agudos caninos.

Al hombre de talento
no se engaña fácilmente.



77ª.—El Aguila y las Aves

Cierto día el águila, reina de las aves, ofreció un banquete a todos los animales de pluma.

El halcón, que tenía el cargo de mayordomo, se presentó al águila y le preguntó, a cuál de los comensales preferiría sentar a su diestra.

El águila, después de reflexionar un instante, contestó a esta pregunta, respondiendo:
—¡A la paloma!

El papagayo y el pavo real, disgustados con tan inesperada respuesta, inquirieron:
—¿Por qué, señora, siendo nosotros tan hermosos hemos sido pospuestos a la paloma, un ave tan vulgar?

A esto el águila respondió:

—Porque yo amo más la modestia que la belleza. Vosotros sois verdaderamente bellos y apuestos, más cuán lejos estáis de ser modestos como la cándida paloma.

El que se humilla será ensalzado
y el que se ensalza será humillado.



78ª.—El León viejo y la Zorra

Un león, entrado en años e incapaz de obtener por sus propios medios el sustento necesario para vivir, pensó que era preciso conseguirlo por la astucia.

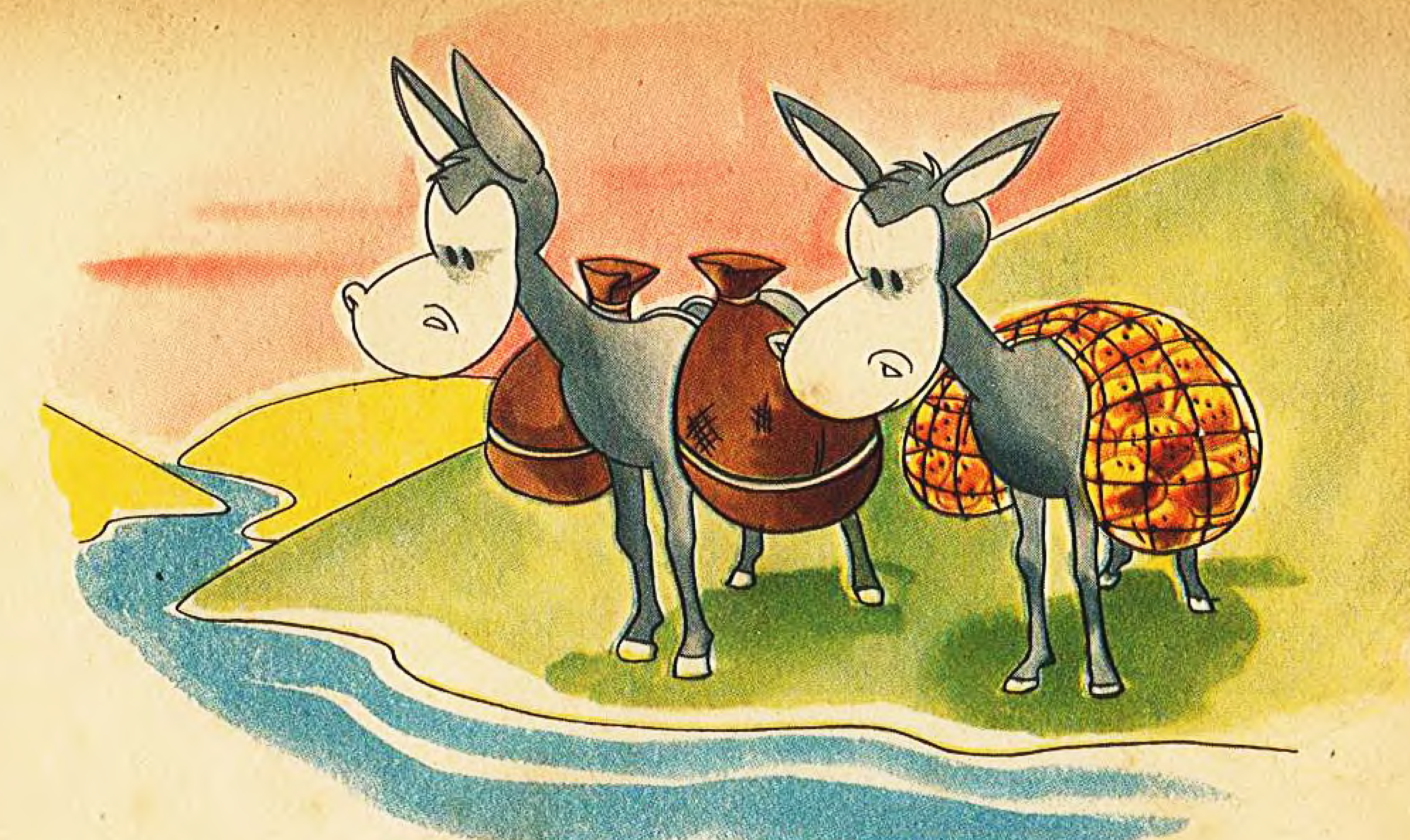
Para ello se dirigió a una caverna y, extendiéndose en el suelo, simuló hallarse enfermo, de suerte que, cuando otros animales iban a verlo, los atrapaba y devoraba a sus anchas.

De esta manera habían sucumbido muchísimos, cuando una zorra, entendiendo su hañagaza, apareció también y, deteniéndose a prudente distancia de la caverna, inquirió al león sobre su salud.

—Mal, respondió el león, mi querida comadre; pero, ¿por qué no pasa adelante para conversar?. . .

—Lo haría de buena gana, replicó la zorra si no conociera el triste fin de aquellos pobres animales que entraron y no volvieron a salir.

El prudente advierte el peligro
y lo elude con inteligencia.



79ª.—Los dos Burros

Iban dos burros cargados de sal y esponjas respectivamente, rumbo a su destino. Mientras así discurrían los senderos del camino, de improviso, un río cortóles el paso impidiéndoles proseguir su marcha.

Pensativos los jumentos se detuvieron para hacer planes sobre la forma de salvar la corriente. Al fin, el asno cargado de sal penetró resuelto; pero, tropezando en una piedra, fue a dar con su carga al agua.

Cuando logró incorporarse se dio cuenta, con gran satisfacción, que su carga había disminuído de peso y así pudo avanzar con rapidez hasta ganar la otra orilla.

Entretanto, el otro asno que contemplaba la escena y la buena suerte de su compañero, quiso imitarlo y también se lanzó al agua con su carga.

No bien entró al río sus esponjas llenas de agua aumentaron su peso y le füe imposible continuar el recorido. Desesperado, trató de avanzar; pero, vencido por el peso y el ímpetu de la corriente, se ahogó.

Le sirve a uno de provecho
lo que a otro deja maltrecho.



80ª.—El Pastor mentiroso

Queriendo divertirse a costa de los demás, un pastor se puso a gritar hasta desgañitarse:

—¡El lobo! ¡El lobo!

Los campesinos, al oírle, corrieron en su auxilio pero encontraron al pastor tranquilo y recostado a la sombra de un árbol.

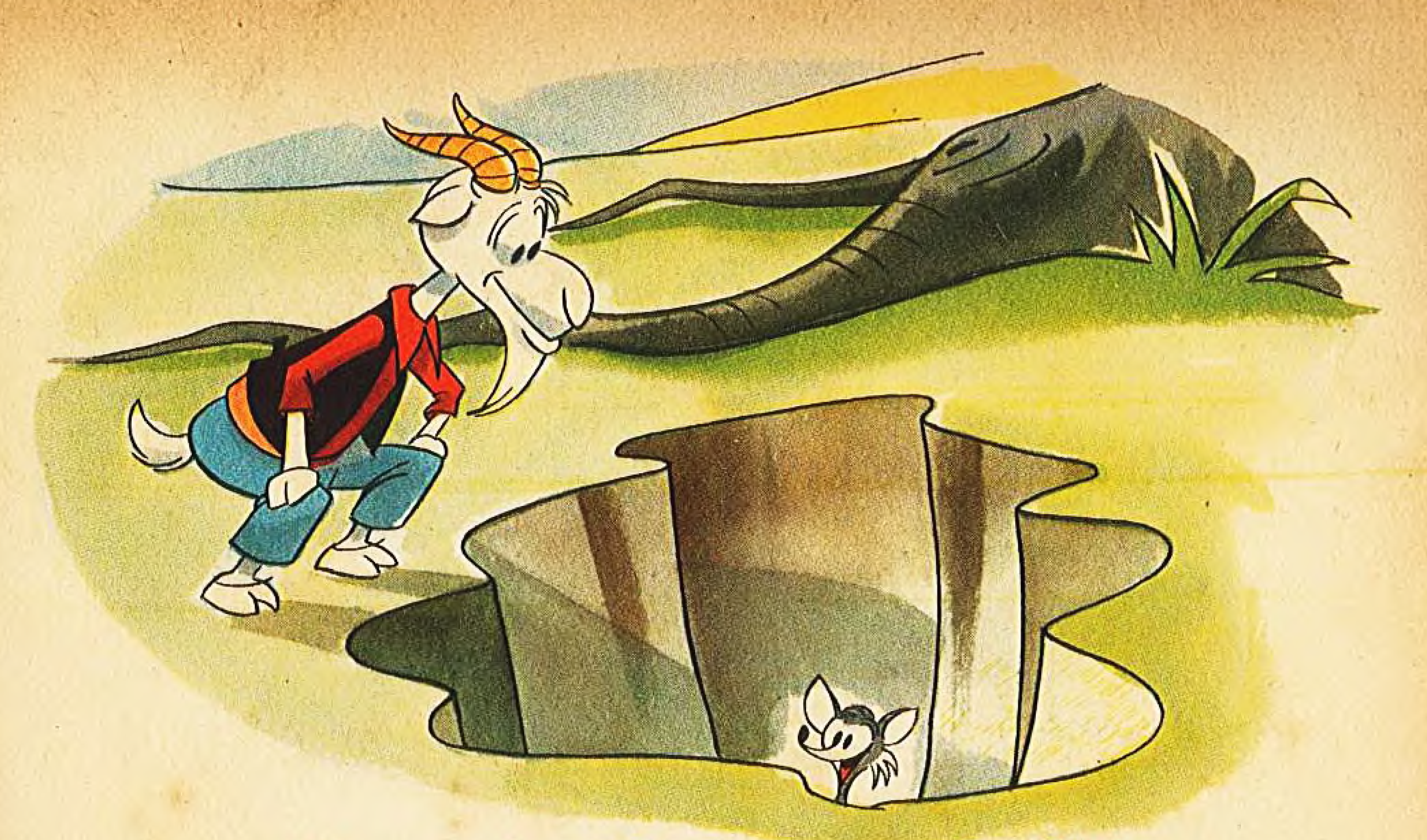
No contento con su primera mentira, al día siguiente volvió a llamar:

—¡Socorro! ¡Socorro, que viene el lobo!

Esta vez, armados de hachas y palos, los vecinos acudieron, mas, no hallando al lobo, regresaron disgustados a sus campos, mientras el pastorcillo satisfecho festejaba su mentira.

Poco después vino de verdad el lobo y, aunque el mentiroso gritaba con todas sus fuerzas, nadie acudió a salvarlo. Entonces, el lobo hizo presa del rebaño y terminó matando al mentiroso que en vano pedía auxilio.

En boca del mentiroso
lo cierto se hace dudoso.



81ª.—La Zorra y el Chivo

Una zorra cayó dentro de un pozo y, por más esfuerzos que hizo, no pudo salir de él. Entretanto, un chivo sediento, encontrando en él a su comadre, le preguntó sobre la bondad del agua.

La astuta zorra, amablemente, se deshizo en alabanzas e invitó al chivato a bajar.

El sediento chivo, muy galante, saltó al pozo y, después de saciar su sed, interrogó a la zorra sobre la manera de salir.

—Muy sencillo, respondió la farsante: Apoya las patas delanteras contra la pared y levanta los cuernos; yo ascenderé por ellos y luego te alzaré.

Así lo hizo el chivo y la zorra, subiendo con agilidad, salió airosa de su prisión. Antes de partir, volviéndose al nuevo cautivo le dijo:

—Gracias compadrito, si tuvieras tanto ingenio como pelos en la barba, no hubieras bajado sin antes reflexionar. ¡Feliz prisión, amigo, y buena suerte! Con permiso, caballero.

Quien te adula y lisonjea
su bien y tu mal desea.



82ª.—El León pintado

Un anciano vio en sueños perecer a su hijo en las garras de un león. Temeroso, hizo construir una habitación inexpugnable y allí lo recluyó.

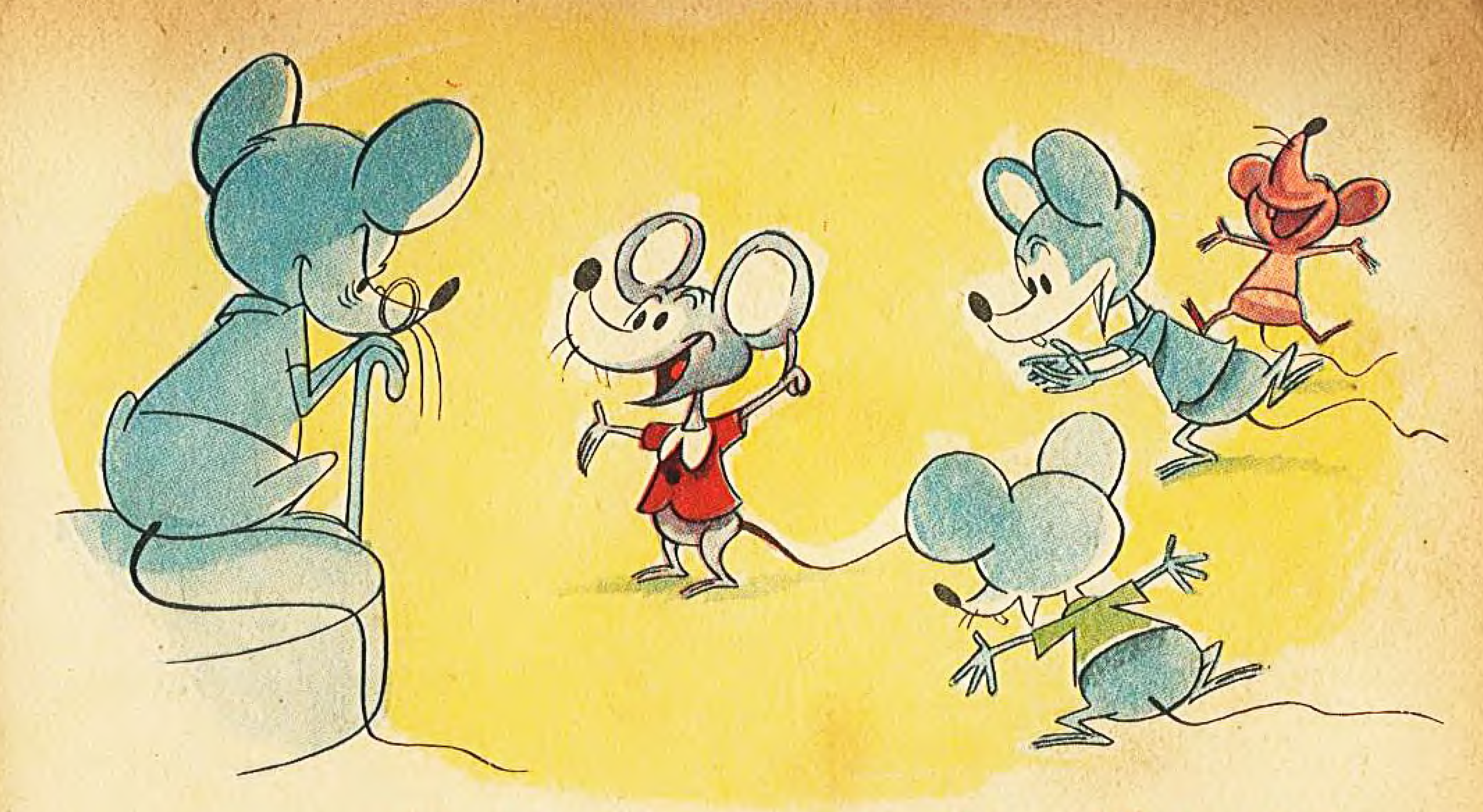
Para entretenerlo, el padre había mandado pintar en la pared animales de toda clase, entre los cuales se hallaba también un león. Mas la vista de todas esas figuras no hacían más que aumentar el enojo del joven.

Un día el muchacho se acercó al león simulado y lo apostrofó: —¡Endemoniado animal! Por tu culpa estoy recluído en esta cárcel. ¿Cómo podría castigarte?...

Y expresando esto, asestó un puñetazo a la pared para reventar un ojo a su enemigo. Pero una astilla, que se le introdujo bajo la uña, le produjo un gran dolor que ocasionándole una inflamación degeneró después en tumor. Luego vino la fiebre y el joven no tardó en morir.

El león pintado mató al muchacho y resultó inútil la exagerada prudencia del padre.

Debemos admitir con resignación
la suerte que nos aguarda.



83ª.—El Congreso de los Ratones

Habitaban unos ratoncitos en la despensa de una casa. En ella vivía un hermoso gato, buen cazador y siempre al acecho de huéspedes tan indeseables.

Temerosos los ratones no podían salir ni en el silencio, ni en la oscuridad de la noche, pues los zarpazos de su terrible enemigo los tenía sitiados.

No pudiendo vivir así, se reunieron un día para encontrar el medio de salir de tan espantosa situación.

—Pido la palabra, dijo entusiasmado un ratoncito. Atemos un cascabel al gato y, como al andar hará retañir su colgajo, sabremos si su odiada persona está aquí.

Tan ingeniosa proposición hizo revolcarse de gusto a los asambleístas, que riendo a carcajadas encontraron muy sesudo el consejo. Empero un viejo y bigotudo ratón, bastante marrullero, observó con malicia:

—Muy bien, pero, ¿quién le pone el cascabel al gato?
—Vaya un problema mayúsculo, esa es la dificultad...

De lo dicho a lo hecho
hay mucho trecho.



84ª.—El Labrador y el Aguila

Don Agustín un labrador de la comarca, encontró un águila apresada en una red, y tanto le impresionó la belleza del animal que, exponiéndose a muerte segura, cortó la red y libertó al cautivo.

El águila, reconocida por tan significativo favor, no se mostró ingrata con su bienhechor; antes bien, viéndolo sentado al pie de un muro que amenazaba desplomarse, voló hacia él y con sus garras le arrancó delicadamente un pañuelo que le ceñía la cabeza.

Se levantó el hombre para seguir al ave, y el águila dejó caer el pañuelo.

Don Agustín lo recogió y, al volver sobre sus pasos, halló los escombros del muro en el mismo lugar en que acababa de estar sentado.

Maravillado de haber sido correspondido en aquella forma, prometió en su corazón hacer el bien cada vez que se le presente la oportunidad.

La gratitud es la primera virtud del corazón.



85ª.—La Vieja y el Curandero

Una anciana avarienta y enferma de la vista llamó a un curandero ofreciéndole pagar escrupulosamente sus servicios.

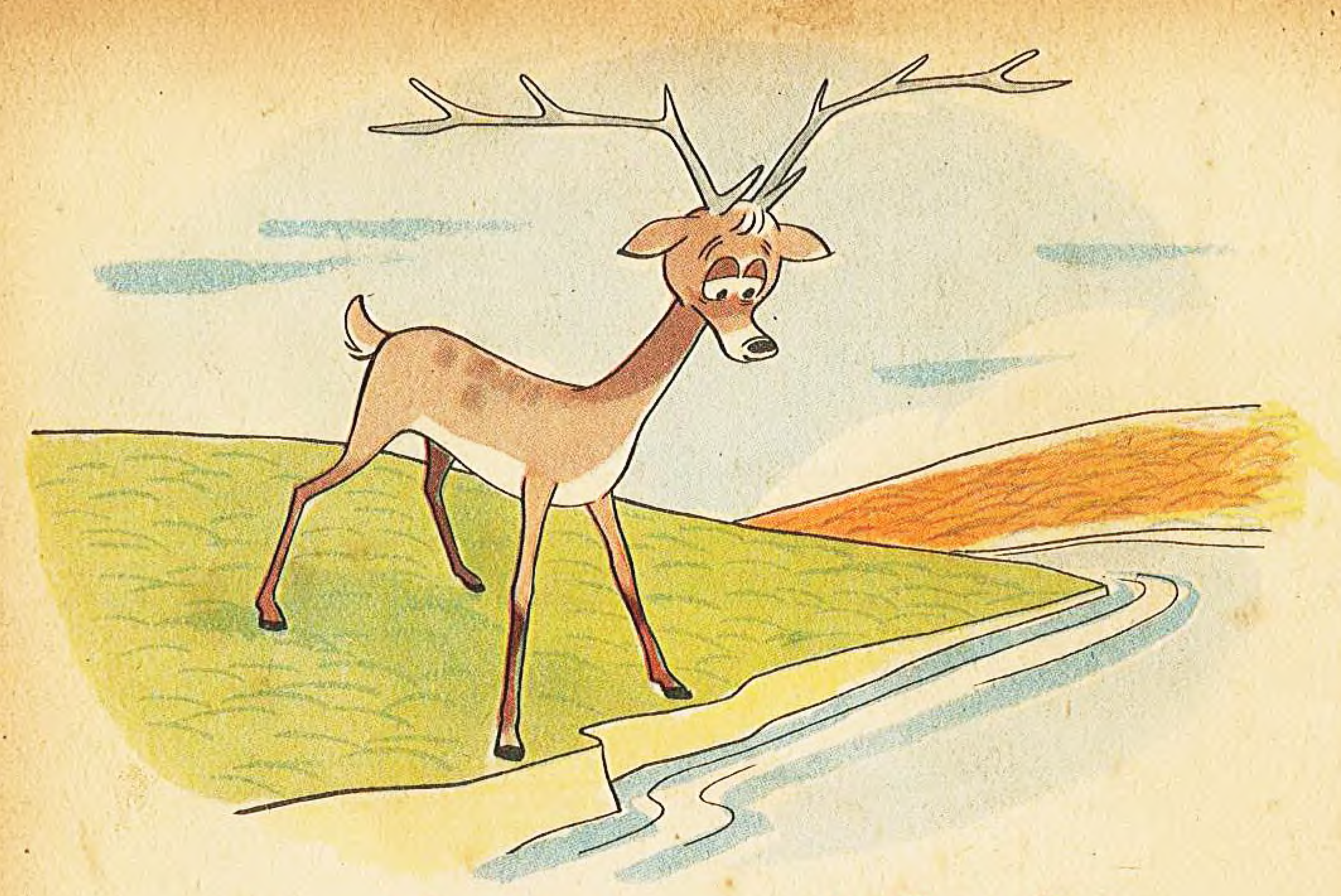
Vino el curandero a ver a la enferma y en cada curación, mientras la vieja tenía los ojos cerrados, el muy farzante le iba robando sus muebles uno por uno.

Cuando ya no tenía qué robar, declaró la curación terminada, reclamando la paga convenida.

Pero la vieja se negó a pagar; y el curandero, no satisfecho con la negativa, acudió a los tribunales. Entonces la anciana declaró que si bien era cierto que había prometido pagar el curandero si le sanaba la vista, también era cierto que su estado, después de la curación, se había agravado.

—Antes, manifestó, veía todos los muebles de mi casa, y ahora por más que me esfuerzo no alcanzo a ver ninguno.

El avariento por un centavo pierde todo.



86ª.—El Ciervo y el Cazador

Bebía un ciervo en una fuente y se deleitaba contemplando sus hermosos cuernos, grandes y largos como las ramas de un árbol. Pero quedó decepcionado, al comparar su graciosa cornamenta con la extremada delgadez de sus patas.

Así estaba entretenido cuando oyó los gritos de un cazador y los ladridos de los perros ya muy cercanos; pero, valiéndose de la ligereza de sus piernas, escapó de sus perseguidores.

Fatalmente, al penetrar a un bosque, sus cuernos se atracaron en la maleza y allí fue cogido por el cazador sin dificultad alguna.

Al verse prisionero y agonizante cambió de parecer: Alabó sus piernas flacas, que de seguro lo hubieran salvado, y menospreció sus cuernos, que siendo su orgullo lo habían perdido.

Así, como el ciervo de la fábula, hay muchos hombres que se avergüenzan de sus méritos y ostentan con orgullo sus defectos.

No te avergüence tu cuna,
porque es ciega la fortuna.



87ª.—Los deseos opuestos

Un hombre que tenía dos hijas, casó a una de ellas con un hortelano y a la otra con un alfarero.

Pasado algún tiempo fue a visitar a la esposa del hortelano y la interrogó sobre su salud, así como sobre el estado en que se encontraban sus negocios.

La hija contestó a su padre: —Todo va a maravilla; sin embargo, sólo anhelo del cielo una tempestad con lluvia copiosa para regar mis legumbres.

Luego, el padre se fue a visitar a la desposada con el alfarero y la interrogó, asimismo, sobre el estado de su salud y de sus trabajos.

La preguntada dijo que era feliz. Con todo, agregó, deseo que el tiempo continúe claro y que el sol, resplandeciente como hasta hoy, seque las vasijas de mi marido.

—Si solicitáis tiempo bueno y malo al mismo instante, respondió el padre, ¿cómo me las veré para implorar al cielo milagro tal?

Si emprendemos a la vez opuestos asuntos
es más seguro que no alcanzaremos ninguno.



88ª.—La Rana y el Ratón

Para su propia desgracia un ratoncito se hizo amigo de una rana. Esta, obedeciendo a sus malas intenciones, amarró una pata del ratón a la suya.

Anduvieron así los buenos amigos por la tierra en busca de alimentos, hasta que, siguiendo la rana su instinto, se acercó a un charco.

Dando un brinco arrastró consigo al pobre ratón hasta el fondo del charco. Ya en el agua la rana se puso a cantar muy feliz, mientras el desdichado ratoncito pataleaba para mantenerse a flote.

Pero, hinchado de agua, al poco rato sucumbió, quedando a flote y siempre amarrado a la pata de su falsa compañera.

Un gavilán que pasaba por allí se lanzó para atrapar al infeliz ratón, arrastrando asimismo a la cruel rana, que le sirvió también de comida.

Lo que se hace se paga.



89ª.—El Hombre y la Culebra

Un hombre, pasando por un monte, halló una culebra que ciertos pastores habían atado al tronco de un árbol; y, compadeciéndose de ella, la soltó y calentó.

Recobradas su fuerza y libertad, la culebra se volvió contra el hombre y se enroscó en su cuello.

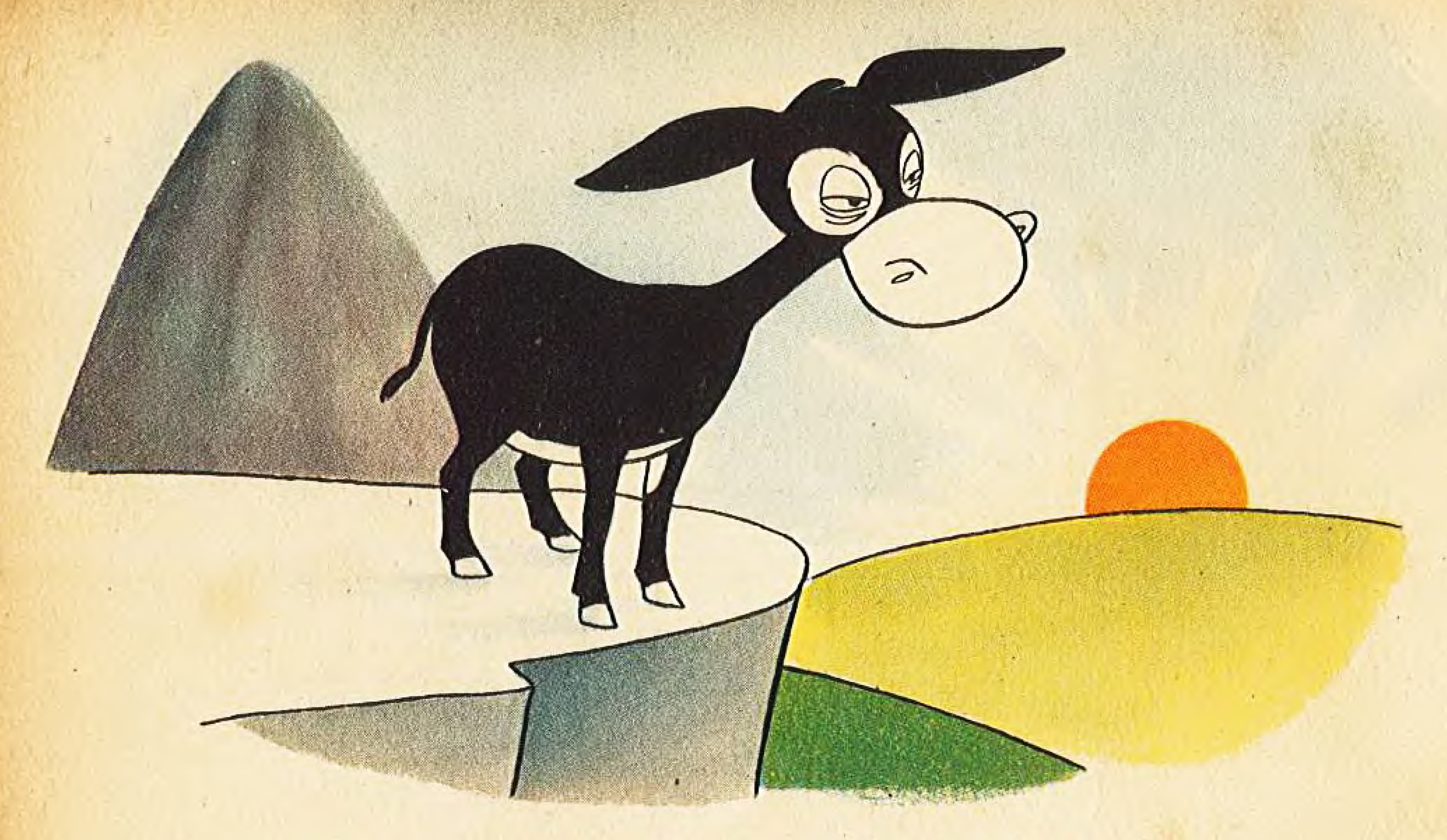
El hombre sorprendido, le dijo: —¿Qué haces? ¿Por qué me pagas tan mal? Y ella respondió: —No hago sino seguir las leyes de mi naturaleza.

Entretanto pasó una raposa a la que los litigantes eligieron por juez de la contienda. —Mal podría juzgar, exclamó la zorra, lo que mis ojos no vieron desde el comienzo. Es necesario la reconstrucción del caso.

Entonces el hombre ligó a la serpiente, como lo estaba antes de estos acontecimientos; y la zorra, después de comprobar la reconstrucción de los hechos, pronunció su fallo:

—Ahora tú, dirigiéndose al hombre, le dijo: No te dejes de corazonadas; y tú, añadió, dirigiéndose a la serpiente: si puedes escapar, vete.

Atajar al principio el mal procura;
si llega echar raíz, tarde se cura.



90ª.—El Asno descontento

En un crudo día de invierno, un asno ansiaba la vuelta de la primavera; porque en esa estación rumiaba fresca hierba, en vez de la seca paja que le daban.

Poco a poco llegó la ansiada estación y con ella la hierba verde en abundancia; pero el pobre jumento tuvo que trabajar el doble, y no tardó en aburrirse de la primavera y anheló la venida del verano.

Cuando se le cumplieron sus deseos con la venida del verano, su condición no había mejorado; pues, tenía que cargar heno y hortalizas todo el día, sufriendo los rigores del calor.

No le quedó más que una última esperanza: la llegada del otoño; pero en él fue tan duro el acarreo de sacos de trigo, cestos de manzanas, haces de leña y otras provisiones, que el descontentadizo animal se puso a suspirar por el invierno en el que, al menos, podía decansar, aunque su ración no era tan abundante.

Contentarse con su suerte
es el secreto de la felicidad.

CUARTA PARTE

CUARTA PARTE

91ª.—El Cojo y el Ciego 101
92ª.—El Labrador y sus hijos 102
93ª.—El Abogado y las Peras 103
94ª.—El Ratoncito vanidoso 104
95ª.—El Invierno y la Primavera 105

96ª.—El León, el Lobo y la Zorra 106
97ª.—El Niño ladrón y su Madre 107
98ª.—Las Ranas pidiendo rey 108
99ª.—El Asno y el Buey 109
100ª.—La Corneja y los Pájaros 110

101ª.—El Lobo y el Murciélago 111
102ª.—La Alondra y sus Hijos 112
103ª.—El Ratón de ciudad y el del campo 113
104ª.—El Aguila y la Zorra 114
105ª.—El Asno, el Gallo y el León 115

106ª.—La Zorra y el Leñador 116
107ª.—El Joven y el Ladrón 117
108ª.—El Cazador y la Perdiz 118
109ª.—El Buey, la Cigara y la Hormiga 119
110ª.—El Mono y el Delfín 120



91ª.—El Cojo y el Ciego

Un cojo y un ciego llegaron a la orilla de un río que forzosamente debían vadear; pues, careciendo de puente no les quedaba otro medio al cual recurrir. Ante esta dificultad inesperada, el cojo dijo a su compañero de infortunio:

—Aquí hay un vado bastante bueno al parecer, mas, a decir verdad, mi única pierna no me permite cruzarlo.

Entonces el ciego apuntó:

—Yo lo pasaría si pudiese ver; pero, como me falta la vista, mucho me temo resbalar y ahogarme en él. ¡Qué hacer, Dios mío, qué hacer!

Al momento el cojo reaccionando, agregó: —¡Magnífica idea la mía! Mira, tus piernas serán mi sostén y mi vista nuestra guía. Ayudándonos mutuamente pasaremos sin dificultad a la otra orilla.

En efecto, el cojo se acomodó lo mejor que pudo sobre los hombros del ciego y así ambos alcanzaron felices y seguros la otra ribera, llegando a la ciudad antes del tiempo calculado.

Ayúdame, que yo te ayudaré.



92ª.—El Labrador y sus hijos

Un anciano labrador, que tenía varios hijos enemistados, se valió del siguiente medio para darles una lección.

Los reunió a todos y mandó traer una porción de varas atándolas en una sola gavilla. Luego pidió a cada uno la rompiera, diciéndoles:

—Dejaré toda mi fortuna en herencia a aquel de vosotros que pueda romper esta gavilla.

En vano trataron uno tras otro de romper el mazo, procurando doblar el haz sobre sus rodillas. Luego el padre, sacando una por una las varas, las quebró fácilmente.

Observáronle sus hijos:
—Así también podríamos haberlo hecho nosotros, padre, respondieron los hijos.

Y el anciano, les replicó:

—Esta lección, hijos míos, es la mejor herencia que os dejo. Pensad en ella: "Vosotros sois como las varas. Si estáis unidos por el amor fraterno seréis fuertes e invencibles pero, si os separáis, cualquiera os vencerá.

La unión hace la fuerza.



93ª.—El Abogado y las Peras

Cierto abogado fue invitado a los festejos de una boda, que se celebraba en su pueblo natal, un tanto distante de la ciudad en que vivía.

Puesto en camino el abogado encontró, al borde de la carretera, una cestita llena de peras.

Como era de mañana le sobraba apetito para comer, pero lo cercano del banquete lo indujo a no abusar de su deseo y, así, dando un puntapié al cesto, lo arrojó al lodo.

Prosiguiendo la marcha, se encontró delante de un riachuelo que lo debía cruzar; pero tan crecido venía a causa de las lluvias, que la corriente se había llevado el puente. No habiendo por allí ninguna barca que le facilitara la travesía se volvió a casa por el mismo camino, sin recurrir al banquete.

En tales circunstancias el hambre le apuró y, a tal extremo, que, al pasar delante de las peras revueltas en el fango, no tuvo más que levantarlas y comerlas después de haberlas limpiado lo mejor que pudo.

Quien no desperdicia lo útil
jamás carece de lo necesario.



94ª.—El Ratoncito vanidoso

Había cierta vez un ratoncito que, por la vanidad de parecer guapo, se había dejado crecer el rabo más de lo necesario.

Sus congéneres, al admirar tan larga cola, le repetían a porfía: "Tenga cuidado su merced, que tarde o temprano vuestro descomunal rabi-longo os dará un disgusto colosal". Pero el aludido, no daba oído a la prédica de sus sesudos compañeros.

El ratoncito, satisfecho con su nada común rabilón, se paseaba durante el día fuera de su madriguera, y a cuanto mortal encontraba en el camino le endilgaba esta canción:

—Mire hermano, no tenga envidia de la cola que a mucha honra me acompaña; no os acerquéis a ella que es signo de grandeza.

Pero un día, mientras se paseaba cerca de su mansión, vino el gato y el vanidoso, viendo el peligro, se dio a la fuga y enfiló hacia una puerta entreabierta.

Desgraciadamente, el gato alcanzó aprisionar su cola y, sin mucho miramiento, lo comió de un solo bocado.

De esta suerte, el ratón de nuestra fábula, perdió la vida y su mismísima cola.

Dios al humilde levanta
y al orgulloso quebranta



95ª.—El Invierno y la Primavera

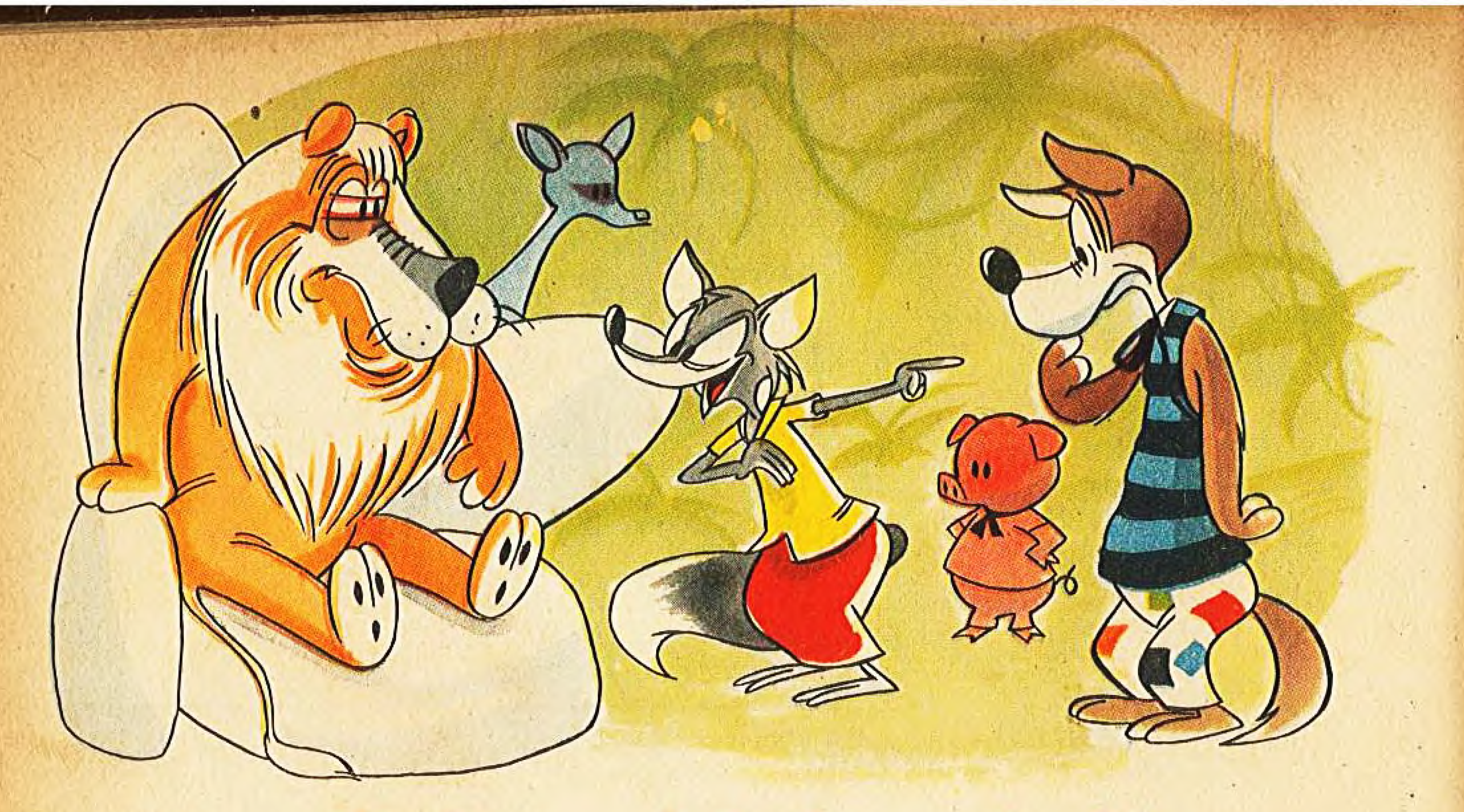
En cierta oportunidad se mofaba el Invierno de la Primavera haciéndole algunos reproches porque, tan pronto ella aparecía, nada quedaba tranquilo.

Unos marchaban a los prados o a los bosques, solazándose en cortar flores, otros viajaban y hasta surcaban los mares para visitar a los amigos; en fin, nadie se cuidaba de los vientos ni de las tempestades.

—Yo, dijo el Invierno, soy el Rey del mundo. Prohibo levantar ojos al cielo y ordeno dirigir la mirada a la tierra; hago temer a los hombres y les obligo, muchas veces, a quedarse en casa todo el día.

—Con razón, agregó la Primavera, los hombres se alegran cuando te vas. Por lo que a mí respecta, prosiguió la estación de las flores, hasta mi nombre les parece bello, el más hermoso de todos los nombres. Y cuando parto, guardan mi recuerdo, recibiéndome henchidos de alegría a mi retorno.

Alábate coles si no hay quien te alabe.



96ª.—El León, el Lobo y la Zorra

Achacoso ya un león cayó postrado en su cueva. Los animales, al conocer tan infausta noticia, fueron a inquirir por la salud de su soberano; empero, la zorra no se presentó.

El lobo, valiéndose de olvido tan sensurable, aprovechó la ocasión para vengarse de la zorra, y la acusó de falta de cortesía para con la autoridad.

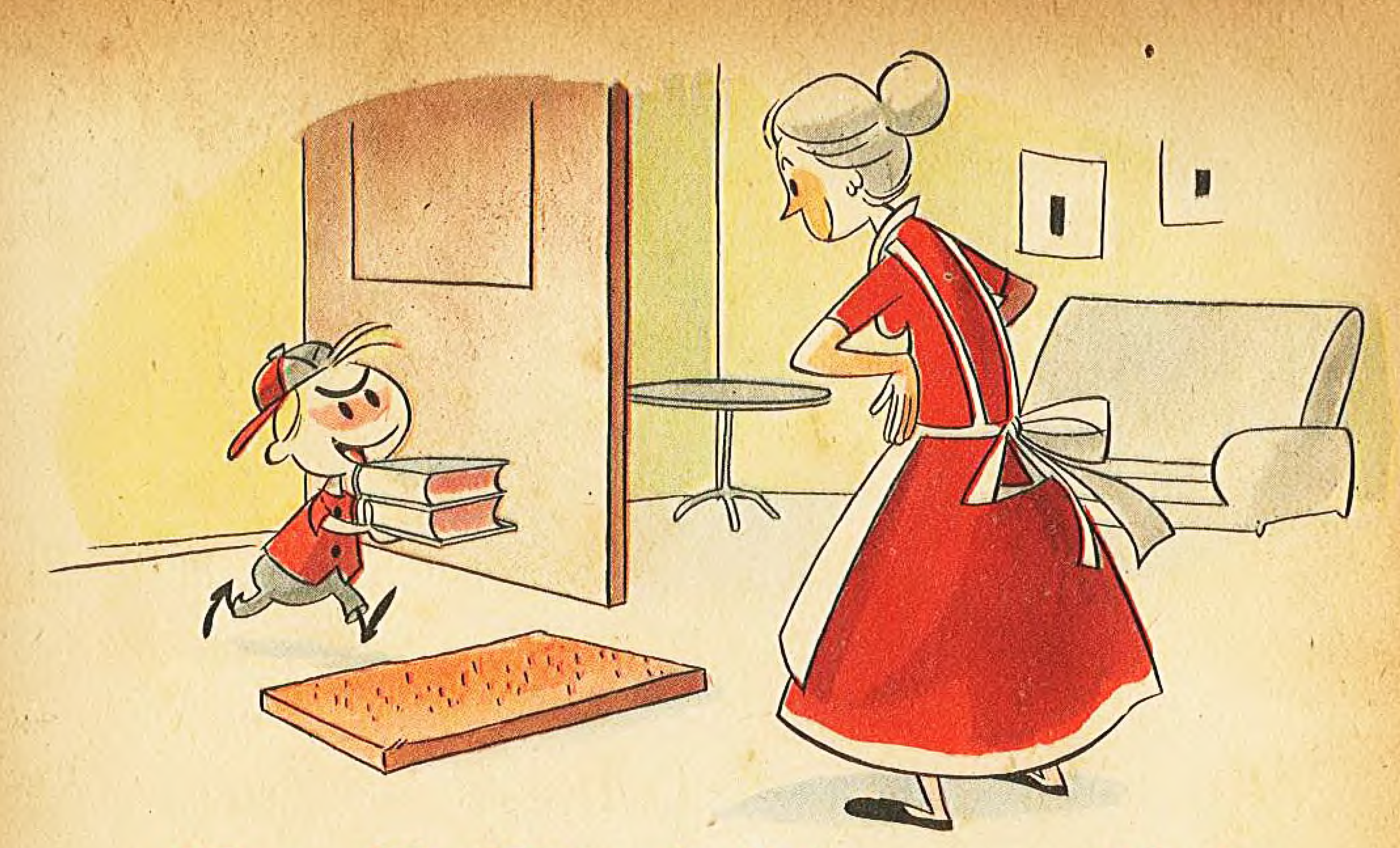
Cuando así discurrían, se presentó la zorra hablando de esta manera: —Majestad, ¿quién os ha prestado servicio mayor que el mío?... Anduve por todas partes solicitando a los médicos una receta para sanaros y, al fin, la encontré.

El león, al oírlo, mandó se le entregara el remedio en el acto, pues, a decir verdad, se sentía muy agobiado.

—El remedio, respondió la zorra, lo tenéis a la mano: degollad a este lobo y echaos encima su caliente piel.

En efecto, el lobo fue sentenciado a morir, y la zorra, satisfecha de su empresa, dijo: —No hay que incitar la cólera de nuestro Rey, antes bien, su bondad.

Nadie debe decir:
De esta agua no beberé.



97ª.—El Niño ladrón y su Madre

Un niño hurtaba en la escuela los libros de sus compañeros y, como si tal cosa fuese buena, los presentaba a su madre, quien, en vez de corregirlo, aprobaba su mala acción.

En otra ocasión robó un reloj que también entregó a su madre: ella, asimismo, aceptó el robo. Así pasaron los años y el joven se transformó en peligroso ladrón.

Mas un día, cogido en el momento de robar, le amarraron las manos a la espalda y lo condujeron a la cárcel, mientras su madre lo seguía, golpeándose el pecho.

El ladrón llamó a su mamá para decirle algo al oído, pero al acercarse ésta, el hijo, de un mordisco le arrancó el lóbulo de la oreja.

Recriminando la madre su acción, le dijo:
—No conforme con tus delitos, terminas por herir a tu propia madre! A lo cual el hijo contestó:

—Si la primera vez que te llevé los libros robados en la escuela me hubieras corregido, hoy no me encontraría en esta lomentable situación.

Lo que no se corrige en la niñez
crece y se agranda después.



98ª.—Las Ranas pidiendo rey

Nadie había sido tan feliz como las ranitas de Ranilandia: Vivían libres en sus lagunas azules cuando, en mala hora, se les antojó pedir a Júpiter les enviase un rey.

Sonrió con benevolencia el padre de los dioses al oír tal pretensión y les lanzó una viga, para satisfacer su petición.

Al oír las ranas el estruendo del madero, que cayó en las aguas, huyeron espantadas. Pero, una de ellas, curiosa por conocer al gran rey, sacó la cabeza poco a poco y al ver a la viga llamó a las demás, que se acercaron de inmediato.

Subieron todas al madero, lo ensuciaron y gritando a voz en cuello pidieron otro rey, porque aquél resultó inútil.

Júpiter escuchó sus protestas y les envió una cigüeña, la cual comenzó a comérselas una tras otra.

Quejáronse amargamente a Júpiter las angustiadas ranas restantes, suplicándole las librase de aquel tirano.

—Sufrid las consecuencias de vuestra inoportuna súplica, les contestó Júpiter; y, ya que con tanto afán pedisteis rey, el recién enviado reinará siempre sobre vosotras.

Dios a cada pueblo ofrece
el gobierno que merece.



99ª.—El Asno y el Buey

Conversando en un pesebre el asno le decía al buey:
—¿Tú no te cansas de arar todos los días?
—No, respondió el buey, por que es mi trabajo y aunque quisiera evadirme de él, no lo podría.

—No seas tonto, respondió el borrico. Cuando yo quiero flojear, engaño muy bien a mi amo. Así, al ir al pueblo con la carga, me echo al suelo y no me paro hasta que el amo busca mi reemplazo. Voy a darte un consejo, añadió el burro: Mañana, fíngete enfermo y verás que no te llevarán a trabajar.

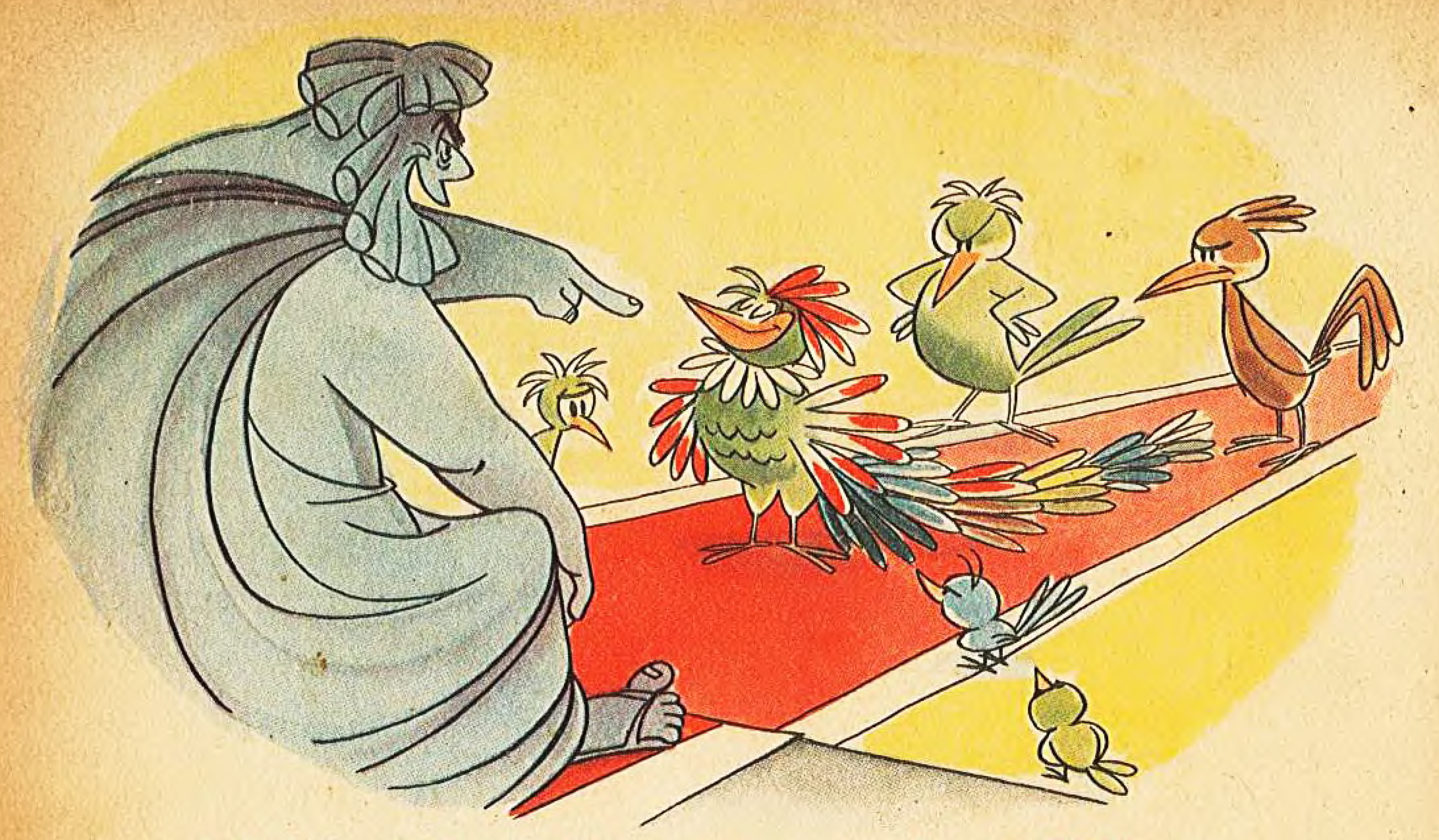
Al siguiente día vino el amo y encontró al buey tirado en el suelo, triste y sin ánimo. Entonces dijo: —Este pobre animal está enfermo, tomaré al burro en su lugar.

En efecto llevó al asno, y lo tuvo todo el día halando el pesado arado. Por la tarde, cuando regresó el borrico al pesebre, apenas podía pararse.

—¿Qué tal te fue?, le dijo el buey.
—Muy mal, amigo, muy mal: me pesa haberte aconsejado que no trabajaras, pues ha sido para mi mal.

Desde aquel día el asno jamás evadió el trabajo ni menos impartió malos consejos.

Cuántas veces resulta de un engaño
contra el engañador el mayor daño!



100ª.—La Corneja y los Pájaros

Debiendo Júpiter, el padre de los dioses, nombrar al rey de los pájaros, les indicó la fecha en que debían comparecer ante él, pues pensaba elegir al más hermoso de ellos.

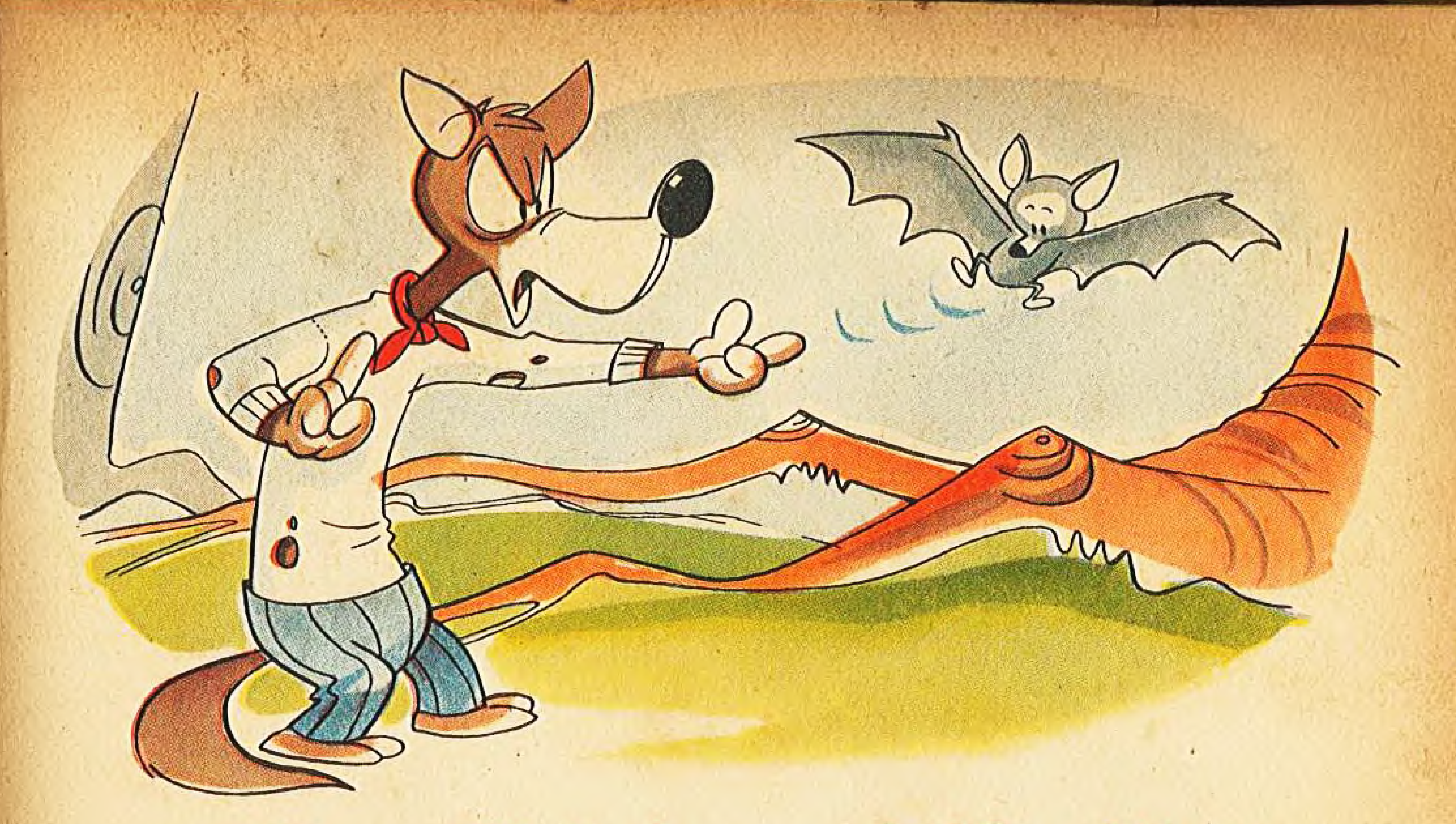
Entonces los pájaros, con el ánimo de lavarse y estar mejor presentables, se dirigieron a las orillas de un río.

Pero la corneja, dándose perfecta cuenta de su fealdad, se dedicó a recoger las plumas que los pájaros dejaban caer al arreglarse y se las prendió graciosamente en su cuerpo. Así resultó aparentemente ser el más bello de los concursantes.

El día fijado por Júpiter, los pájaros acudieron puntuales a la cita y, entre ellos, también estuvo la corneja con su atavío multicolor.

Ya iba Júpiter a conceder a esa ave la realeza en premio a su belleza, cuando los pájaros, indignados por la farsa, se le echaron encima y cada cual le arrancó las plumas que le pertenecía. Desplumada la corneja, no pasó de ser corneja.

Aunque la mona se vista de seda mona se queda.



101ª.—El Lobo y el Murciélago

Volando de una rama a otra un murciélago adormitado fué a caer sobre un lobo dormido. Este despertando al instante, se opoderó de él y al punto quiso devorarlo.

El pobre murciélago, al verse perdido, clamó por su libertad.

—Bueno, dijo el lobo, te dejaré libre; pero con la condición de que me digas, por qué vosotros, los murciélagos, sois tan alegres y retozones. En cambio yo siempre me fastidio mientras vosotros jugáis y voláis sin cesar.

El murciélago repondió:
—Me asustas, no me atrevo a responderte. Déjame volar a mi nido y te lo explicaré con mucho gusto.

Así lo hizo. Pero cuando el murciélago se vio libre le increpó su conducta, diciendo:
—Te fastidias, compadre, porque eres malo y tu crueldad seca tu corazón. A nosotros nos ves alegres porque somos buenos y nunca hacemos daño al prójimo.

Siempre que puedas haz bien
y nunca mires a quien.



102ª.—La Alondra y sus Hijos

Doña Alondra tenía su nido en un trigal. Una mañana, antes de procurarse la comida para sus hijuelos, les recomendó que estuviesen atentos a cuanto dijese el labrador y que, a su regreso, le refiriesen lo acontecido.

Cuando la madre volvió le contaron que el labrador y su hijo habían resuelto pedir ayuda a sus vecinos, para las tareas de la siega.

La alondra madre se dijo: por lo visto no hay peligro y podemos continuar aquí sin temor alguno.

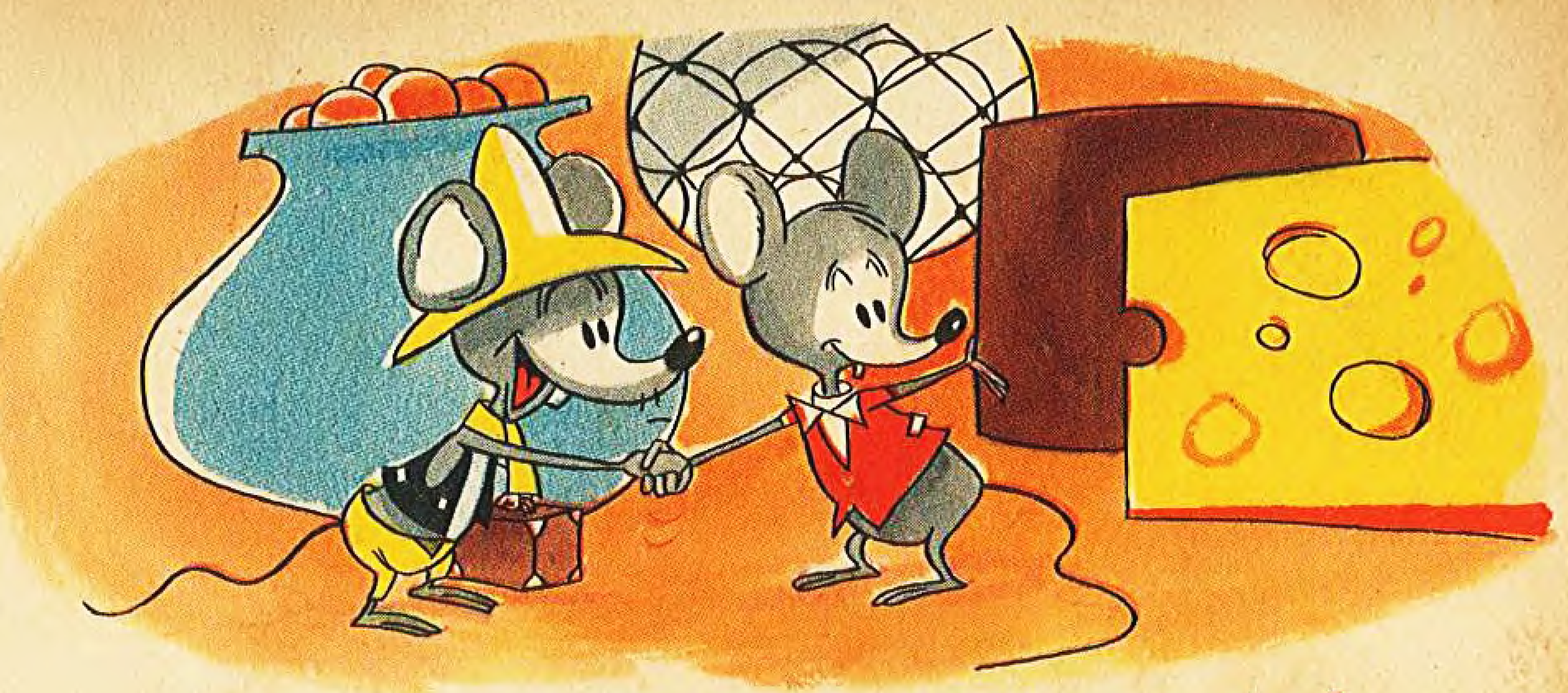
Al día siguiente, las alondricas oyeron que el labrador había dicho a su hijo pidiese ayuda a sus parientes para cortar las mieses.

Ante esta nueva noticia, doña Alondra también pensó que el peligro estaba lejos y se quedó en el nido.

Al tercer día, las alondras dijeron a su madre, haber oído al labrador, que él mismo iba a segar el campo.

—Ha llegado la hora de irnos de aquí, ordenó la prudente madre; ya sabía que ni los vecinos, ni los parientes del labrador le ayudarían; pero si él viene a segar el trigo, no nos queda otro remedio que mudarnos a otro campo.

Si necesitamos hacer algo
hagámoslo nosotros mismos.



103ª.—El Ratón de la ciudad y el del campo

Un ratón de la ciudad convidó a merendar a otro compañero que habitaba en el campo; y, hallándose juntos en la bien provista despensa de un palacio, dijo el ratón de casa al campesino.

—Amigo mío, come lo que gustes y sin cuidado, que las provisiones son variadas y abundantes.

Comenzaron a saborear las mejores viandas, cuando de repente y con gran estrépito, el cocinero abrió la despensa. Los ratones, asustados, escaparon cada uno por su lado; y como el de casa conocía todos los rincones se puso en seguida a salvo, mientras el forastero no acertó a encontrar escondrijo alguno.

Al marcharse el cocinero, salieron de nuevo los comensales y el campesino, tomando la palabra, preguntó al ciudadano: —¿Es aquí frecuente el peligro?..

—Sí, contestó el otro; esto sucede muy a menudo, y por lo mismo no debes tener cuidado.

—¡Hola!, repuso el campesino. ¡Con que esto acontece todos los días! Me doy cuenta que vives en la opulencia; con todo, prefiero mi pobreza del campo a la zozobra en que vives.

Bien está Pedro en Roma
aunque no coma.



104ª.—El Aguila y la Zorra

Sucedió que un día, mientras la zorra andaba de caza, el águila hambrienta se precipitó sobre los zorruelos y se llevó al mayor de ellos.

Hizo, pues, el águila su nido en una elevada montaña, y al pie de ella la zorra dispuso su madriguera entre unas zarzas.

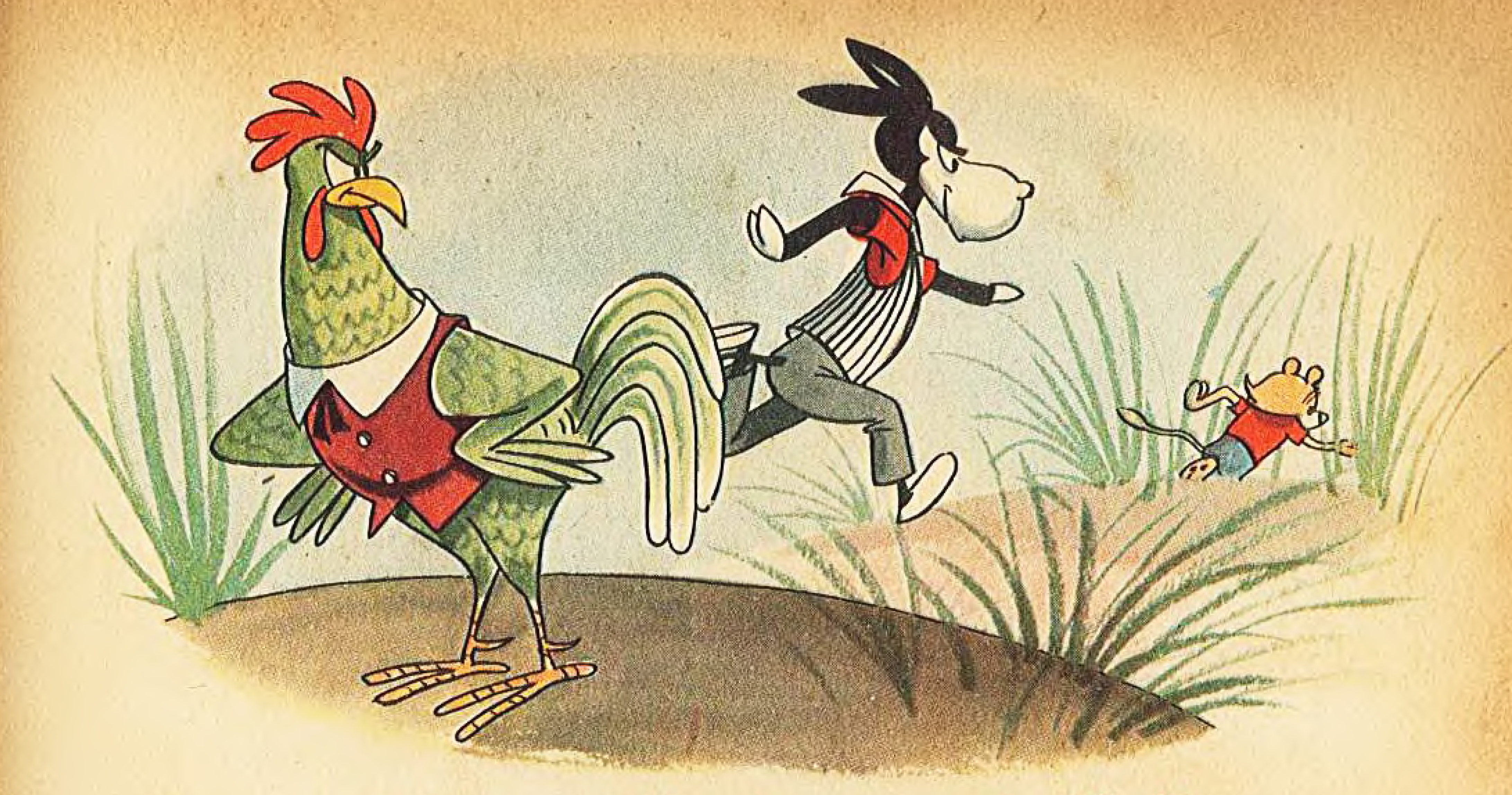
Cuando la zorra supo hecho tan reprochable se indignó sobremanera y maldijo a su infiel amiga.

El águila y la zorra, con el afán de trabar amistad y disfrutar de ella, decidieron vivir en lugares vecinos.

Mas el águila no quedó impune. Hallándose algunas personas en el campo sacrificando a una cabra, se arrojó el águila sobre ella y arrebatando las vísceras encendidas, se las llevó a su nido.

Pero una ráfaga de viento comunicó el fuego a las secas pajas de su albergue, quemando también a los aguiluchos que, rodando por los riscos, sirvieron a la zorra de exquisita merienda, ante la vista del águila que nada pudo hacer por rescatar a sus hijuelos.

De ningún modo escapan al castigo del cielo
los que traicionan las leyes de la amistad.



105ª.—El Asno, el Gallo y el León

En cierta ocasión, el asno y el gallo se encontraban juntos en unos pastales; ambos animales se procuraban tranquilamente su alimento.

En esta circunstancia y cuando menos se lo esperaba, el gallo advirtió la presencia de un león hambriento que, viendo al despreocupado jumento, se alistaba a devorarlo.

Entretanto el gallo, al observar el peligro de su compañero, se puso a cacarear y el león, al oír tan sigular trompeteo, espantado tomó las de villadiego.

El asno, muy tonto, creyó que el león corría por haberlo visto y no titubeó en ir en su persecución. Mas cuando llegó a cierta distancia, en que ya no se escuchaba el canto del gallo, el león retrocedió y lo devoró sin mayores miramientos.

Antes de morir, el asno exclamó:

—¡Qué torpe fuí! Si no tenía el temple del guerrero, ¿por qué me lancé a la contienda?

Quien busca el peligro, en él perecerá.



106ª.—La Zorra y el Leñador

Una zorra, acosada por unos cazadores, al encontrarse con un leñador, le rogó que le facilitara un lugarcito donde guarecerse. El hombre, fingiendo compasión por ella, la hizo pasar a su choza, para que se ocultara en ella.

Luego llegaron los cazadores e inquirieron al leñador si había visto pasar por ese lugar a una zorra. El interrogado respondió que no, mientras con la mano señalaba el sitio donde el animal se había ocultado.

Los cazadores no interpretaron el gesto del leñador, pero dieron crédito a sus palabras y la zorra, al ver que se retiraban sus perseguidores, salió sin dar muestra alguna de agradecimiento.

Le llamó la atención el leñador, porque a pesar de haberla salvado, no había pronunciado siquiera una palabra de gratitud; a lo que la zorra muy lista contestó:

—Hubiera agradecido tu acción, si tus gestos hubieran estado acordes con tus palabras.

No pregones en palabras tus virtudes,
si tus hechos demuestran lo contrario.



107ª.—El Joven y el Ladrón

Un joven, sentado en el brocal de un pozo, vio que un ladrón se le acercaba y, conociendo que el indeseable venía con intención de robarle, fingió llorar amargamente.

El ladrón le preguntó qué motivos tenía para afligirse de tal manera. El sagaz joven le explicó que había venido a sacar agua con un cántaro de plata, pero que, desgraciadamente, rota la soga, se le había sumergido hasta el fondo del pozo.

Tan pronto como el ladrón oyó la noticia, se quitó rápidamente los vestidos y, movido por la codicia, bajó a buscar el cántaro perdido. Inútiles esfuerzos los suyos: el cántaro inexistente no pudo ser habido.

Entretanto el mozo, cogió los vestidos del ladrón y echó a correr con ellos. De esta suerte, el amigo de lo ajeno recibió una lección: Fué por lana y salió trasquilado.

Tanto ciega al perverso su propia malicia
que no ve los peligros a que se expone.



108ª.—El Cazador y la Perdiz

Un huésped llegó a deshora al domicilio de un cazador. Este, no encontrando qué convidarle, se fué en pos de una de las perdices que había atrapado en sus correrías y, cuando se aprestaba a matarla, el animal, con lenguaje suplicante, le dijo:

Dejadme con vida, buen hombre, si así lo hiciereis, volaré por estos campos y os traeré, atrapadas con mis engañifas, siete u ocho perdices de carne más apetitosa que la mía que, como véis, es flaca y no muy buena que digamos.

Oíd, mi buen señor, el discurso que para tal fin emplearé: —"Muy respetables señoras perdices, el señor Trotamontes tiene un corazón de oro, además, es el mejor amigo de las perdices y su único empeño es serviros los mejores granos de este mundo.

—¡Callad miserable!, respondió el cazador. Lo que queréis es salvar la vida engañando a vuestras congéneres. Vuestro discurso es una razón más para sacrificaros, puesto que no perdonáis ni a vuestros semejantes.

Y dicho esto, la sacó de la red y le torció el cuello.

Sed indulgente con otros
y lo serán con vosotros.



109ª.—El Buey, la Cigarra y la Hormiga

Cierta hormiga caminaba sobre el lomo de un hermoso buey, sin darle la menor importancia.

—¿No te da miedo, tan pequeñita como eres, dejarte llevar por tamaño animal?, le dijo una cigarra.

—¡Oh, amiga cigarra, respondió la hormiga, no siempre los grandes tienen mal corazón!...

Entonces la cigarra, roída por la envidia, volviéndose al buey, le dijo en tono de reproche: —Pedazo de tonto, ¿no te da vergüenza caminar en compañía de insecto tan ridículo?

Al oír esto el buey, respondió tranquilamente:

—Amiga mía, muchas veces los más pequeños son los más grandes. Sería mejor que imitases la laboriosidad de la hormiga, en lugar de pasarte el día cantando.

No bien hubo terminado el buey de platicar, un pajarito, que por casualidad pasaba por allí, vio a la cigarra y, sin darle tiempo para ocultarse, se abalanzó sobre ella y la devoró.

Entonces dijo la hormiga al buey: —¿Has visto?... La pobrecita tenía miedo de tí y no se puso en guardia contra los pequeños, que son, muchas veces, más temibles que los grandes.

Del agua mansa me libre Dios
que de la brava me salvo yo.



110ª.—El Mono y el Delfín

Un hombre que se hizo a la mar, siguiendo las costumbres de la época, adquirió un mono para distraerse con él mientras duraba la travesía.

Llegado el barco al promontorio de Atica se desencadenó una violenta tempestad que hizo naufragar a la frágil nave y la tripulación, muy próxima a la muerte, se salvó a nado.

Entretanto el mono, que luchaba con las olas, fue visto por un delfín; el cual, tomándolo por un hombre, se deslizó bajo él y lo sostuvo transportándolo hacia la costa.

Cuando ya llegaban al puerto, el delfín preguntó al mono si era ateniense y él, por darse tono, le respondió afirmativamente, agregando además, que tenía parientes muy ilustres.

Momentos después el delfín, dirigiéndole nuevamente la palabra, le preguntó si conocía el puerto. El mono, creyendo que se tıataba de un hombre, le contestó que no sólo lo conocia, sino que también, era uno de sus mejores amigos.

Entonces el delfín, indignado por tan grave mentira, hundiéndole en el agua lo ahogó.

Para mentir y comer pescado
hay que tener mucho cuidado.

Impreso por:
IBERIA S. A.
Industria del Offset
Manuel Tellería 1842 - Apartado 4173
Teléfono 41609 - Lima - Perú
•
Dibujos de: G. Mordillo


MORDILLO

